

Fundación Editorial



elperroylarana

ORLANDO BORREGO



Che

Recuerdos en ráfaga
(anécdotas y otros pasajes)



ORLANDO BORREGO

che

Recuerdos en ráfaga
(anécdotas y otros pasajes)

Fundación Editorial



elperroy larana

Edición tomada de Radio Habana Cuba

© **Fundación Editorial el perro y la rana, 2017 (digital)**

© **Fundación Editorial el perro y la rana, 2006**

© Ernesto “Che” Guevara

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21

Torre Norte, piso 21, El Silencio.

Caracas-Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300/7688399.

Correos electrónicos:

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web:

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Correos electrónicos:

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Diseño de la colección

Kael Abello

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2017001452

ISBN 978-980-14-3788-8

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2014

© Orlando Borrego

Centro Simón Bolívar,
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos:
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web:
www.elperroylarana.gob.v
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales:
Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada:
Kervin Falcón

Corrección:
Vanessa Chapman

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002375
ISBN 978-980-14-3939-4



La redistribución, comercial y no comercial de la obra,
siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su
totalidad, con crédito al creador.



ÍNDICE

| | |
|------------------------------|-----|
| Palabras introductorias | 1 |
| La valentía y el miedo | 7 |
| El soborno | 13 |
| Nueva ética: primera lección | 17 |
| ¿Qué haces en la playa? | 21 |
| Una cerveza bien fría | 25 |
| Represalia en la brigada | 29 |
| El canuto en la frente | 33 |
| El asado y otras lecciones | 37 |
| Un halago y un desaire | 41 |
| Miedo escénico | 45 |
| El supervisor desaforado | 49 |
| El anticomunista | 55 |
| El secretario personal | 59 |
| El secretario en Nueva York | 67 |
| El hijo del secretario | 71 |
| El Patojo y la gran refriega | 75 |
| Tú no eres comandante | 81 |
| El tiroteo | 83 |
| Muralla en las oficinas | 91 |
| Muralla navegando | 97 |
| Con otros animales | 99 |
| Primeros vuelos | 103 |
| Acción heroica | 109 |
| Otros vuelos | 113 |
| Los inexpertos | 119 |
| Los pedreros | 125 |
| En los brazos de Morfeo | 129 |
| Otros dormilones | 133 |
| ¿Cómo se llama el crío? | 137 |
| El racismo en Cuba | 141 |
| Invitación a El Gato Tuerto | 149 |
| El crucifijo perdido | 153 |

| | |
|----------------------------------------|-----|
| Si tienes amigos cuídalos | 157 |
| El ingeniero de níquel | 163 |
| Adventistas del Séptimo Día | 167 |
| El asesor checo | 173 |
| El profesor hispano-soviético | 177 |
| El amigo ruso | 181 |
| El Rey de la Turba | 185 |
| Recuerdos de un ayudante | 187 |
| El amigo delator | 195 |
| Las órdenes se cumplen | 199 |
| Taquígrafo, traductor y revolucionario | 201 |
| Delegado provincial | 203 |
| Broma irónica | 207 |
| Gusto estético | 211 |
| El viaje del vicedecano con el Che | 219 |
| Ascenso sin aviso previo | 225 |
| Álgebra elemental | 229 |
| San Andrés 1 | 233 |
| San Andrés 2 | 239 |
| El día de la partida | 243 |
| Amor a su familia | 247 |
| La familia argentina del Che | 253 |
| Un recorrido con Fidel | 257 |
| Malos entendidos | 261 |
| El taco | 265 |
| Viaje a la Argentina | 269 |

PALABRAS INTRODUCTORIAS

Mi decisión de escribir un anecdotario y otros pasajes con mis recuerdos, y los de otros compañeros, sobre aquella parte de la vida del Che en que fuimos sus colaboradores, obedece a la recomendación que me hicieran varios lectores cubanos, y de otros países, después de ser publicado mi libro *Che: El camino del fuego*, en junio del año 2001.

Al terminar la lectura de mi modesta obra, ellos señalaban que allí aparecía lo esencial de su pensamiento teórico y la forma práctica de llevar a la realidad sus nobles y promisorios ideales, pero que en esa labor tan abarcadora y multifacética, seguramente existían muchos hechos conocidos por nosotros, asociados al Che cotidiano, que resultaría fundamental dar a conocer.

Igualmente señalaban que si bien en el libro aparecían algunos pasajes de ese tipo, sólo representaban, de seguro, una mínima parte de todos los que pudieran contarse para conocimiento de las actuales y futuras generaciones.

No encontré argumentos válidos para negarme a esa pretensión de los lectores y me dispuse a poner manos a la obra, aunque consciente de mis limitaciones como narrador.

Como en otras ocasiones, invito a los demás compañeros que colaboraron con el Che para que escriban sus recuerdos.

Dejo constancia de las aprensiones que he tenido que vencer para hablar de mi protagonismo en muchos de los pasajes que aquí se narran, pero, al tratarse de recuerdos personales sobre hechos donde tuve que participar, no me ha quedado otra opción posible en razón de la verdad histórica.

Debo aclarar que cuando me enfrenté a la difícil tarea de escribir *Che: El camino del fuego*, me hice el firme propósito de cuidar la sobriedad elemental que requería una obra de ese tipo.

Al considerarlo un libro de cierto nivel científico, apreciaba que en él debían aparecer los aportes fundamentales del Che a la ciencia de dirección dentro del complejo esfuerzo desarrollado por él para construir una nueva sociedad en el hemisferio occidental, en las complicadas condiciones que se vivieron durante la segunda parte del controvertido y atribulado siglo XX.

Todos los que han incursionado, de alguna forma, en la economía, o en las áridas tareas de dirección, conocen que cuando se leen obras sobre esas materias no siempre aparece el hombre en toda su dimensión de ser social en comunicación cotidiana con sus contemporáneos. O sea, el ser humano que trabaja, sufre, ríe, sueña y disfruta de las cosas naturales en el entorno donde existe. El propio Che, refiriéndose a ciertas obras cumbres de la historiografía o de las ciencias sociales en general, advertía que la rigurosidad de algunas de ellas había convertido a sus autores o protagonistas en ídolos de piedra.

La vida del Che, por otra parte, estuvo colmada de los más diversos acontecimientos, la mayoría de ellos sucedidos en estrecha vinculación con su cautivante personalidad.

En su corta e intensa existencia, el Che pasó por las más variadas experiencias personales: médico, motociclista, fotógrafo, alpinista, guerrillero, piloto de aviación, periodista, escritor, banquero, ministro y diplomático.

Súmese a todo lo anterior que como trabajador voluntario desempeñó las más diversas labores: operador de cosechadoras de

caña, machetero, tornero, minero, obrero portuario, empalmador de libros, obrero de la construcción, textilero y muchas otras más.

Durante el tiempo que realizó todos esos trabajos, compartió con obreros, campesinos, estudiantes y muchas otras personas pertenecientes a las distintas esferas de la sociedad cubana.

Persona culta, observadora, analítica y con gran facilidad de comunicación, supo integrarse al carácter de los cubanos sin ninguna dificultad. Sin embargo, sobresalían en él ciertos hábitos y costumbres de su natal Argentina y del seno familiar donde se educó.

Al contar con un evidente sentido del humor, disfrutaba del temperamento de los cubanos, de sus chistes y de determinadas formas de comportarse. En ese medio dejaba aparecer esa típica y refinada ironía que lo caracterizó durante toda su vida.

Un hombre que vivió en lucha con los rezagos de la sociedad anterior, tratando de consolidar nuevos valores para la formación del hombre nuevo, era lógico que profundizara en la sicología humana en función de aquellos nobles objetivos.

Todas estas características tan particulares del Che lo mantuvieron en permanente superación personal, pero transmitiendo sus enseñanzas a cada paso.

En los primeros años de la Revolución vivíamos en constante aprendizaje de la realidad de esta situación, mas los rasgos típicos de los cubanos fueron caldo de cultivo para que sucedieran cosas insólitas que a lo mejor nunca hubiesen ocurrido en tiempos normales.

Muchos de aquellos acontecimientos hoy nos hacen reír y añorar esos tiempos juveniles, cuando lo común era el entusiasmo desbordante, la alegría, la seguridad en nuestro futuro y el desinterés por las cosas personales; todo lo característico de una revolución que comienza.

Luego vendría un proceso de institucionalización que lo fue ordenando todo; proceso que avanzaba en lucha con los hábitos de la época guerrillera, como decía el Che. Así fuimos respondiendo a una nueva disciplina, a ser más cuidadosos con el lenguaje, a escribir tratando de no revelar cosas que pudieran ser utilizadas contra nuestra causa por los enemigos de siempre.

Parecía que hasta el humorismo criollo estaba en retirada, no porque lo deseáramos, sino por las propias condiciones adversas del entorno. En realidad el humor estaba guardado en caja fuerte para cuando llegara la oportunidad de expresarlo.

Quién puede negar que las situaciones o los hechos humorísticos nunca se olvidan, y por el contrario, se añejan como el buen vino y después de muchos años se disfrutan con más gusto que en la oportunidad en que sucedieron.

Una verdadera revolución lucha por la felicidad de su pueblo, pero esa aspiración suprema no implica solamente la satisfacción de los bienes materiales. Lo más importante en un proceso de ese tipo es que se alcance la más plena realización espiritual, junto al amor por el trabajo, por el estudio, por alcanzar una amplia cultura, y disfrutar de una vida sana con todo lo que tiene de hermosa y divertida.

En los duros años de trabajo, de logros, de éxitos y de fracasos, el pueblo cubano nunca ha perdido la oportunidad para divertirse en un carnaval, en una fiesta doméstica o en una festividad colectiva en un centro de trabajo.

Allí se canta y se baila, se discute de política y se hacen bromas de todo tipo. Todo eso lo conoció el Che, aunque por su capacidad de sacrificio no siempre lo disfrutó como debía. Aun así no dejó de participar en varias actividades festivas organizadas por su propia iniciativa para estimular a los trabajadores. Pero, si para algo tenía limitaciones importantes era para la música y el baile, ya que poseía un pésimo oído musical, confundiendo el ritmo de una guaracha con el de un bolero o un danzón.

Muy pocas de esas vivencias del Che han aparecido en los libros que se han escrito sobre él. Dejar de hacerlo totalmente puede implicar que algunos lo conviertan en el ídolo de piedra que él tanto criticaba cuando se refería a sus lecturas sobre algunas grandes personalidades de la historia.

Con esa amalgama de recuerdos en mi mente, me he hecho el propósito de transmitirle a los lectores algunas anécdotas vinculadas a la fecunda estancia del Che en Cuba; todo con el interés de acercarlo más a los hombres y mujeres del mundo que lo admiran

y lo respetan. Presentarlo para que conozcan cuándo reía y por qué lo hacía; cuándo sufría y cuáles eran las razones; cuándo temblaba de indignación contra cualquier injusticia en el mundo; cómo quería a su familia y a sus amigos, y los cuidaba. Su amor por la naturaleza y todo lo que representa en lo inmenso de su biodiversidad.

También, cómo amaba la poesía y era capaz de disfrutar de los chistes, con la excepción de aquellos que de alguna forma discriminaran a una persona o que por su vulgaridad atentaran contra los más sanos valores humanos.

Ese Che que pocas horas antes de morir conservaba su optimismo y hacía correcciones ortográficas frente a una pizarra en la escuelita de La Higuera para que los niños bolivianos de aquella recóndita región pudieran apreciar las palabras sin pugnar con las bellezas de la escritura y de la vida.



LA VALENTÍA Y EL MIEDO

Se ha escrito mucho a través de la historia sobre los actos heroicos llevados a cabo por determinadas personas. Los escenarios y las circunstancias en que esos actos se han realizado resultan muy variados.

Desde la Antigüedad hasta hoy, las guerras han servido de referente particular para destacar actos excepcionalmente heroicos realizados por los combatientes que han participado en ellas y, en ocasiones, ese mismo escenario ha servido para significar los casos en que ciertas personas, al encontrarse en situaciones extremas, han reaccionado con actitudes cobardes sin ser capaces de sobreponerse al miedo en tales circunstancias.

Durante la guerra de liberación en Cuba se produjeron innumerables acciones heroicas por parte de muchos combatientes revolucionarios, que han pasado a la historia como ejemplos de extraordinaria valentía personal y colectiva. También el recuento histórico señala casos de cobardía y actitudes donde prevaleció el miedo por encima del coraje demostrado en el combate, tanto en la lucha clandestina en las ciudades como en las acciones guerrilleras llevadas a cabo en las montañas.

Terminada la guerra se da paso a los recuerdos sobre esos momentos extraños en el fragor del combate. Al reunirse los combatientes que participaron en determinadas acciones no siempre predominó la unidad de criterios sobre los hechos sucedidos y, en ocasiones, no son todos los que aceptan o reconocen el haber sentido miedo en determinadas circunstancias. Con más frecuencia se destacan los hechos heroicos sucedidos en el combate.

Entre las virtudes más reconocidas del Che se encuentra su honestidad a toda prueba y ese rasgo de su personalidad estuvo siempre presente en todas las acciones de su intensa y fecunda existencia.

Inmediatamente después de culminada la guerra de liberación en Cuba, el comandante Guevara se preocupó por escribir sus recuerdos sobre los principales hechos sucedidos durante la campaña guerrillera. En esos escritos puso de relieve otra vez su honestidad y dejó para la historia un valioso legado acerca de su actitud personal durante la lucha revolucionaria.

Particularmente recuerdo cómo el Che, antes de dar por terminado cada uno de aquellos escritos, se reunía previamente con todos los que habían participado en cada una de las acciones combativas para verificar, en detalles, con la mayor precisión, todos los hechos narrados.

De aquellos pasajes históricos pueden extraerse algunos momentos donde se pone de manifiesto lo ya señalado acerca de la honestidad personal del Che.

En uno de los capítulos de sus pasajes, titulado Interludio el Che narra los principales acontecimientos sucedidos durante los meses de abril a junio de 1958 en la Sierra Maestra. La insurrección había tomado fuerza en todo el país, y, muy especialmente, en la parte oriental de la isla, se había producido una importante incorporación de combatientes a la Sierra Maestra poniendo en aprietos a la tiranía de Batista.

El 9 de abril de ese año se llevó a cabo un intento de huelga general, organizada por las fuerzas revolucionarias de la ciudad, que terminó en un fracaso y estimuló al ejército reaccionario a llevar a

cabo una gran ofensiva contra los revolucionarios que combatían en las montañas de la Sierra Maestra, encabezados por Fidel.

Uno de esos días, el Che salió de su campamento en dirección a un lugar llamado El Jíbaro para una entrevista con Fidel. Lo acompañaba un guía durante aquella larga caminata que duró un día completo. La entrevista con Fidel también fue prolongada y al día siguiente el Che retornó por la ruta que lo había llevado hasta su jefe, para regresar a su campamento en otro lugar llamado La Otilia. Por razones desconocidas el guía que lo acompañaba lo abandonó en el trayecto, por lo cual el Che tuvo que hacerse acompañar por otro que cumpliera esa misión.

Después de varias horas de camino los dos hombres se enfrentaron a un raro escenario que el Che narra con ciertos matices humorísticos:

En esta última etapa, cerca ya de la casa, se presentó un raro espectáculo, a la luz de una luna llena que iluminaba claramente los contornos. En uno de esos potreros ondulados, con palmas diseminadas, apareció una hilera de mulos muertos, algunos con sus arreos puestos.

Cuando nos bajamos de los caballos a examinar el primer mulo y vimos los orificios de bala, la cara con que me miró el guía era una imagen de película de cowboys. El héroe de la película que llega con su compañero y ve, por lo general, un caballo muerto por una flecha, pronuncia algo así como “los sioux”, y pone una cara especial de circunstancias; así era la del hombre, y, quizá, también la mía propia, pero yo no me preocupaba mucho de examinarme(...) El guía se negó a seguirme, alegó desconocer el terreno y simplemente subió a su cabalgadura y nos separamos amigablemente.

Yo tenía una Beretta y, con ella montada, llevando el caballo de las riendas, me interné en los primeros cafetales. Al llegar a una casa abandonada, un tremendo ruido me sobresaltó hasta el punto que por poco disparo, pero era sólo un puerco, asustado también por mi presencia. Lentamente y con muchas precauciones, fui recorriendo

los escasos centenares de metros que nos separaban de nuestra posición, la que encontré totalmente abandonada. Tras mucho rebuscar, encontré a un compañero que había quedado durmiendo en la casa.

Universo, que había quedado al mando de la tropa, había ordenado la evacuación de la casa previendo algún ataque nocturno, de madrugada. Como las tropas estaban bien diseminadas defendiendo el lugar, me acosté a dormir con el único acompañante. Toda aquella escena no tiene para mí otro significado que el de la satisfacción que experimenté al haber vencido el miedo durante el trayecto que se me antojó eterno hasta llegar, por fin, solitario, al puesto de mando. Esa noche me sentí valiente.

Esta primera parte de la narración que nos ofrece el Che nos lleva a una definición no pocas veces expresada por la sicología popular: la verdadera actitud valiente de una persona se expresa de manera elocuente cuando es capaz de vencer el miedo en situaciones extremas. O sea, que no sentir miedo en esas circunstancias no siempre constituye un mérito y cualidad natural de una persona. Lo natural es sentirlo, pero necesario es vencerlo; y, de esta forma, se cumple lo expresado por el Che sobre la actitud valiente que pudo apreciar en aquella oportunidad.

Luego continúa con su narración en medio de la dura confrontación con las tropas del connotado asesino Sánchez Mosquera. Nos cuenta que se encontraba con uno de sus frecuentes ataques de asma e iba montado en un caballo con el cual había hecho buenas migas. La lucha se extendía en diferentes direcciones y tuvo que abandonar la cabalgadura.

El enemigo tiraba con morteros y en un momento arreció el tiroteo a su derecha, acompañado por una gritería descomunal de parte de los soldados de la tiranía. Los combatientes revolucionarios que acompañaban al Che no tenían gran experiencia, apenas atinaban a disparar aisladamente y salieron corriendo loma abajo. Solo, en un potrero pelado, el Che vio cómo aparecían los cascos de los soldados. Varios fusiles enemigos localizaron su posición y

hacia allí concentraron el fuego de sus armas. A partir de este momento la narración del Che nos lleva a otra conclusión irreversible junto a la carga proverbial de su honestidad:

Emprendí una zigzagueante carrera llevando sobre los hombros mil balas que portaba en una tremenda cartuchera de cuero, saludado por los gritos de desprecio de algunos soldados enemigos.

Al llegar cerca del refugio de los árboles mi pistola se cayó. Mi único gesto altivo de esa mañana triste fue frenar, volver sobre mis pasos, recoger mi pistola y salir corriendo, saludado, esta vez por la pequeña polvareda que levantaban como puntillas a mi alrededor las balas de los fusiles. Cuando me consideré a salvo, sin saber de mis compañeros ni del resultado de la ofensiva, quedé descansando, parapetado en una gran piedra en medio del monte. El asma, piadosamente, me había dejado correr unos cuantos metros, pero se vengaba de mí y el corazón saltaba dentro del pecho.

Sentí la ruptura de ramas por gente que se acercaba, ya no era posible seguir huyendo (que realmente era lo que sentía ganas de hacer); esta vez era otro compañero nuestro, extraviado recluta recién incorporado a la tropa. Su frase de consuelo fue más o menos: “No se preocupe, Comandante, yo muero con usted”. Yo no tenía ganas de morir y sí tentaciones de recordarle algo de su madre, me parece que no lo hice. Ese día me sentí cobarde.

El anecdotario del Che continuaría siendo rico en situaciones extremas durante la guerra en Cuba. Luego escribiría su diario de combate en el Congo y finalmente en Bolivia.

Su historial guerrillero está lleno de hechos heroicos llevados a cabo por él hasta el día en que fue asesinado. Ese momento culminante de su vida combativa vuelve a dejarnos para la historia el referente cumbre de su valentía personal. Nuevamente supo vencer el miedo como para convertirse en el ya legendario Guerrillero Heroico conocido por todo el mundo.



EL SOBORNO

Cuba fue uno de los enclaves más destacados de la corrupción administrativa en América Latina. Los distintos gobiernos de la pseudo-república compitieron en lo referente al robo, el peculado y las prebendas recibidas por los políticos de turno.

La década de los 50 significaría la época cumbre de los desmanes en materia de corrupción junto a las medidas represivas contra cualquier político honrado que denunciara el estado de cosas existente en el país.

Precisamente, uno de los objetivos fundamentales del movimiento revolucionario era dar fin a la corrupción administrativa que durante años venía esquilmando al pueblo sin el más mínimo sentido de la ética y la probidad por parte de los funcionarios públicos.

Cuando el Ejército Rebelde tomó el poder y fueron sustituidos los funcionarios corruptos del gobierno de la tiranía, comenzó un nuevo período para Cuba. A partir de entonces, cualquier cargo en el Estado cubano estaría en función de los intereses del pueblo y no de nadie en particular. Fue cuando la espontaneidad popular acuñó la frase: “Llegó el Comandante y mandó a parar”.

Como la corrupción había calado tan hondo, muchos no reaccionaron a tiempo o no creyeron que realmente se había producido un cambio definitivo en el país. Éste era el caso de muchos comerciantes y hombres de negocios que trataron de seguir utilizando el soborno para conquistarse el favor de los funcionarios y así engrosar sus bolsillos. Las estructuras militares también formaban parte del coro corruptivo.

Cuando llegamos al Regimiento de La Cabaña y fui designado como Jefe de la Junta Económica Militar de aquella institución, empezaron a llegar a mi oficina, en forma maratónica, todos los comerciantes que actuaban como suministradores del Regimiento. Su mayor preocupación era la de cobrar los adeudos pendientes ante el temor de que el Ejército Rebelde les fuera a ajustar cuentas por su colaboración abierta con la tiranía batistiana.

No sabían aquellos personajes que la política del Gobierno Revolucionario era la de continuar la vida normal de sus instituciones y cumplir con todos los compromisos de pago que estuvieran legalmente justificados. La única instrucción que yo había recibido por parte del Che, como jefe del Regimiento, era la de revisar con el mayor celo aquellas obligaciones.

Un día llegó a mi oficina un asustado comerciante que era el suministrador exclusivo de café al Regimiento. Sin ningún escrúpulo se interesó por los pagos que teníamos pendientes con su empresa. Al yo contestarle que estábamos revisando nuestros adeudos para su liquidación, me ofreció un treinta por ciento de descuento si le hacía el pago de inmediato. Interpreté su propuesta como una forma descarada de soborno e insulté al personaje sin el más mínimo reparo.

El hombre se aterrorizó ante mi reacción, pidiendo cuantas excusas le vinieron a la cabeza. Pocos días después ordené los pagos pendientes al comerciante sin deducir ningún descuento.

Al informarle al Che lo sucedido, hice hincapié en el intento de soborno a que había sido sometido. Me parecía que había actuado con la más alta profesionalidad administrativa y esperaba un oportuno reconocimiento moral de mi jefe.

Para mi sorpresa, el Che me dijo que había actuado totalmente fuera de lugar. Consideró que estaba muy bien que no aceptara un descuento para mi beneficio personal, ya que de lo contrario caería en manos de la justicia revolucionaria, pero en términos comerciales había actuado como un tonto. El comerciante, según él, estaba actuando dentro de sus leyes y yo lo que había logrado era encarecer el café que estábamos consumiendo en el Regimiento. *Como comerciante, me dijo, arruinarías cualquier negocio capitalista.*

A partir de aquel día traté de ser más eficiente en términos comerciales. Los esfuerzos fueron muchos, pero hasta ahora no he tenido éxitos significativos en tal sentido, y ya es demasiado tarde para lograrlo.



NUEVA ÉTICA: PRIMERA LECCIÓN

Para el Che, la primera condición que debía plantearse un dirigente revolucionario era practicar con el ejemplo personal. Para formar hombres integrales no sólo es necesario aportar la simiente, hay que saberla abonar con la savia del ejemplo por parte del líder. Y aunque nunca habló acerca de su liderazgo personal, estaba muy consciente de sus altas responsabilidades como hombre de Estado y de su pertenencia a la alta dirección de la Revolución Cubana.

Involucrado y comprometido con la causa a la que dedicó su valiosa existencia, fue consecuente con su prédica educativa. No practicó, como han tratado de demostrar algunos de sus detractores, un ascetismo ramplón y extremista. Más de una vez insistió en que lo fundamental para un dirigente revolucionario era tener un verdadero sentido del límite a la hora de recibir de la sociedad determinadas compensaciones por el cumplimiento de su deber social.

En su concepción acerca de cómo debía vivir un dirigente, reconocía que éste tenía el derecho a recibir un salario decoroso y otras prestaciones y servicios acordes con sus responsabilidades y en correspondencia con la situación económica del país y las condiciones medias de su población. Lo que no se podía permitir era

que, por el hecho de ocupar determinado nivel de dirección, contara con privilegios desmedidos que pudieran herir la sensibilidad popular.

Todos los valores proclamados por el Che dentro de la concepción de la ética que practicaba, trataba de transmitirlos a los demás a través de su ejemplo personal. Y ya él conocía lo suficiente al pueblo cubano como para orientarse hacia dónde debía conducir su prédica y la forma práctica de llevarla a cabo en cada situación concreta. En tal sentido, comenzó a enfrentarse a las más disímiles situaciones, sin caer en extremismo alguno, pero tampoco aceptando actitudes que no se correspondieran con los pilares básicos de la ética y de los altos valores humanos que sustentaba.

Como el objetivo esencial de esta narración no es profundizar en aspectos conceptuales, sino de presentar al Che cotidiano que conocí, trataré de resaltar aquellos hechos más significativos observados por mí o en los que participé por razones de mi trabajo.

Estos hechos están muchas veces asociados a casos anecdóticos ocurridos durante los años en que el Che ocupó distintos cargos en el Estado cubano y especialmente a la etapa en que estuvo al frente del Ministerio de Industrias.

Precisamente, a los pocos meses de creado el Ministerio de Industrias, recibí una de las primeras lecciones sobre la ética y la forma en que debía comportarse un funcionario público con responsabilidades de dirección.

Como he narrado en otras ocasiones, siempre aspiré en mi juventud a tener un automóvil propio y de una marca más o menos reconocida. Ése era un sueño bastante generalizado en los de mi edad y una forma inconsciente de expresar el grado de enajenación de que éramos objeto dentro de la sociedad en que vivíamos.

Lo cierto es que en aquellos primeros tiempos yo mantenía aún muy latentes esos rezagos del pasado, y sólo recién empezaba a comprender, gradualmente, que todo había cambiado radicalmente en mi país.

Digo gradualmente, porque aun teniendo muy cerca el ejemplo personal del Che, no lo había asimilado con la rapidez necesaria. Una demostración es que ya había satisfecho en parte mi

ilusión por los automóviles, al haberme asignado el Che uno estatal para mi trabajo, pero lo de la marca reconocida era tan tentador que todavía no lo había olvidado. Por lo menos, eso fue lo que demostraron los hechos.

Al nacionalizarse una de las fábricas de cigarrillos más importantes de la ciudad de La Habana, ésta contaba entre sus activos con un automóvil marca Jaguar prácticamente nuevo.

En verdad yo no andaba a la caza de otro automóvil distinto al que se me había asignado, pero ocurrió que el administrador que se había nombrado al frente de la fábrica era Santiago Riera, quien conocía de mi devoción por los autos y del esmero con que cuidaba el que estaba usando en aquellos momentos.

Mi amigo administrador me llamó por teléfono y me anunció la existencia del Jaguar sugiriéndome que yo hiciera uso del mismo, ya que, según él, en la fábrica no le era de ninguna utilidad dada sus características técnicas. Además, me explicaba que su apariencia era más de auto deportivo que de otra cosa. Me insistió en que, como yo era tan cuidadoso con los autos, seguramente lo iba a conservar como ningún otro compañero.

Pues nada, caí en el error de aceptar la sincera solicitud, para no decir oferta, que me hiciera mi amigo el administrador. Me traje el Jaguar para el Ministerio, y a cambio, tal como habíamos convenido, le entregué el auto asignado por el Che.

A los dos días de estar tripulando el poderoso Jaguar, llegué al Ministerio, realicé mi maniobra de parqueo, y cuando estaba bajando de la “máquina”, arribó el Che a la zona de parqueo en el modesto auto Chevrolet 1960, que era la marca usada por él en aquellos momentos.

El Comandante avanzó hacia mí y mirando despectivamente el Jaguar, me gritó: *¡Chulo!* (proxeneta) y repitió el ofensivo calificativo. Como no entendí absolutamente nada del por qué me ofendía de esa manera, le pregunté cuál era el problema. Entonces me respondió con cierta ironía reflejada en el rostro: *Tú sí me entiendes y te advierto que tan sólo dispones de una hora para que devuelvas ese automóvil al lugar de donde lo sacaste.* Entonces

caí en cuenta del error cometido y, por supuesto, tomé las medidas inmediatas para la devolución del controvertido Jaguar.

Pero, lo peor de todo fue que no pude recuperar el automóvil asignado anteriormente, ya que le habían dado una utilización en la fábrica de cigarrillos por lo que no se admitía retorno alguno a mis manos. Así que me quedé varios días pidiendo el auxilio de algunos amigos para mis traslados de rutina.

Continué trabajando como si nada hubiera sucedido, hasta que el Ministro me llamó una mañana y me explicó extensamente por qué me había ordenado la devolución del Jaguar.

En esencia, me convenció de lo improcedente que resultaba que un viceministro del Gobierno utilizara para su trabajo un auto tan ostentoso.

Fue tal la argumentación sustentada por el Che que no sólo me convenció, sino que más nunca he olvidado aquella enseñanza.

Para remate, al final de su razonamiento, totalmente amistoso y educativo, me informó que me había asignado un auto Chevrolet, réplica exacta del usado por él, y que llamara al Ministro del Transporte que ya tenía instrucciones suyas para que me hiciera entrega del mismo.

Como en verdad yo era cuidadoso con los autos, a veces me pedía prestado el que yo usaba para determinados recorridos. Cuando me deshice muchos años después, del ya viejo Chevrolet, lo hice con un poco de dolor; pero, para entonces, ya no tenía derecho alguno a usarlo como auto del Estado y, por otra parte, ya habían desaparecido todas mis apetencias acerca de los tipos y marcas de automóviles. Lo que sí seguía, muy de cerca, eran los recuerdos y las enseñanzas del Che.

¿QUÉ HACES EN LA PLAYA?

El primer teniente Alberto Castellanos era el segundo jefe de la escolta personal del Che. Cubano alegre y, al decir de sus amigos, capaz de enamorarse hasta de la sombra de una mujer, cumplía con la mayor disciplina la alta responsabilidad que se le había encomendado para la seguridad del Comandante.

En aquellos primeros años, los escoltas de los líderes de la Revolución estaban sometidos al mismo horario de labores de sus jefes; en razón de su trabajo tenían programado horarios de descanso, pero debían estar permanentemente localizables ante cualquier eventualidad.

Un día que le tocaba el descanso a Alberto, el Che lo autorizó para que utilizara un automóvil del trabajo y que a las ocho de la noche de ese día trasladara a su oficina a unos invitados extranjeros, quienes debían entrevistarse con él.

El primer teniente descansó hasta la puesta del sol y considerando que aún disponía de tiempo suficiente hasta la hora indicada para trasladar a los visitantes, invitó a una amiga “muy allegada” para que lo acompañara a la playa de Santa María del Mar, en las proximidades de La Habana.

Todo salió a pedir de boca, la muchacha aceptó la invitación y la pareja fue a refrescar sus cuerpos y sus espíritus a la mencionada playa.

Alberto situó el automóvil bien cerca del lugar que había seleccionado, y tomó la precaución de dejar la planta microonda del automóvil encendida ante la eventualidad de cualquier llamada.

Los dos jóvenes disfrutaban de un refrescante baño bien merecido a la luz de la luna, cuando de pronto se escuchó el aviso de la microonda del automóvil. Alberto salió corriendo, bien mojadito, y se puso a la escucha del inoportuno aparato. Era el Che.

Se escuchó la voz un tanto imperativa de su jefe: *Alberto, Alberto, me escuchas, es el Che*. Alberto miró su reloj, eran las siete y treinta de la noche. Contestó de inmediato con voz entrecortada:

“Sí, Comandante, lo escucho, dígame, ¿qué desea?” Le respondió el Che: *¿Dónde estás en estos momentos?* Entonces, le informó Alberto: “Estoy en la playa de Santa María”. El Che, sorprendido, preguntó: *¿Y qué estás haciendo a estas horas en la playa?* Rápidamente Alberto contestó: “¿Y qué usted cree que se puede estar haciendo en una playa a estas horas?”.

Se hizo una breve pausa y se escuchó la siguiente advertencia: *Tú sabes que a las ocho en punto deben estar las personas que te indiqué en mi oficina, ¿está claro?* Alberto dijo: “Sí, Comandante, lo escucho alto y claro, a esa hora estarán en su oficina”.

Cuando verificaba este diálogo, Alberto me contaba que al terminar de hablar con el Che, se puso el uniforme sin secarse el agua de mar, dejó a su amiga, inmediatamente, y a partir de ese momento se convirtió en Juan Manuel Fangio, el famoso as del volante argentino. Más que correr, casi voló con su automóvil y a las ocho en punto de la noche estaba haciendo su entrada con los ilustres visitantes en la oficina del Che.

Agrega que su jefe saludó a los invitados con la mayor cortesía y pasaron a desarrollar la anunciada entrevista. El segundo jefe de la escolta se retiró para terminar su descanso y otro compañero lo sustituyó, como estaba programado, para encargarse de retornar a los invitados al lugar donde estaban hospedados.

Alberto esperaba que al día siguiente su jefe lo llamara al orden, pero no sucedió nada. Actualmente considera que si no hubiese llegado con los invitados a la hora indicada, no se escapaba de alguna medida disciplinaria por parte del Comandante. Había cumplido con su deber y comprobado una vez más la sicología de su jefe, que en aquella ocasión fue capaz de perdonar sus arrestos juveniles.



UNA CERVEZA BIEN FRÍA

Hasta finales del año 1962, el régimen de trabajo diario del Che culminaba normalmente a las dos o tres de la madrugada. Además del cúmulo de trabajo, por razones elementales de lealtad y compañerismo, algunos de nosotros permanecíamos hasta esas horas en nuestras oficinas. Llegado un momento empezamos a percibir cierto cansancio físico, aunque la mayoría éramos muy jóvenes, incluido el Che.

A principios de 1963 me comentó que consideraba que habíamos estado sometidos a un ritmo de trabajo muy agotador, el cual ya se podía modificar, de acuerdo con el nivel de organización alcanzado en el Ministerio. Entonces decidió que, como regía, nuestra jornada del trabajo terminara a la una de la madrugada. Aquello lo consideré como una feliz concesión de su parte.

Como es conocido, además de las intensas labores administrativas, el Che había hecho del trabajo voluntario uno de los principales elementos forjadores de la conciencia, tanto para los que se desempeñaban en labores burocráticas como en las distintas esferas de la producción social y los servicios. Para él constituía, además, una de las formas más efectivas para acercar los dirigentes a

los trabajadores sin la formalidad de los discursos o de las instrucciones ministeriales.

Para responder en la práctica a esas concepciones, cada domingo realizábamos trabajo físico en distintas fábricas, en el sector de la construcción, en los puertos o en las más diversas labores agrícolas. Cuando llegaba la zafra nos convertíamos en asiduos asistentes a los cortes de caña en los campos de los distintos centrales azucareros.

En ocasión de uno de estos trabajos, cerca del central Orlando Nodarse en la provincia de Pinar del Río, compartimos junto al Che una de aquellas experiencias inolvidables.

Si lo recuerdo con particular significación es porque aquel día estuvo marcado por ciertos hechos que se grabarían para siempre en mi memoria en unión indisoluble con nuevas enseñanzas del Che.

El corte se llevaba a cabo en un campo de caña quemada bajo un sol abrasador que había elevado la temperatura a niveles casi insoportables para nuestras huestes burocráticas. Los rostros de los cortadores se habían vuelto irreconocibles, debido al tizne de la caña quemada. Ese tizne se mezcla con la miel, que a causa del calor recibido sale de la caña, y produce verdaderas molestias para trabajar, tanto en las manos como en todo el cuerpo.

Cerca de nosotros se escuchaba la respiración entrecortada del Che y tanto su uniforme militar como el de algunos de nosotros estaban empapados de un sudor picante y pegajoso. Todos mirábamos con frecuencia nuestros relojes en ansiosa espera de que llegara el final de la jornada de trabajo.

Cuando se escucharon los últimos machetazos, alguien exclamó: “¡Qué bien nos vendría una cerveza bien fría!” El Che, que no era bebedor de cerveza, secundó la exclamación, y como si le saliera de muy adentro expresó: *¡No vendría mal, no vendría mal!* mientras se secaba el sudor con sus manos embadurnadas de miel y tizne.

Debo confesar que me sentí un poco conmovido por aquella última expresión y me pareció que igual le había sucedido a otros cortadores que la habían escuchado.

Tomamos nuestros vehículos y salimos del campo rumbo a La Habana. El auto del Che me seguía de cerca, y cuando entrábamos

al poblado del Mariel observé que frente a una tienda del lugar se aglomeraban varios trabajadores dedicados a tomar cerveza plácidamente. Sin pensarlo mucho detuve el automóvil y le hice una señal al que me seguía para que hiciera lo mismo. Me dirigí al Che, que no entendía bien el porqué de la parada, y le dije: “Lo voy a complacer con una cervecita bien helada”. Reaccionó automáticamente y me advirtió que no se me ocurriera hacerlo ya que andábamos con uniforme militar (ya en esa época se encontraba vigente una disposición que prohibía ingerir bebidas alcohólicas en lugares públicos cuando se estaba de uniforme).

Le insistí al Che en que nuestros tiznados uniformes nunca serían reconocidos como de color verde olivo. Me pareció haberlo convencido y me dirigí a la tienda en busca de las cervezas. No había terminado de pedirle al tendero que me despachara cuatro botellas del delicioso líquido, cuando éste poniendo cara de fiscal me respondió negativamente aduciendo que estaba prohibido venderle cervezas a militares en uniforme.

Sentí como si me hubieran derramado un tonel de cerveza helada en la cabeza y avergonzado retorné al auto donde me esperaba el Che. La expresión de su rostro tiznado me pareció anunciadora de un huracán. Tan pronto me acerqué recibí las primeras ráfagas: *Me tomé el trabajo de esperarte, me dijo, para que te convencieras a ti mismo de que estabas cometiendo una indisciplina imperdonable. Me alegro que te haya sucedido, las disposiciones hay que cumplirlas y listo.*

Después de celebrar la actitud del tendero, por haber cumplido con su deber, según él, puso en marcha su vehículo, se despidió con una sonrisa burlona y se me adelantó en nuestro recorrido hacia la ciudad de La Habana. Mientras lo seguía, meditaba sobre el nuevo responso recibido de su parte, convencido de que si bien no me resultaba fácil seguirlo, mucho más difícil me resultaría alcanzarlo.



El Che en un trabajo voluntario en el Puerto de La Habana

REPRESALIA EN LA BRIGADA

Todavía hoy, algunos en Cuba discuten acerca de cuál fue el lugar donde se realizó el primer trabajo voluntario organizado por el Che.

Los fundadores del Departamento de Industrialización tienen bien fresca en su memoria la fecha de ese acontecimiento, pues ha pasado a ser histórico en la vida del comandante Guevara.

En realidad el trabajo voluntario se empezó a conocer como tal a partir de la fecha en que el Che fue nombrado al frente de la industria del país. Eventualmente, él participó en otras actividades de ese tipo fuera del sector que dirigía, como fue el caso de una jornada de trabajo físico realizada en la ciudad escolar Camilo Cienfuegos, en el caney de las Mercedes, en la antigua provincia de Oriente, el día 16 de noviembre de 1959.

Fue precisamente en el Departamento de Industrialización, el día 23 de noviembre de ese mismo año, donde por primera vez se organizó la iniciativa del Che: una jornada de trabajo voluntario. Para esa fecha dicha actividad ya era considerada por él como un elemento fundamental en la educación de los trabajadores y en el desarrollo de la conciencia revolucionaria.

El lugar escogido para aquel trabajo fue el reparto José Martí, un barrio obrero de la ciudad de La Habana, con pésimas condiciones de vida, donde se decidió realizar un conjunto de nuevas edificaciones con el fin de hacer desaparecer las ya inhabitables que allí existían.

Casi todos los trabajadores de nuestro departamento partimos para el reparto José Martí a fin de dar comienzo a aquellas labores, que para muchos era la primera vez que las realizaban.

Por constituir aquel trabajo el primero en efectuarse por los compañeros de nuestro Departamento, carecía de la más mínima organización. Llegamos muy temprano al lugar ya mencionado y nos encontramos con algunos trabajadores que estaban al frente de la construcción y quienes nos ayudaron a organizar un poco el trabajo.

Ocurrió un hecho muy particular y propio de aquellos tiempos, que hasta hoy conocen muy pocos de quienes participaron en aquella inolvidable jornada.

A los pocos minutos de nuestra llegada, los compañeros pertenecientes a la escolta del Che y un reducido grupo de nosotros fuimos advertidos de un posible intento de atentado que se estaba tramando contra nuestro jefe por parte de las fuerzas contrarrevolucionarias de entonces. La advertencia significaba que debíamos de estar alerta, pero sin hacer comentario alguno sobre la información recibida.

El Che fue el primero en tratar de organizar el trabajo de aquel día y para ello nos llamó a quienes, casualmente, estábamos más cerca de él en esos momentos, e improvisó una brigada transportadora de prefabricados, compuesta por siete de nosotros, con él al frente.

Entre los compañeros integrantes de la brigada se encontraban el soldado Sergio Cubas (Cubita), el compañero Édison Velásquez, tres de los escoltas del Che y yo. El trabajo consistía en trasladar unos paneles de concreto de aproximadamente trescientos kilogramos de peso hasta un lugar que se encontraba a unos doscientos metros, donde debían ser instalados en las estructuras de las edificaciones preparadas al efecto.

Resultó que el peso de aquellos paneles era de tal magnitud que sólo podían ser transportados manualmente sobre unas parihuelas (artefacto compuesto de dos varas gruesas, con unas tablas atravesadas en medio, donde se coloca la carga para llevar entre dos), las cuales fueron improvisadas con tal objetivo. En lugar de dos varas de madera, hubo que colocar tres, para que los siete hombres encargados de la transportación pudiéramos manipular el peso de aquellos prefabricados.

El Che se puso al frente de la brigada, ocupando el puesto delantero conjuntamente con Cubita, pues éste, por ser un poco más alto que él, lo sobrecargaba, aún más por la inclinación de la parihuela.

El caso fue que la manipulación de aquellas piezas se complicó de tal forma que en medio del trayecto nuestros brigadistas delanteros comenzaron a protestar. El Che se quejaba, bien molesto, de que además del peso insoportable, él sentía que los que estaban situados detrás estaban empujando la carga hacia adelante.

Llegó un momento en el cual la protesta se convirtió en un insulto hacia mí por no poner orden, y le tuve que explicar que el que empujaba era Édison, quien estaba ubicado en la parte trasera, entre los dos miembros de la última pareja. Édison respondió a gritos, con la frase siguiente, dirigida a nuestros queridos delanteros: “Está bueno ya de tantas protestas, los que quieran quejarse que vayan al Hospital de la Maternidad Obrera. Aquí hay que venir a trabajar”.

La risotada fue casi general, pero el Che no asimiló para nada el chiste. Así llegamos al final del trayecto a punto de soltar la dichosa parihuela. Fue entonces cuando el Che tomaría una justa represalia contra el empujador de la brigada. En el próximo traslado a realizar y en todos los demás hasta el final de la jornada de ese día, decidió, sin derecho a apelación alguna, que Édison ocupara el lugar delantero de nuestra sufrida brigada de constructores.

A partir de aquella fecha, el trabajo voluntario se convertiría en un ritual de todos los domingos para los trabajadores del Departamento de Industrialización y, más tarde, con la prédica del Che sobre su importancia y el apoyo de los sindicatos, se generalizó a todos los demás sectores del país.



El Che y Orlando Borrego en un trabajo voluntario (1960)



El Che junto a varios compañeros del Departamento de Industrialización en el reparto José Martí de la “represalia en la Brigada”

EL CANUTO EN LA FRENTE

El Che fue el primer impulsor de la mecanización agrícola en Cuba. Desde los tiempos del Departamento de Industrialización priorizó aquella tarea, comenzando por prestarle una atención especial a la mecanización del corte de la caña de azúcar.

Tal prioridad al corte de la caña obedecía a una necesidad imperiosa para el desarrollo económico de Cuba. En los primeros años después del triunfo de la Revolución se abrieron nuevas fuentes de trabajo en diversos sectores y no era fácil cubrir las necesidades de mano de obra para cumplir anualmente con los requerimientos de la cosecha de la caña.

Para garantizar la zafra azucarera en aquellos años era necesario movilizar cerca de trescientos mil a cuatrocientos mil trabajadores permanentes durante, aproximadamente, cinco o seis meses al año.

Además del ahorro de fuerza de trabajo por el aumento de la productividad, el hecho de mecanizar el corte de la caña significaba humanizar, apreciablemente, el rudo trabajo de los cortadores de caña, una de las labores más agobiantes y peor pagadas en el país. Por todas esas razones, el Che se entregó en cuerpo y alma al impulso de la mecanización cañera.

Como Ministro de Industrias, el Comandante Guevara creó todas las condiciones organizativas, incluyendo la selección del personal de toda confiabilidad para encargarse del proyecto de mecanización.

El Ministro seguía a diario los trabajos del Departamento de Asuntos Especiales, el cual era el encargado de dirigir todo lo relacionado con el diseño, construcción y puesta en marcha de las máquinas alzadoras y cortadoras de caña.

Cuando las primeras máquinas cortadoras (combinadas) estuvieron listas, el Che me retó a una competencia para ver cuál de los dos era capaz de cortar más caña en una jornada de doce horas.

El lugar seleccionado para aquella emulación fue en los campos cañeros aledaños al central azucarero Cuba Libre en la provincia de Matanzas.

Aceptado el reto, nos trasladamos en la fecha indicada al Cuba Libre, donde nos esperaban el administrador del central y otro numeroso grupo de compañeros.

Inmediatamente nos dirigimos a los campos cañeros donde estaban situadas nuestras respectivas combinadas, junto a una dotación de mecánicos para cada una de ellas, quienes serían los encargados de su reparación cada vez que se produjera una interrupción en las labores de corte.

Se establecieron determinadas normas de trabajo como el establecimiento de un horario de media hora de descanso a la mitad de la jornada para almorzar y recuperar energías. Para calmar la sed teníamos garantizado el suministro de agua, pero no era necesario parar las máquinas, por lo que lo hacíamos sobre la marcha.

Se seleccionaron las áreas de corte, que contaban con caña suficiente para toda la jornada de trabajo. La ubicación de los campos permitía que con frecuencia los competidores se encontraran muy cerca uno del otro y aprovecharan aquellos encuentros para retarse con gritos de entusiasmo sobre las ventajas mutuas que cada uno se adjudicaba, o para burlarse sobre las frecuentes roturas de cada una de las combinadas.

El corte empezó a las seis de la mañana y a las cuatro de la tarde el Che llevaba cierta ventaja, quizá debido a la alta eficiencia de

los mecánicos reparadores de su combinada, quienes en un dos por tres arreglaban las frecuentes roturas.

El trabajo era agobiante a causa del calor y de la gran cantidad de polvo y otras impurezas que despedían las cuchillas cortadoras de las combinadas. El Che sufría tremendamente aquellas condiciones, producto del asma que hacía de las suyas en medio de la gran polvareda.

Cerca de las cinco de la tarde, cuando la competencia estaba en su fase más encarnizada, nuestras dos máquinas se encontraron a una corta distancia y entonces se produjo un incidente. Aquello por suerte no fue grave, pero sentó un precedente inolvidable como para que ahora se recuerde: de la cuchilla cortadora de la máquina que yo tripulaba, se disparó un canuto (parte media entre nudo y nudo de la caña de azúcar) a velocidad supersónica y fue directamente a proyectarse contra la frente del Che, golpeándolo con tal fuerza que de inmediato le hizo un hematoma.

Los “ayudantes” del Comandante quisieron prestarle servicios de primeros auxilios, pero él se negó rotundamente y continuó a toda máquina, profiriendo los peores insultos por la “agresión” de que había sido víctima.

Al final de la contienda el Che me había ganado la emulación, pero, además, me había dejado en tan malas condiciones físicas que tuve que acudir a un hospital cercano, en el pueblo de Colón, para aplicarme un tratamiento de aerosol, debido al ataque gripal que se me había desatado a causa de la gran cantidad de polvo que había aspirado durante la fatigosa jornada.



El autor en plena faena el día de la competencia

EL ASADO Y OTRAS LECCIONES

Continúo con mis recuerdos y esta vez haciendo referencia a esa ansiedad vital de todo ser humano que es la de alimentarse con regularidad para recuperar sus energías físicas y mentales. Tal enunciado no debe considerarse, a los efectos de estas notas, como una delimitación extraída de un manual de economía política, sino como una forma de decir algo, que en lenguaje cubano no tiene otra interpretación que ésta: hay que comer todos los días y hacerlo de la mejor forma posible.

Pues bien, tan pronto el Che tomó posesión como Ministro de Industrias, dictó las instrucciones pertinentes para que los dirigentes del organismo recibiéramos la misma alimentación que la del resto de sus trabajadores. Por razones de nuestro horario de trabajo, tanto el Ministro como nosotros no podíamos asistir al comedor general a las horas que lo hacían los demás trabajadores, por lo cual se habilitó un local para ese fin. Lo único que distinguía a nuestro comedor era el retraso de los comensales a la hora de comer, y por ello era necesario calentar de nuevo la comida todos los días.

En cierta oportunidad en que estuvo enfermo, atacado por sus frecuentes crisis asmáticas, rechazó una dieta reforzada que se le

ofreció, aduciendo que lo consideraba un privilegio inaceptable en momentos en que el país sufría determinadas limitaciones alimenticias producto del bloqueo económico que ya hacía sentir sus efectos sobre la población.

Por aquella misma época se encontraban en Cuba sus dos entrañables amigos argentinos, José (Pepe) González Aguilar y Alberto Granado. Uno de ellos le propuso festejar el encuentro con un asado que prepararían ellos mismos en el propio edificio del Ministerio. Ante la insistencia de sus amigos, el Che aceptó cortésmente, pero puso dos condiciones: que adquirieran la carne de su peculio personal y que limitaran su oferta gastronómica a unas pocas costillas de res y no a carne de más alta calidad.

Surgió otro inconveniente imprevisto: encontrar el lugar, un edificio con la suficiente ventilación como para que no se arrumara el disputado asado argentino con costillas cubanas. Al fin él decidió que se hiciera en el techo del edificio, lugar al que fui invitado por los amigos del Che.

Cuando calculé que ya estaba preparado el festín, subí con no pocas dificultades al techo del edificio. Era una noche ventosa y me encontré a los experimentados asadores tratando de controlar la fogata que ya había chamuscado una buena parte de las infortunadas costillas.

Estuve observando la ventilada maniobra y aduje que aquello terminaría en un buen amasijo de huesos calcinados. Finalmente subió el Che, fatigado por el asma y por la risa.

Más por entusiasmo que por otra cosa, comenzamos a roer aquellas costillas casi desprovistas de carne, pero bien adobadas por la proverbial austeridad del Che y por el cálido ambiente de amistad imperante entre los participantes de aquella divertida aventura.

Debo agregar una coletilla a este pasaje sobre algo sucedido poco tiempo después con uno de los participantes del chamuscado asado, el cordobés Alberto Granado. En este caso, el chamuscado fui yo.

El Che se encontraba platicando una noche con su querido amigo en su oficina, cuando tuve que entrar para informarle sobre un asunto de rutina en nuestro trabajo. Traté de retirarme para volver

luego, pero me invitaron a participar en la conversación. Los dos se deleitaban, pasándose una bombilla de mate a lo argentino. Como me encontraba sentado entre los dos, me pasaron la bombilla para que sorbiera de la infusión, que acababa de salir de la boca de Granado.

Mi reacción inmediata fue la de no someterme a un intercambio bucal, tan desconocido en Cuba, pero me quise hacer el educado y, sacando mi pañuelo, lo froté con fuerza por donde había absorbido el último mateador. A no dudar había cometido una falta de educación y una verdadera ofensa a los dos amigos presentes.

El Che fue el primero en atacar. Se burló de mí todo lo que quiso, criticando mi reacción, mientras que Granado se ahogaba de risa, secundando a su entrañable compañero de aventuras juveniles. Me defendí como pude, pero al final opté por no sacar otra vez el pañuelo y tuve que aceptar el intercambio salival con Granado.

Tiempo después, un poco más compenetrado con los hábitos argentinos, aprendí a tomar mate sin los reparos higiénicos de aquella noche, donde hice uno de los más grandes ridículos de toda mi vida.

Otro hecho que ejemplifica la probidad del Che y su sentido del compañerismo, fue lo ocurrido durante una visita a la planta de níquel Nicaro. Ese día ocupamos prácticamente toda la jornada en funciones de trabajo y luego fuimos invitados a almorzar a dicho lugar.

Según conocimos, uno de los compañeros que nos atendía había conocido que el Che sentía cierta predilección por los melocotones en almíbar. El hecho fue que, a la hora de los postres, nuestro amable anfitrión le sirvió un recipiente con melocotones. El Che miró a su alrededor y preguntó si le habían servido a todos los demás. Al informarle que no se contaba con melocotones para todos, insistió en retirar el que le habían servido, y advirtió, con mucha delicadeza que el hecho no debía repetirse porque él no tenía derecho a comer nada especial cuando no alcanzaba para todos. Ese día recibimos otra lección ejemplarizante por parte del Che, la cual nos haría admirarlo y respetarlo, aún más, como maestro y patrón a seguir en nuestras vidas.

Esos patrones de conducta los seguiría practicando con sistematicidad tanto en su vida pública como privada. La firmeza de sus convicciones se manifestaba en cada una de sus acciones cotidianas como por acción refleja, junto a una férrea autodisciplina personal.

En otro orden de cosas, el Che se caracterizó por ser en extremo riguroso y exigente consigo mismo. No aceptó cobrar el sueldo de Ministro y se limitó a recibir el que le correspondía como comandante del Ejército Rebelde, aunque éste representaba prácticamente la mitad del primero. Ese modesto ingreso lo dedicaba a sus gastos domésticos y nunca lo vimos disponer de dinero alguno en sus bolsillos para otros dispendios personales.

Como ya es bien conocido, el Che siempre demostró un gran amor, identificación con su madre. Por eso propiciaba el que viajara a Cuba regularmente y compartiera su vida familiar. Para ello, trataba, por todos los medios, de sufragar con sus propios recursos el boleto de avión, desde y hacia la Argentina, evitando que el presupuesto del Estado asumiera ese gasto.

Sus demás familiares argentinos debían pagar sus pasajes si deseaban viajar a Cuba para visitarlo, ya que él no disponía de ingresos suficientes para hacerlo.

UN HALAGO Y UN DESAIRE

Reitero que el Che no era un asceta extremista como algunos lo han calificado. En sus relaciones con los demás compañeros tampoco exigía sacrificios o actitudes fuera de la realidad. Mucho menos pretendía que otros hicieran lo que él no fuera capaz de hacer.

También reafirmo que era más exigente con los colaboradores más cercanos que con otros más alejados, aunque excepcionalmente sabía mostrarse cálido y afectuoso con aquéllos.

La primera vez que me encontré con el Che en las montañas del Escambray me observó fumando unos cigarrillos norteamericanos. Me calificó de burguesito por practicar ese hábito. Muchos años después me sorprendería con una compensación sobre aquel calificativo.

Por esa época varias líneas aéreas obsequiaban como propaganda a sus pasajeros en vuelo unas pequeñas cajitas con cinco cigarrillos dentro. Al regreso de un viaje suyo al exterior, guardó dos cajitas de *Kent* en el bolsillo de su chaqueta y a su llegada me las obsequió, acompañadas del siguiente comentario: *Aquí tienes para que disfrutes de tus hábitos burgueses.*

Efectivamente, disfruté con el mayor gusto aquellos cigarillos, que aunque no eran de una marca preferida por mí, tenían la cualidad particular de haber sido obsequiados por el Che.

Como contrapartida de esas excepcionales muestras de afecto, tampoco era dado a recibir halagos excesivos por parte de sus allegados o de otras personas.

En relación con este rasgo tan especial de su personalidad también tuve una experiencia personal no muy agradable que digamos.

El Che no daba muestras de parecer muy ordenado en la manipulación de los documentos de su oficina. Encima de su mesa de trabajo era frecuente observar un montón de papeles en aparente total desorden. Sin embargo, él sabía dónde estaba situado cada uno y los ubicaba con la mayor rapidez y facilidad.

Cuando tenía que salir para alguna reunión de trabajo fuera del Ministerio, depositaba los papeles en la misma forma en que aparecían en la mesa y en más de una ocasión observé con preocupación que utilizaba un portafolio abierto por los lados para transportar aquellos documentos.

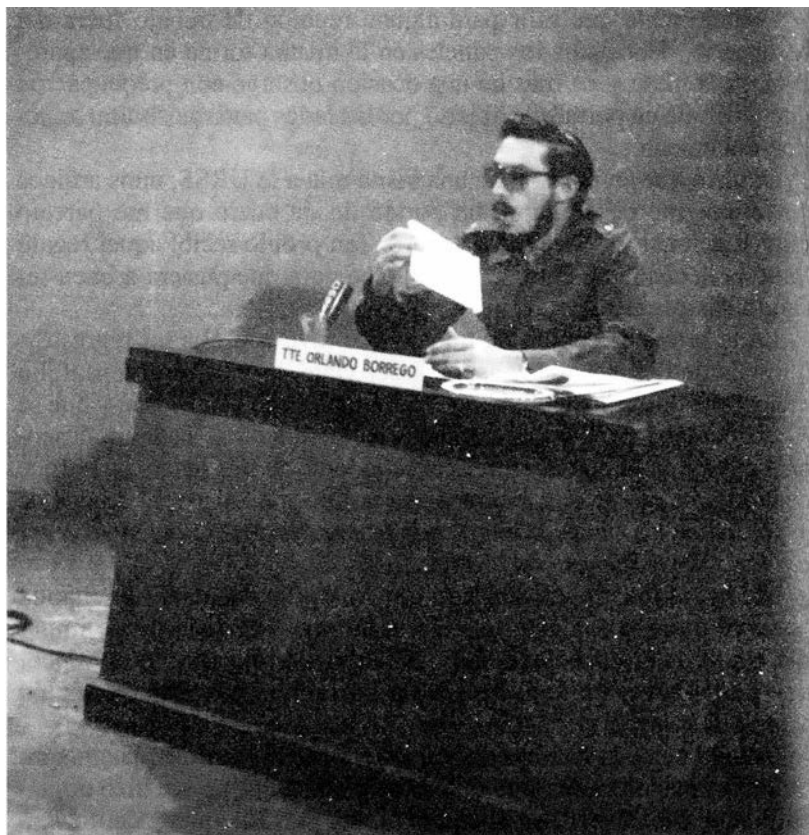
Ocurrió que en ocasión de una visita mía a la URSS, unos amigos soviéticos me obsequiaron un portafolio de cuero que me pareció muy funcional y, sobre todo, seguro. Tan pronto recibí aquel regalo tomé la decisión de entregárselo al Che para que pusiera a buen recaudo sus papeles.

En la primera reunión de trabajo que tuve con él a mi regreso y, después de despachar los asuntos del viaje, le mostré el portafolio diciéndole que era un regalo que me habían hecho en Moscú y que se lo obsequiaba para que guardara sus documentos. Todavía desconozco qué fue lo que interpretó exactamente de mis palabras, porque cuando ya tenía en sus manos el portafolio me “disparó” a boca de insulto una de las suyas: *¡Qué rápido te enseñaron los soviéticos a ser adúlón, que te vienes con ese regalo!*

Me había tocado por un lado que no podía aceptar, aun cuando observé que me lo decía a título de broma. Recordé de inmediato algo que desde niño me advirtió mi padre, que lo peor que

podía hacer un hombre era ser borracho, mentiroso y adulón a los jefes.

Como haciendo un acto de magia le retiré el regalo de las manos. Se reía a más no poder ante mi reacción, cosa que no me hizo ninguna gracia. Me despedí de él con la mayor cortesía que pude, llevándome el obsequio debajo del brazo. Al salir de la oficina, escuché que me decía: *¡Hasta luego, Vinagreta!*



El autor en su primera comparecencia en televisión en el año 1961



MIEDO ESCÉNICO

La mayoría de los que tuvimos que asumir determinadas responsabilidades en la administración del Estado revolucionario en los primeros años después de la liberación del país, no teníamos experiencia alguna acerca de las funciones que se nos asignaron. Hubo que aprender sobre la marcha y estudiar lo más posible para lograr realizar estas tareas con eficiencia.

Conscientes de la profundidad de los cambios que se producían, acordes con el programa revolucionario concebido por Fidel desde el asalto al Cuartel Moncada, tampoco rehuíamos esas responsabilidades ante la evidencia de la falta de personal calificado para realizarla. Buena parte de los directivos de las empresas y técnicos de las industrias nacionalizadas se marcharon del país, respondiendo a sus intereses de clase.

Personalmente me encontraba entre los tantos inexpertos con que contaba nuestra administración pública, y por lógica me sumé a la mayoría a sabiendas de mis grandes limitaciones.

El magisterio permanente del Che jugó un papel fundamental para adentrarnos en ciertos conocimientos elementales acerca de la dirección de la industria nacional, la cual se nos había confiado

administrar. Nuestro jefe tampoco poseía conocimientos especializados de tipo industrial, aunque contaba con una conocida vocación para esos menesteres. Desde la época de la guerra se había dedicado a organizar pequeñas industrias en las montañas para la subsistencia del Ejército Rebelde. Como varias veces afirmara el Che, fuimos aprendiendo a tropezones en busca de lo que todavía era una intuición apenas.

De todas formas, cualquier ser humano con el mínimo de honestidad debe ser consciente de determinadas barreras que le resultan infranqueables de acuerdo con sus capacidades. Mis barreras eran muchas, pero existía algo ante lo cual me consideraba totalmente incapacitado. Se trataba de la imposibilidad de sobreponerme al miedo escénico que me provocaba el sólo pensar en que debía situarme frente a un micrófono para pronunciar siquiera dos palabras.

Ante esa realidad me las arreglaba para rehuir cualquier presentación pública donde tuviera que hacer uso de la mencionada tecnología de comunicación. Si me aterraba esa eventualidad, resulta obvio que si se trataba de la televisión, el miedo se convertía en pánico, muy superior al que puede sentir un enfermo de claustrofobia cuando lo encierran.

Como la aventura burocrática guarda muchas sorpresas, un día me llegó la hora de dar el salto sobre la barrera del miedo escénico y sin contar con ningún entrenamiento previo.

A los pocos meses de creado el Ministerio de Industrias, el Che fue invitado a un canal de televisión para explicar la organización y las tareas principales del organismo recién creado. La comparecencia incluía una información al pueblo sobre las líneas de desarrollo industrial que planteaba llevar a cabo la Revolución.

Durante más de una semana todos los viceministros del organismo desarrollamos una maratónica jornada de búsqueda de información al requerimiento del Ministro para su conferencia televisiva. Yo sería el encargado de controlar y ordenar los datos solicitados por nuestro jefe.

Debo agregar que todos los trabajadores del Ministerio estaban muy entusiasmados ante la expectativa de ver al Che ante la televisión explicando las múltiples tareas que estábamos desarrollando.

Llegó el día anunciado para la conferencia y conocíamos que el Ministro estaba concentrado en su oficina dando los toques finales a su elaborada exposición. Sucedió entonces otro de los hechos insólitos que con frecuencia se presentaban en aquellos tiempos.

Justo a las doce del día, el Che me llamó a su oficina y con la mayor tranquilidad del mundo me informó:

Prepárate para que vayas a la televisión esta noche; acabo de ser llamado de urgencia para una reunión importante del Gobierno y no puedo ir a la comparecencia.

Al escuchar al Ministro, pensé que era una broma más de las que a veces usaba con sus colaboradores. Le pregunté si le hacían falta datos adicionales y ni por asomo creí lo que acababa de decirme. Tomó pose de mayor formalidad y me contestó que no era ninguna broma, que tomara la montaña de documentos que tenía sobre la mesa y me fuera inmediatamente a preparar mi conferencia. Me di cuenta de que estaba hablando en serio y, por primera vez, me negué rotundamente a cumplir sus órdenes.

Los argumentos se pueden suponer. Estiré la dialéctica al máximo con el Che, pero el Che parecía sordo a mis reclamos. Tomó los papeles de la mesa y me los entregó, manifestándome que me quedaba muy poco tiempo para prepararme y que todo me saldría bien. Salí de su oficina y me encaminé a la mía como si me llevaran directamente al patíbulo.

Me encerré en la oficina y comencé a revisar aquel cúmulo de cifras, tratando de controlar el nerviosismo. Lo que más deseaba era que se suspendiera la anunciada reunión de Gobierno de que me había hablado el Che. A las seis de la tarde culminé mi azarosa labor de revisión, completamente atiborrado de datos sobre la industria cubana. Me quedaban dos horas para presentarme ante las “tenebrosas” cámaras de la televisión.

Me marché a mi casa con precipitación y después de tomar una ducha bien fría, hice acopio de serenidad para ponerme en forma. Nunca he sido bebedor, salvo en días de fiesta u ocasiones excepcionales, pero en aquellos momentos sentí que algo me faltaba

para el salto final de la barrera. Me tomé media copa de ron blanco y salí por la televisión. Aunque no le recomiendo a nadie el uso de esa medicina, debo confesar que me causó mejor efecto que el más efectivo de los ansiolíticos conocidos hasta entonces.

Por primera vez voy a revelar otro recurso que utilicé cuando ya me encontraba ante las cámaras: me acordé de una conocida frase de Fidel en la cual afirmaba que lo peor que uno puede hacer cuando está amenazado por una fiera es demostrarle miedo. No pretendía comparar a los periodistas que me iban a entrevistar con las fieras aludidas por Fidel, pero para mí aquellas circunstancias me parecieron similares y decidí utilizar el recurso sugerido por el Jefe de la Revolución.

No voy a someter a los lectores al aburrido relato de las cifras y los datos, ya añejos, de la industria cubana que me tocó exponer, ni a las agudas preguntas de mis entrevistadores. Sólo puedo decirles que al final de la conferencia mi preocupación mayor era lo que opinaría el Che sobre aquella improvisada comparecencia. Al otro día le pregunté su opinión sobre la tortura a que me había sometido. Me miró como si nada hubiera pasado y me contestó: *Pasaste el examen y me parece que no te mereces un suspenso.*

Todavía hoy le temo más a las cámaras y a los micrófonos que los gatos al agua fría.

EL SUPERVISOR DESAFORADO

Al decir del Che, la Sección de Supervisión, Inspección y Auditoría del Departamento de Industrialización representaba los ojos y oídos de aquella institución. Si bien exigía a todos los jefes que debían practicar con el ejemplo como vía para hacer valer la ética revolucionaria, en el caso específico del jefe de la sección ya señalada, su exigencia era mucho mayor. Al crearse el Departamento ocupó el cargo de jefe de esta sección Édison Velásquez.

Por esa época, solíamos solicitar el traslado de algunos trabajadores administrativos de las fábricas o las empresas para reforzar el trabajo en el Departamento de Industrialización recién creado.

En una oportunidad hicimos ese tipo de pedido a la empresa textil, solicitando el traslado de una empleada para trabajos como secretaria.

Un día de tantos, se apareció en el Departamento una muchacha muy joven para ocupar el puesto ya señalado. La joven, además de su trabajo habitual, pertenecía a un grupo de *ballet*. Comenzó sus labores de rutina y con frecuencia se le veía a altas horas de la noche caminando por los pasillos de nuestras oficinas, trasladando documentos de un lugar a otro.

Como detalle imprescindible hay que señalar que la graciosa jovencita caminaba haciendo valer lo observado en el *ballet*; cabeza erguida y como haciendo flotar su figurita en cada pisada.

Muy pronto nuestra trabajadora comenzó a ser “muy admirada” por algunos jóvenes pertenecientes al Departamento y no pocos de los aludidos hacían un giro, no muy discreto, cuando la veían pasar. Entre aquellos mirones hubo algunos que llamaban a la joven “la sirenita”.

Entre esos asiduos observadores se encontraba nuestro jefe de supervisión, precisamente el funcionario más comprometido con el calificativo de ser ojos y oídos del Departamento.

Si bien no faltaban los “pescadores” que estaban muy interesados en “tirarle el anzuelo” a la muchachita para ver si “lo picaba”, ninguno tuvo la osadía de hacerlo sin tomar todas las medidas de precaución que el caso ameritaba.

Fue precisamente el jefe de supervisión el que primero tomó la imprevista iniciativa. En la primera oportunidad que se le presentó hizo buen uso de sus “artes de pesca” insinuándole a la jovencita unas evidentes y marcadas intenciones.

Desde aquel primer intento, el arte de pesca no funcionó, y por el contrario, la bella muchacha le advirtió con la mayor finura a nuestro querido funcionario que no la molestara, ya que su único interés en nuestras oficinas era cumplir con las tareas que se le habían asignado.

De acuerdo con el refrán, muy extendido en nuestro país, de que “a la tercera va la vencida”, nuestro pescador calculó que aún le faltaban dos intentos más para llegar a los promisorios objetivos que se proponía.

Como buen supervisor se las arregló para encontrar el número de teléfono de la chica y pronto hizo eficaz uso del gran invento de Graham Bell. Realizó una llamadita a la hora que la consideró en su hogar y volvió a lanzar el anzuelo, esta vez a través del hilo telefónico y a más larga distancia que la vez anterior. De nuevo, ella le hizo una segunda advertencia, en esta ocasión con implicaciones más riesgosas que cuando la primera insinuación le manifestó que si volvía

por la tercera se tendría que olvidar del famoso refrán para el resto de su vida, porque sería necesario informarle de todo al Che.

Si lo de los ojos no le había preocupado mucho la vez anterior, en ésta el supervisor tampoco le prestó atención a los oídos, que le habían servido para escuchar la peligrosa advertencia.

Y, efectivamente, volvió por la tercera, y por vía telefónica, confiado en lo infalible que le resultaría el conocido refrán. La sentencia estaba dictada.

El Che fue informado de las frustradas acciones del supervisor con su anzuelo, del primer intento del pescador y de las reiteradas llamaditas telefónicas.

No habían pasado dos horas de haber recibido aquella información cuando el Che me hizo llamar a su oficina. Tan pronto entré me informó los detalles de todo lo sucedido con el compañero Édison y me transmitió las siguientes instrucciones, irrevocables:

Llama inmediatamente a Édison y le dices que averigüe cuál es la primera embarcación que zarpa para Cayo Largo del Sur, que se embarque en ella y que permanecerá allí por espacio de seis meses, para que rectifique sus ímpetus juveniles y el mal uso que ha hecho de su cargo y que si cumple con toda disciplina ese mandato, cuando regrese será reintegrado a su puesto de jefe de supervisión.

Hice uso de mis no muy amplias prerrogativas, y traté de ayudar a mi amigo, solicitándole al Che que suavizara la sanción que acababa de imponerle, pero fracasé desde los primeros intentos.

De inmediato llamé a Édison y lo impuse acerca de las instrucciones de nuestro jefe. Utilizó todos los argumentos para justificar sus acciones de pesca, haciendo buen uso de su profesión, pero sin resultado alguno. Por último, tuvo que aceptar la medida y fue por sus enseres personales para embarcarse en la primera oportunidad para Cayo Largo.

A estas alturas de mi relato, resulta imprescindible una breve referencia sobre el tan mencionado cayo.

Se trataba en ese entonces de un solitario paraje al sur de la isla que, por su interés estratégico para la seguridad del país, se comenzaba a poblar con compañeros, en su mayoría del Ejército Rebelde, con el objetivo de llevar a cabo una serie de construcciones que aseguraran parte de la protección ya señalada.

Todo estaba por hacer en el lejano lugar y, para garantizar la vida de sus nuevos pobladores, se les enviaban provisiones de agua y otros alimentos en una patana que hacía el viaje dos veces al mes, aproximadamente. Nuestro supervisor tendría que unir sus pocas habilidades manuales a la de los compañeros que se encontraban allí para hacer un buen uso de las palas y los picos y llevar a cabo las nuevas construcciones. Contaba con una sola ventaja: se había desempeñado como profesor de Educación Física en un reconocido plantel de la ciudad de La Habana, el Candle College.

Como aclaración, y no como promoción del turismo, debo decir que en la actualidad aquel cayo se ha convertido en una de las áreas más importantes para el desarrollo turístico, con un aeropuerto internacional y varios hoteles de alta calidad.

Pues bien, como encargado de darle seguimiento a las instrucciones del Che, me mantenía al tanto periódicamente del comportamiento de nuestro eficiente supervisor en el Cayo.

Debo decir, en honor a la verdad histórica, que todas las informaciones del querido sancionado que me llegaban eran altamente favorables, e inmediatamente que las recibía se las hacía conocer al Che.

Pasados cuatro meses de la sanción, se me acercó Enrique Oluski, quien en aquel entonces ocupaba el cargo de jefe de la Sección de Administración, y también estaba al tanto de la actitud positiva de Édison, me exigió que hablara con el Che para dar fin a la sanción del compañero. Me repetía con insistencia que ya era suficiente con la estancia pasada en Cayo Largo y que debíamos retornarlo a sus batallones en La Habana.

Traté de convencer a Enrique de lo improcedente de su propuesta y me negué rotundamente a trasmitírsela al Che. Éste no me hizo el caso y me respondió que él hablaría con el Comandante, según que lo convencería para que diera por terminada la sanción.

Salió de mi oficina y se dirigió a la de nuestro Jefe para discutir el controvertido asunto.

El Che lo recibió como siempre y se dedicó a escucharlo atentamente; Oltuski se convirtió en un buen abogado de defensa y echó mano a todas las argumentaciones posibles en favor del sancionado, convencido de que el Che aceptaría sus reclamos.

Terminada su exposición, su jefe lo miró fijamente y sin inmutarse pasó a expresarle lo que sigue:

Me has dado una magnífica oportunidad para felicitarte por una cualidad que hasta ahora desconocía sobre tu persona. Acabo de darme cuenta de tu espíritu solidario con los demás compañeros, y en consideración a ello te propongo que mañana mismo partas para Cayo Largo y así te sentirás muy feliz acompañando a Édison hasta que termine su sanción, que por otra parte no estoy dispuesto a retirar hasta que no la cumpla totalmente. Así que te deseo un buen viaje y que la pases bien en el Cayo.

Oltuski se dio cuenta que había perdido la pelea y de inmediato rindió sus armas, notificándole que ni por asomo se iría para el Cayo, por más amigo que fuera de Édison. Dejó constancia de su desacuerdo con el Che y le pidió permiso para retirarse.

De esta forma, nuestro supervisor cumplió con honor su sanción y el mismo día que ésta llegó a su fin, el Che me preguntó cuándo llegaba Édison a La Habana. Pasaron tres días y nuestro amigo no hacía acto de presencia en el Departamento ni en su casa.

El Che me volvió a preguntar por él y no pude darle ninguna respuesta satisfactoria. Por fin, al cuarto día, Édison se apareció en mis oficinas con el rostro muy descansado y, como siempre, maletín en mano en pose de supervisor.

Cuando le pregunté acerca de su demora en llegar, me contestó que había aprovechado el buen ambiente reinante en el puerto de Batabanó, donde había desembarcado, para echar una ojeada por el entorno; bien justificado, según decía, dado el tiempo de abstención que había pasado en el Cayo.

Por su respuesta y por el lugar de su desembarco en la isla, pude deducir que en esa ocasión había tenido mejor suerte y más habilidad en el uso de sus artes de pesca.

Después de presentarse a su jefe y éste felicitarlo por su actitud, comenzó otro vía crucis para Édison, ya que el Che le exigió que debía ofrecerle una detallada explicación a sus subordinados acerca de las razones de la sanción, antes de ocupar, nuevamente, su cargo.

Muy a su pesar, el jefe de supervisión dio cumplimiento a las indicaciones del Che, y de esta forma pudo recuperar el atributo de volver a ser ojos y oídos del Departamento de Industrialización.

EL ANTICOMUNISTA

El pensamiento de José Martí fue la guía política y espiritual de Fidel Castro desde que dio sus primeros pasos en la lucha revolucionaria. En su defensa en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada declararía con toda firmeza que el autor intelectual de aquella acción era José Martí.

Durante toda la etapa de lucha, hasta el triunfo de la Revolución, las ideas de Martí presidieron todas las acciones llevadas a cabo por Fidel y los principales líderes revolucionarios. Entre esas ideas estaba la concepción martiana de la unidad revolucionaria.

En fecha tan temprana como 1887 ya Martí había enunciado como efectivo fundamental del programa revolucionario el de unir con estudio democrático, y en relaciones de igualdad, todas las emigraciones, y el de impedir que las simpatías revolucionarias en Cuba se desviaran por algún interés de grupo.

Terminada la Guerra de Independencia y durante toda la etapa de una pseudo-república, poco hicieron los políticos de turno por lograr una unidad nacional y evitar la división en la sociedad cubana. Eran elementos naturales del propio sistema político imperante.

La propaganda política en manos de los defensores de los peores intereses hizo todo lo que estuvo a su alcance por denostar a las organizaciones políticas de izquierda. El anticomunismo se entronizó en el país y el solo hecho de ser calificado de comunista implicaba el peor rechazo por todos aquéllos que no tuvieran cierta educación política o que, por otras razones, contaran con alguna conciencia revolucionaria.

Al triunfo de la Revolución, la mayoría de los jóvenes que habíamos participado en la lucha en montañas y ciudades arrastrábamos aquellos prejuicios, al extremo de sentirnos ofendidos si alguien cometía el atrevimiento de calificarnos de comunistas.

A pocos meses de encontrarnos en el Regimiento de La Cabaña en La Habana se decidió la creación de las Fuerzas Tácticas del Centro, y todos los integrantes de nuestro regimiento nos trasladamos disciplinadamente para la provincia central a ocupar nuestras nuevas responsabilidades en el Regimiento Leoncio Vidal en la ciudad de Santa Clara.

El cambio de La Habana para Santa Clara resultó muy brusco para la mayoría de los oficiales y demás integrantes de nuestro movilizadísimo regimiento, especialmente al tener que abandonar ciertas distracciones nocturnas que eventualmente nos estaban permitidas en la capital de la República.

Tan pronto llegamos a Santa Clara, muchos de nosotros nos las arreglamos para encontrar nuevas distracciones en aquella ciudad. Uno de los lugares elegidos y más visitado con cierta frecuencia era el *cabaret* Venecia, quizás el centro nocturno más cotizado por los villareños.

Una noche que hacía mi entrada al famoso *cabaret*, acompañado de varios oficiales de nuestro regimiento, observé que sentados frente a la puerta de entrada y casi obstaculizando el paso, se encontraban dos jóvenes con características de boxeadores o practicantes de kárate, que nos miraron muy despectivamente. Inmediatamente, escuché que uno de ellos, dirigiéndose al otro, en alta voz, le decía: “Mira al auténtico comunista de mierda que va entrando”.

En verdad lo de mierda era algo imperdonable como irrespeto a mi uniforme de oficial del Ejército Rebelde, pero lo que más me había ofendido era lo de comunista, y de inmediato me abalancé

contra el sujeto, que saltando de donde estaba se me enfrentó de lo más confiado.

Desgraciadamente, no salí muy bien parado de aquel incidente porque en efecto mi contrincante se defendió de mi ataque haciendo uso de sus artes marciales y de un tirón me regó para el suelo con pistola y todo. Gracias al inmediato auxilio de los demás oficiales que me acompañaban, aquella riña no pasó a males mayores, y a los pocos minutos estábamos disfrutando del *show* del Venecia sin ser molestados.

Pasaron los años y en 1961 se crearon las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), primer paso para la organización del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) y más tarde Partido Comunista de Cuba (PCC). De esta forma se comenzó a consolidar oficialmente nuestra unidad revolucionaria.

Al crearse las ORI, pronto fue designado una suerte de delegado o comisario que atendería a nuestro Ministerio de Industrias por parte de la Dirección Nacional de la organización. Para esa fecha ya empezaba a sufrirse los primeros indicios negativos del sectarismo dentro de aquella naciente organización política y todos en nuestro Ministerio estábamos preocupados y en posición de alerta acerca de quién sería el delegado o comisario que nos sería asignado.

Muchos no entendíamos el porqué de un delegado para nuestro organismo, si el Che era el Ministro y formaba parte de la Dirección Nacional.

Todas esas preocupaciones se convirtieron en “comidilla” entre nosotros, pero no se nos ocurría ni plantearlas al Che ni comentarlas con otras personas fuera del organismo. Lo consideramos un “pecado” de alta indisciplina y aguantamos calladitos hasta la llegada del esperado delegado o comisario político de las ORI.

Por fin conocimos el nombre del tan esperado compañero que nos atendería políticamente a partir de entonces: se trataba de Manuel Luzardo, viejo militante del Partido Socialista Popular y miembro de la Dirección Nacional de las ORI.

Pronto supimos que el Che se había encargado de acompañar a Luzardo a cada una de las oficinas de los dirigentes del Ministerio para hacer personalmente las presentaciones de rigor.

Efectivamente, un día lunes, muy temprano, se me anunció por el secretario del Ministro que a las nueve de la mañana mi jefe estaría en mi oficina con Luzardo para la anunciada presentación.

A la hora señalada hizo su entrada el comandante Guevara seguido de Manuel Luzardo. Sin tomar asiento, el Che se dirigió a su acompañante y procedió a la presentación, pronunciando, con la mayor seriedad, las siguientes palabras:

Pues bien, Luzardo, ya te he presentado a los demás viceministros. este es el teniente Orlando Borrego, viceministro primero del organismo y el más anticomunista de todos con los que tendrás que coordinar tu trabajo a partir de hoy.

Yo no conocía a Luzardo y no encontraba cómo salir del aprieto. Él, por su parte, parecía visiblemente apenado y optó por mostrar una risita nada espontánea. Luego, el Che y su acompañante tomaron asiento y hablaron unos minutos acerca de las funciones que yo desarrollaba en el organismo.

Cuando los dos se marcharon de mi oficina, de lo primero que me acordé fue del “insulto” recibido por el karateca de Santa Clara al llamarme “comunista de mierda”. ¡Cómo habían cambiado los tiempos! Ahora con quien me ofendía era con el Che por usar la broma de presentarme como anticomunista. Así eran las cosas en nuestra Revolución en los primeros años.

Debo decir, con toda honestidad, que durante casi dos años tuve que coordinar múltiples actividades políticas con el compañero Luzardo y nunca tuve la menor queja de la forma en que trató aquellos asuntos. Su trato fue siempre afectuoso y comprensivo, frente a una que otra expresión de inmadurez política producto de nuestra extremada juventud y de los rezagos del pasado que nos tocó vivir en nuestra querida isla de Cuba.

EL SECRETARIO PERSONAL

José Manuel Manresa fue el secretario personal del Che durante la época en que éste ocupó los cargos de Jefe del Departamento de Industrialización, Presidente del Banco Nacional de Cuba y Ministro de Industrias.

Manresa, como todos empezamos a llamarle, trabajaba como soldado mecanógrafo en las oficinas de la jefatura del Regimiento de La Cabaña en La Habana cuando las tropas al mando del Comandante Guevara ocuparon dicho regimiento, inmediatamente después del triunfo revolucionario.

Pocos días después de la llegada de las tropas rebeldes, el soldado Manresa, siguiendo con todo rigor las normas del conducto reglamentario, le solicitó una entrevista personal al nuevo jefe del Regimiento. El Che recibió a su subordinado al día siguiente, preguntándole de inmediato cuál era el objetivo de la solicitud.

Manresa se mantenía en posición de atención, esperando a que su jefe lo autorizara a sentarse. Cuando el Che, sin mucha circunspección, le señaló el asiento, el soldado atendió a su llamado, situándose de tal forma que parecía estar presenciando un desfile militar. Su respuesta fue la siguiente: “Comandante, yo soy soldado

mecanógrafo de esta oficina, como usted conoce. Considero que existiendo muchos revolucionarios pertenecientes al Ejército Rebelde como los que han llegado a este regimiento, no es justo que yo continúe en el cargo que ocupó, por lo que vengo a solicitarle mi licenciamiento”.

El Che escuchaba con la mayor atención a Manresa. Pensó que aquel hombre sería más explícito en su exposición, pero no resultó así, ya que el joven soldado no articuló una palabra más. Entonces el Che le preguntó: *¿Qué piensa hacer usted cuando abandone el regimiento de La Cabaña?*, a lo que Manresa contestó con una más “detallada” explicación: “Bueno, Comandante, yo tengo un hermano que tiene una finquita por allá, cerca de Cienfuegos, y pienso que quizá pudiera trabajar con él y así ganar unos pesos para mantener a mi familia”.

El Comandante Guevara se reclinó en su asiento y mordiendo su tabaco, sonrisa de por medio, le pidió a Manresa que le mostrara sus manos. El soldado, sorprendido, se puso de pie y con evidente timidez se acercó al Che mostrándole las manos sin entender absolutamente a qué se debía el examen. El Che rió y, mirándole de lado, le preguntó:

¿Y usted cree que con esas manos de oficinista se podrá ganar unos pesos en la finca de su hermano? Pero, además, ¿por qué se marcha si a usted nadie lo ha despedido ni hemos desmovilizado todavía a ninguno de los miembros del ejército anterior?

Entonces Manresa exteriorizó otra idea, que al parecer llevaba reservada por si se le presentaba una ocasión propicia: “Mire, Comandante, yo me alegro de que usted me haya tratado de esta forma, porque yo he pensado que si no me va bien en la finquita de mi hermano, a lo mejor puedo venir a verlo, si usted me lo permite, y quizá me pueda ayudar a buscar otro trabajito”. *Está bien*, le contestó el Che, *y ojalá que tenga éxitos*, despidiéndose de esta forma del soldado Manresa.

Pasaron dos meses aproximadamente y encontrándome yo despachando con el Comandante en la casa de Tarará, en ocasión

de encontrarse enfermo, entró uno de sus escoltas y le anunció que allí se encontraba el antiguo soldado Manresa y que solicitaba hablar con él. El Che le comunicó que esperara y que cuando terminara nuestro despacho lo recibiría. Yo me marché al final de mi reunión, aunque confieso que me fui muy interesado en cuál sería el resultado de aquella entrevista, ya que el Che me había puesto en antecedentes sobre el curioso caso de Manresa.

Luego éste último me contaría que el Che lo había recibido muy sonriente y de nuevo le pidió que le mostrara las manos. Cuando Manresa le mostró el mal estado de las mismas, el Comandante echó una carcajada diciéndole: *Se lo advertí, pero usted no me quiso hacer caso. ¿Y qué se le ofrece ahora?* A lo que él respondió: “Bueno, usted se acuerda que yo le dije que si me iba mal, vendría a verlo de nuevo para lo del trabajito”.

El Che se quedó pensativo, pero no encontró una respuesta satisfactoria para Manresa en aquellos momentos. Le dijo que hasta que encontrara un trabajo definitivo para él, le pedía que de ser posible le ayudara en la mecanografía y salida de una gran cantidad de correspondencia que se había acumulado con motivo de su enfermedad y se encontraba en otra habitación de la propia casa.

Manresa aceptó gustoso y pasó de inmediato, ese mismo día, a cumplir su antiguo puesto de mecanógrafo, aunque en un lugar completamente distinto y con un jefe que nada tenía que ver con los modales castrenses del que había tenido en el gobierno anterior.

Pasaron los días y los meses y Manresa se fue quedando a cargo del trabajo de mecanografía en las oficinas del Che. De esta forma se convirtió en su secretario personal, sin que mediaran los trámites finales de los nombramientos oficiales de antaño. Tal designación se produjo como justa recompensa a su consagración en el trabajo y la lealtad a toda prueba con su nuevo jefe.

Había sido merecedor de la confianza que en él había depositado al Comandante Guevara; una prueba más de la calidad humana del Che y de la confianza que éste era capaz de tener en los demás seres humanos sin llevarse por falsos conceptos o convencionalismos.

Al crearse el Departamento de Industrialización, fui llamado por el Che para colaborar con él en aquella tarea. Entre los fundadores

de aquel departamento se encontraba Manresa. A partir de entonces establecimos una relación de trabajo muy cercana, lo que me permitió conocer más estrechamente al antiguo soldado de La Cabaña.

Entre las características más destacadas de aquel hombre estaba su discreción más absoluta. Era muy difícil conocer por medio de Manresa cualquier información, por simple que fuera, si ella no estaba previamente autorizada por el Che. Llegó a conocer de tal forma a su jefe que era capaz de entenderlo hasta por señales.

Me encontraba una mañana en su oficina cuando el Che abrió la puerta de la suya y le emitió una retahíla de palabras casi inaudibles a Manresa. Yo no entendí absolutamente nada de lo pronunciado por el Comandante y, picado por la curiosidad, le pregunté al Secretario qué diablos había dicho. Manresa muy circunspecto me respondió: “Muy fácil, me acaba de decir que se va para el Consejo de Ministros y necesita el documento de la carpeta azul que me dio para archivar ayer”. Me quedé medio mudo, pero aquel día me di cuenta de la comprensión empática que el Che había desarrollado con su secretario. También percibí el disfrute personal que éste último expresaba al descifrar, como patrimonio propio, el código personal que mantenía con su jefe.

Para ser fiel a la verdad histórica debo agregar, como en otros pasajes sobre el Che, que éste solía ser más exigente con sus colaboradores más cercanos que con los demás.

El caso de Manresa no fue una excepción de esa regla. Le exigía al máximo en su trabajo y le reclamaba ante la más mínima falla en su labor administrativa.

El abnegado secretario cumplía con el mayor celo cualquier instrucción del Che y no era en absoluto de su agrado cualquier interferencia en ese terreno.

Cuando el Che salía de recorrido por el interior del país, por lo regular lo hacía en el avión ejecutivo, un pequeño Cessna de dos motores tripulado por su piloto, el capitán Eliseo de la Campa. Éste cuidaba de la seguridad de su jefe con el mayor esmero, ya que casi siempre le correspondía a él ejercer las funciones de copiloto. Adicionalmente, tomaba ciertas notas que su jefe le indicaba en aquellos viajes para que luego se las transmitiera a Manresa para su

ejecución. En tales circunstancias, el piloto hacia de intermediario de aquellos mensajes y, en algunas oportunidades, Manresa le presentó algunas quejas al Che por la forma en que le llegaban algunas de sus instrucciones.

En una de las tantas oportunidades en que se encontraba colmado de trabajo, Manresa se le presentó con uno de sus reclamos en relación con un mensaje entregado por Eliseo. El Che no disponía del menor tiempo para atender el asunto; pero, además, estaba interesado en dar fin a las disputas entre el secretario y su muy estimado piloto.

De acuerdo con mis funciones en aquella época, me correspondía atender las tareas más disímiles por delegación del Che, lo cual incluía, lógicamente, también asuntos secundarios o de menor importancia administrativa.

Haciendo uso de sus prerrogativas, el Ministro me llamó a su despacho y me transmitió la siguiente información, seguida de las correspondientes instrucciones (cito literalmente):

Entre Manresa y Eliseo han surgido ciertos malos entendidos que tú debes aclarar y poner en orden para que se termine la “pute-ría” [palabra vulgar que puede ser entendida como discusión entre dos hombres por asuntos baladíes y sin la menor importancia] que se traen entre los dos. Después me informas. Yo estoy con mucho trabajo en estos momentos para ocuparme de tonterías.

Cumpliendo las instrucciones recibidas cité a los dos “contendientes” a mi oficina y les transmití, exactamente, las orientaciones dadas por el Che. Ambos se miraron sorprendidos y trataron de interrumpirme, muy respetuosos, para hacer aclaraciones. Los mandé a callar, inmediatamente, y les ordené que solicitaran la palabra de forma individual y no a dúo como lo acababan de hacer. Manresa, que ya para esa época tenía bastante confianza conmigo como para llamarme “Borre” en lugar de Borrego, en esa ocasión solicitó la palabra dirigiéndose a mí como “compañero teniente”. Las cosas se iban poniendo en su lugar.

Autoricé a Manresa para que hiciera sus descargos, pero he aquí la gran sorpresa: se puso de pie, volviendo a su pose militar de antaño y sin más preámbulo, me recitó, muy firme, lo siguiente: “Puede usted comunicarle al Comandante que acepto totalmente sus calificativos acerca de mis relaciones con Eliseo. Tales ‘puterías’ son absolutamente ciertas y yo me hago totalmente responsable de todo lo sucedido. Por mi parte, estoy en la mayor disposición de aclarar directamente con Eliseo estas boberías para que ni el Comandante ni usted tengan que perder su valioso tiempo en algo que debemos resolver nosotros”.

A partir de ese momento estuve seguro de que la reunión iba a ser muy corta y me dirigí a Eliseo para que me expresara sus opiniones sobre el asunto.

El piloto le siguió la rima al secretario y masticando las palabras afirmó que compartía “totalmente lo expresado por Manresa”, que a partir de ese momento se comprometía a estrechar su colaboración de trabajo con él y a ser más cuidadoso en la transmisión de cualquier mensaje del Comandante.

El encuentro terminó en medio de un mar de sonrisas fraternales y a partir de aquel momento más nunca conocí de conflicto alguno entre el secretario y el piloto del Che.

Más tarde sólo me tomaría unos segundos para informarle al Ministro el resultado de aquella feliz reunión de “arbitraje”, que resultó ser la más corta de todas las que he realizado en mi larga vida administrativa.



José Manuel Manresa, el secretario personal del Che



EL SECRETARIO EN NUEVA YORK

El trabajo del Comandante Guevara no se limitaba a su compleja tarea como Ministro, miembro de la Dirección Nacional de la Revolución y jefe de una región militar. Se le encargó desarrollar otras funciones como representante del Gobierno Revolucionario en la arena internacional. En una oportunidad presidió la delegación cubana a la Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York. En esa importante misión fue acompañado por su ya experimentado secretario personal.

Para entonces, el antiguo soldado de La Cabaña ya estaba lo suficientemente capacitado como para auxiliar a su jefe en los menesteres más azarosos de la alta diplomacia. Permanecieron varios días en la ciudad neoyorquina y a su regresó sometió a Manresa a un riguroso interrogatorio sobre las experiencias personales del periplo. Como siempre, el hermético secretario no soltaba ni una palabra sobre el tema. Pero de pronto estalló en una risa incontenible que le aguaba los ojos. Entonces me convencí de que algo fuera de lo común le había sucedido e insistí de inmediato en que me lo contara.

Me solicitó trasladarnos a mi oficina con el mayor misterio y de nuevo comenzó a reír, hasta que le solté una palabrota, manifestándole que, o contaba lo ocurrido, o se fuera a cumplir con su trabajo sin más dilación. Más sereno, comenzó el insólito relato: se encontraba el Che conversando con otras personalidades diplomáticas durante un receso de una de las sesiones de la Asamblea General de la ONU y, de pronto, el Comandante había prendido un habano dedicándose a disfrutarlo con el mayor placer y elegancia.

No habían pasado cinco minutos y se anunció el reinicio de la sesión. El Che miró enternecido su tabaco recién estrenado, se acercó a un cenicero aledaño, trató de apagarlo con cuidado para no estropearlo y luego, con la mayor tranquilidad, lo depositó sigilosamente en el bolsillo derecho de su chaqueta. Manresa, que se encontraba a su lado, observó con cierta preocupación la delicada maniobra, pero no chistó.

Entraron a la solemne sala y ocuparon sus respectivos asientos; el secretario, como siempre, situado detrás del Presidente de su Delegación. A los pocos minutos se respiraba un aromático olor a tabaco cubano en el recinto.

El secretario tuvo un mal presentimiento. El Che sintió un fuerte calor en el bolsillo de su chaqueta y con la mayor discreción sacó su preciado habano y se lo pasó por debajo de la silla a su diligente secretario.

La angustia se apoderó de Manresa. Sostenía el humeante puro en sus recuperadas manos de oficinista, pero no encontraba el momento propicio para darle otro destino. Esperó impaciente y justo en el momento en que todos los asistentes ofrendaban sus aplausos a uno de los delegados en uso de la palabra, se levantó de su silla con la mayor dignidad y tomó rumbo a la primera puerta de salida.

Una vez recuperado del inoportuno incidente, Manresa miró con desdén el tabaco y procedió a apagarlo con la mayor delicadeza.

Debía conservarlo con esmero para devolverlo al final de la sesión al Che, seguro que, de no hacerlo, tendría que soportar una seria reprimenda por parte del Comandante Guerrillero; convertido entonces en ilustrado diplomático de nuestra rebelde isla caribeña.

Manresa continuó al lado del Che y llegado el año 1965 conoció de la partida del Comandante Guevara a otras tierras del mundo. Comenzó entonces un nuevo período de su vida en el cual su único y máspreciado deseo era el reencuentro con su jefe para acompañarlo en la nueva guerrilla.

Después de culminada la campaña del Che en el Congo y conocido el nuevo proyecto en Bolivia, Manresa insistió en partir para reunirse con el Che. Lo embargaba una sola preocupación personal: sufría de una sensible dolencia en las piernas producida por una insuficiencia circulatoria.

Se sometió a una prueba física por medio de una larga caminata en las montañas de la Sierra Maestra. Al decir de un entrañable acompañante, lo salvó la técnica, ya que no pudo soportar el rigor de la caminata, y un helicóptero tuvo que venir en su auxilio para trasladarlo a la ciudad. Convencido de sus limitaciones, no insistió en el atrevido intento de combatir junto al Che.

Continuó trabajando con denuedo y siempre sumido en la más absoluta discreción acerca de los íntimos recuerdos que conservaba en la multifacética personalidad del Guerrillero Heroico. Falleció en el mes de diciembre del año 2000 en la ciudad de La Habana. Hoy todos lo recordamos como uno de los compañeros más queridos y mantuvo el privilegio indiscutible de compartir parte de su vida junto a uno de los hombres más grandes de América y del mundo: el mítico Comandante Ernesto Che Guevara.



EL HIJO DEL SECRETARIO

Dada la intensidad de trabajo a que estaba sometido el Che, José Manuel Manresa dedicaba la mayor parte de su vida a su tarea como secretario. Su esposa mostró en más de una ocasión su disgusto por el poco tiempo que dedicaba a la atención de la familia. El Che fue informado de la situación y aunque no podía hacer grandes concesiones en cuanto a la jornada de trabajo de su secretario, optó por una solución poco ortodoxa. Con frecuencia invitaba a la señora para que visitara las oficinas de su marido y de esta forma pudiera permanecer más tiempo con su esposo.

En esas visitas nocturnas o de fin de semana de la señora de Manresa a sus oficinas, el Che conversaba con ella a menudo y aprovechaba la ocasión para bromear con ella acerca del trabajo de su esposo y otras cosas de la vida cotidiana de aquel entonces. El caso es que estableció amistad con la señora de su secretario y con su pequeño hijo que siempre la acompañaba.

El hijo de Manresa tenía aproximadamente diez años en aquel entonces y se nombraba como su padre, con la sola diferencia de que le llamaban Manolo o Manolito. A partir de entonces todos en el Ministerio hicimos amistad con el muchacho, que frecuentemente merodeaba por nuestras oficinas en el momento menos esperado.

Ocurrió otro hecho digno de mención: el Che había organizado un aula anexa a su oficina, con un profesor altamente calificado para elevar la escolaridad de los miembros de su escolta. Entonces Manolito se incorporó, a sugerencia del Che, para terminar su enseñanza primaria en la escuela de los escoltas del Ministro.

Junto a esas atenciones del Che por el muchacho, decidió enseñarle a jugar ajedrez en los pocos momentos libres de que disponía en su trabajo. Manolo comenzó a demostrar un buen aprovechamiento en esas lides y entonces el Comandante Guevara le solicitó al ingeniero José Miguel Alonso, que trabajaba en el Ministerio y se destacaba como buen ajedrecista, que le diera un entrenamiento más sistemático a Manolo.

Cuando escribía estos recuerdos sobre el Che, le mostré al hoy José Manuel Manresa hijo (luego se haría médico) lo que en ese momento había narrado. Me agregó otros recuerdos personales sobre aquella etapa, junto a la de su iniciación como ajedrecista promovido por el Che.

Con frecuencia el Comandante jugaba a ciegas con su pequeño contrincante. En una de aquellas partidas, el Che le dijo que moviera un alfil a determinada posición, pero el diagonal de la pieza estaba ocupado por un peón, de tal manera que ello implicaba un error por parte del Che. Manolo no se atrevió a decirle nada al otro jugador y entonces el Che meditó unos segundos y le preguntó por qué no lo había advertido de su error. Él no hallaba cómo explicarle lo sucedido hasta que el Che le indicó que continuaran, no sin advertirle que no volviera a eludir un error de ese tipo.

Cuenta que cuando ya había pasado un largo entrenamiento con el ingeniero Alonso, se organizó una competencia ajedrecística en el Ministerio donde participaron decenas de trabajadores del organismo. Ninguno de los jugadores conocía quién pudiera ser su oponente. Ocurrió que cuando fue llamado para jugar su partida se encontró con el Che sentado frente a él. Estaba convencido de que perdería la partida.

Comenzaron a jugar y cuando habían hecho varios movimientos, el Che le anunció que tenía que marcharse para una reunión de

trabajo por lo que se había salvado de una gran derrota en la competencia de ajedrez.

Pocos días después, el Che lo sorprendió con el regalo de una bicicleta, que fue la primera que utilizó durante su niñez.

Recuerda Manolo que por esa época su madre cayó gravemente enferma con problemas cardiovasculares, siendo necesario ingresarla en una clínica especializada de La Habana.

A partir de entonces, el Che la visitaría regularmente en el hospital hasta el día de su fallecimiento. Nunca dejó de llevarle alguna fruta como gesto de amistad y en cada ocasión dedicaría algunos minutos para conversar con la señora y estimularla a luchar contra su enfermedad; otra demostración más del humanismo del Che, lo que justifica la gran estimación y respeto que el hijo de su secretario mantiene sobre quien considera uno de los más grandes maestros de toda su vida.



EL PATOJO Y LA GRAN REFRIEGA

Julio Roberto Cáceres Valle (el Patojo) era un joven guatemalteco que a no dudar fue uno de los más cercanos amigos del Che. Se habían conocido en un tren cuando el Che tuvo que abandonar Guatemala rumbo a Ciudad de México a causa de la caída del gobierno presidido por Jacobo Arbenz, que había sido derrocado dos meses antes. Durante el viaje al país azteca entablaron una prolongada conversación como suele suceder entre dos viajeros errantes que van en busca de nuevos horizontes. Aunque el Patojo era varios años menor que el Che, lograron establecer una amistad que llegó a ser entrañable y duradera.

De Chiapas viajaron a Ciudad de México, donde juntos afrontaron la difícil aventura de tratar de ganarse la vida en un medio desconocido. El Patojo no contaba con un centavo en sus bolsillos y el Che tan sólo unos pesos que invirtió en la compra de una cámara fotográfica. Los dos se dedicaron al oficio de fotógrafos clandestinos en los parques de la capital, en sociedad con un mexicano que tenía un pequeño laboratorio donde revelaban. De ese oficio comieron durante varios meses, y al decir del Che, las contingencias de la vida revolucionaria los separaron.

El Patojo quiso acompañar a su amigo argentino cuando la salida del yate *Granma* hacia Cuba, pero Fidel consideró que no era correcto traerlo, ya que el ejército revolucionario no se debía convertir en un mosaico de nacionalidades.

A los pocos días del triunfo de la Revolución Cubana, el Patojo vendió las pocas pertenencias que tenía y decidió viajar a Cuba, presentándose ante el Che cuando éste ocupaba la jefatura del Regimiento de La Cabaña. El Comandante lo llevaría a vivir a su casa, como correspondía entre viejos amigos. Para esa fecha, el Patojo poseía una amplia cultura y estaba dotado de una gran sensibilidad política.

Se incorporó como soldado al Ejército Rebelde y meses después tuvo el cargo de jefe de personal del Departamento de Industrialización.

Cuando el Che pasó a ocupar el cargo de Presidente del Banco Nacional, el Patojo quedó trabajando bajo mis órdenes en el Departamento y comencé a conocerlo con más profundidad. El Comandante Guevara continuaba orientando sistemáticamente el Departamento y yo me encargaba de todo el trabajo ejecutivo que me había delegado en aquella etapa. Eran los tiempos en que las jornadas de trabajo culminaban a altas horas de la madrugada.

En uno de mis despachos nocturnos con el Che, éste me hizo una advertencia poco usual en aquellas reuniones. Me pidió que escuchara con la mayor atención porque me tenía que transmitir una instrucción que debía cumplirla con el mayor cuidado y sentido de amabilidad. Me pareció un poco extraña la advertencia, pero me dediqué a escucharlo pacientemente.

Me explicó que un compañero muy allegado a él desde los primeros días de la lucha revolucionaria le había solicitado con la mayor humildad un trabajo para su padre, que el solicitante no acostumbraba a hacer ese tipo de pedido y que debíamos de ocuparnos de inmediato para encontrarle una ubicación adecuada. Como indicación, en principio, me sugirió que tratara de nombrarlo al frente de uno de los batallones de confecciones textiles que se acababan de nacionalizar pues la persona a ubicar tenía experiencia como sastre.

Aquello no me pareció nada difícil de cumplir porque existía un recién nacionalizado que coincidía perfectamente con la indicación dada por el Che. Terminado nuestro despacho, me retiré a descansar unas horas para regresar al día siguiente al Departamento y tomar las medidas pertinentes para el nombramiento que se me había encargado.

Tan pronto llegué a mi oficina, llamé al Patojo para instruirlo, de inmediato, acerca del asunto. Como jefe de personal era el encargado de correr con todos los trámites del caso. Seguí mecánicamente mis pasos clásicos del burócrata robotizado que acostumbra a darle el mismo tratamiento a todos los asuntos de un mismo tipo, sin distinguir diferencia de matices y de contenido. Aquel error me costaría muy caro, tan caro que aún lo recuerdo con vergüenza.

Cuando tuve al Patojo frente a mí le repetí con exactitud las mismas palabras que el Che me había transmitido a mí, como jefe del Departamento. El querido guatemalteco me escuchó con toda la pasividad que lo caracterizaba. No observé la más mínima reacción de preocupación en su rostro y por el contrario me llegó a parecer hasta demasiado complaciente la forma como había recibido mis instrucciones.

El Patojo acostumbraba a hablar muy bajo, con los dientes apretados, casi inaudible, y cuando le insistí en si había entendido bien mis instrucciones, me contestó apenas con un susurro, que interpreté como que me había dicho: “Está bien, no más, ¿por qué te preocupas tanto?”. Se marchó de mi oficina y yo pasé a ocuparme de las múltiples e impostergables tareas que esperaban por mi atención inmediata.

Pasaron dos días sin que yo controlara la ejecución del nombramiento que le había instruido a mi jefe de personal, y en medio del tormentoso trabajo que teníamos en esa época, no me pasó por la mente que se hubiese incumplido lo que había ordenado. Éste fue el segundo error cometido y que me serviría de experiencia hasta el momento en que escribo estas notas.

Mi secretaria me anunció que el Che me llamaba por teléfono y de inmediato tomé el auricular con la misma disposición y

tranquilidad de siempre. Tan pronto escuché su voz percibí que algo grave había sucedido. De forma tajante, y sin preámbulo alguno, me preguntó si ya había cumplido sus instrucciones en relación con el nombramiento.

Sentí algo así como un vacío en el estómago y le respondí con nerviosismo que suponía que sí, ya que le había dado instrucciones precisas al Patojo sobre el caso aquéllas que él me había transmitido. Entonces “ardió Troya” y el Che empezó a gritarme las palabras más fuertes que jamás le había escuchado.

Al final de su andanada, no tenía la más mínima justificación para rechazar lo que me había dicho, y tuve que contestarle que tenía toda la razón, que me ocuparía personalmente del asunto y que no me volvería a suceder un caso como aquel. Por supuesto, todo se debía a que su compañero le había hecho saber que a su padre lo habían “peloteado” (cuando una persona no es atendida “como Dios manda” en cualquier organismo estatal y lo envían de un lugar a otro dentro del laberinto burocrático sin la menor sensibilidad) y ni siquiera había sido atendido por el funcionario que tenía la responsabilidad de hacerlo.

Como es obvio, yo me ocuparía personalmente del nombramiento a partir de ese momento, pero, para hacerlo, debía desentrañar hasta el mínimo detalle las razones por las cuales el Patojo no había cumplido mis instrucciones. Para ello, lo llamé de nuevo a mi oficina a un minucioso interrogatorio. Utilicé las palabrotas más las que había acumulado hasta entonces en mi poco ilustrado vocabulario.

Mi sorpresa: al Patojo no se le alteró ni un solo músculo de la cara. Me escuchó tranquilamente con su acostumbrada mirada apacible, imperturbable. Se pasó la mano por la frente serena y, con voz alta, comenzó su relato para explicarme lo sucedido, no sin antes advertirme que no debía alterarme de esa forma porque me podía subir la presión arterial. Tuve la intención de tirármele al cuello, pero me contuve y dejé que comenzara su historia.

Comenzó diciendo que me diría toda la verdad sobre lo ocurrido. Había citado al respetable señor que yo le había indicado para las nueve de la mañana del día siguiente al de mis instrucciones.

Aclaró que por estar muy ocupado le habían dado las doce del día sin atender al visitante. Justo cuando estaba decidido a hacerlo, su secretaria le había anunciado que en el cine Radiocentro (actualmente Yara) se estaba exhibiendo una película que él consideraba como una verdadera creación artística y no se la podía perder. Había partido al cine y regresado a las cuatro de la tarde y, para su sorpresa, el señor no había actuado con la calma suficiente como para esperarlo y se había marchado. Y agregó, como haciendo el paréntesis en su exposición: “¿Te das cuenta que ese señor es muy desesperado?”.

Mientras el Patojo hablaba yo me dediqué a pensar en sus más lejanos ancestros maya-quiché. Entonces me pareció encontrar una explicación lógica para entender en parte la razón de aquella actitud sosegada y hasta venerables capaz de hacer que una persona no diera muestras de alteración alguna ni en las circunstancias más extremas. Decidí cortar la conversación con el Patojo, aunque me hubiese gustado disponer del tiempo y la calma suficiente para seguir escuchándolo hasta el final de su sincera y tranquila explicación.

Ese mismo día hablé con el humilde sastre que había sido una de las primeras víctimas del burocratismo de nuestro Departamento de Industrialización. Quedó nombrado, de inmediato, en un modesto taller de confecciones donde desempeñó con la mayor eficiencia su trabajo como administrador revolucionario.

Le informé al Che de la solución final dada al asunto, sin transmitirle muchos detalles sobre el tratamiento infortunado dado por el Patojo al trámite de aquel caso.

El desagradable incidente, puramente administrativo en apariencia, me había permitido conocer más a fondo a los seres humanos y a comprender por qué el Che había sido capaz de consolidar una amistad tan estrecha con el Patojo.

Después de todo aquello me acerqué más a él y en una ocasión en que nos encontrábamos cenando en nuestro comedor, me comentó que algún día tendría que marcharse de Cuba para ir a luchar por la liberación de su querida Guatemala. Confieso que supe un poco aquellos comentarios del Patojo, pero no le ofrecí ninguna opinión sobre el particular. Poco tiempo después el Che

me informó de la partida de su amigo y de algunos consejos que le había dado basado en su experiencia guerrillera.

Muy pronto supimos de la muerte del Patojo en las montañas de Guatemala. El Che recibiría de las manos de unos amigos mexicanos algunos versos escritos por el soldado Cáceres a una amiga suya en Cuba. Los había dejado escritos en una libreta de notas. El final de uno de ellos resultaba imperativo:

Toma, es sólo un corazón,
tenlo en tu mano
y cuando llegue el día,
abre tu mano para que el sol lo caliente...

TÚ NO ERES COMANDANTE

Como es conocido, el Che era muy exigente en el trabajo, pero al mismo tiempo les ofrecía el mayor apoyo a sus subordinados en el cumplimiento de sus funciones. La autoridad administrativa la declaraba a toda costa, evitando cualquier interferencia que implicara el resquebrajamiento de esa facultad de dirección.

El Ministerio de Industrias contaba con cientos de empresas y fábricas a lo largo del país y con frecuencia resultaba lógica la necesidad de sustituir a uno que otro director de empresa o administrador de fábrica en cualquier provincia.

Las razones por las cuales era necesario sustituir a ciertos dirigentes administrativos podían ser muy variadas, como sucede en cualquier país, pero el Che exigía que se le presentaran elementos suficientemente convincentes para tomar la decisión en tales casos.

Cuando el motivo de la sustitución resultaba polémico, él personalmente viajaba a la provincia de que se tratara para analizar el caso y para estar presente en el cambio de mando. Otras veces designaba a uno de los viceministros para que cumpliera esa función.

En una oportunidad el Ministro delegó en mí para que viajara a la provincia de Oriente y analizara el caso de un administrador de un central azucarero que se proponía sustituir por determinadas fallas administrativas.

Al personarme en el lugar y examinar la propuesta de sustitución llegué a concluir de que la medida estaba más que justificada y tomé la decisión de ejecutarla de inmediato.

Además, propuse que el administrador cumpliera una sanción administrativa por los errores cometidos. Esta última medida me había sido encomendada por el Che en el caso de que se confirmaran las faltas cometidas por el administrador.

Siempre acostumbrábamos informar a las autoridades provinciales de estas sustituciones y en aquel caso así lo hice. Resultó que uno de los dirigentes de la provincia no estuvo de acuerdo con las medidas aplicadas por mí y en ocasión de analizar el asunto se produjo una discusión un tanto acalorada entre los dos. Al final, no llegamos a ningún acuerdo, y yo regresé a La Habana, informándole al Che sobre aquella discrepancia.

El Ministro consideró que yo no debí propiciar aquella discusión y que tenía que haberle informado previamente del problema para él discutirlo con el dirigente provincial.

No entendí su argumentación y le respondí que si yo había actuado correctamente, no veía razón alguna para trasladarle el asunto a él con todas las ocupaciones que tenía.

Seguimos discutiendo el asunto y yo mantenía mi posición. Entonces, en forma más imperativa me expresó:

¿Sabes por qué no debiste propiciar esa discusión? Pues porque tú no eres comandante ni ministro y yo sí. Debiste dejarme ese problema a mí. De todas formas, ahora tendré que enfrentarlo y ver cómo te puedo defender, porque tienes la razón. Para la próxima sé más cuidadoso en medir hasta dónde llega tu ascendencia y no sólo tu autoridad administrativa.

Aquel señalamiento del Che significó una nueva enseñanza en términos de métodos de trabajo. Cuando existen otros niveles de apelación con mayor ascendencia que la que uno tiene, no siempre resulta inteligente provocar conflictos que pueden ser resueltos a ese nivel, sin afectar las relaciones humanas, que resultan tan importantes en el trabajo de dirección.

EL TIROTEO

Entre los casos más inauditos que recuerdo y que sucedieron en los primeros tiempos en el Ministerio de Industrias, está el acaecido en la Empresa de Recuperación de Materias Primas, subordinada a una rama del Viceministerio de la Industria Ligera.

La decisión de nombrar a directores de ramas por parte del Che se debió a que era tan numerosa la cantidad de empresas dependientes de cada uno de los viceministros, que se hacía prácticamente imposible darle la mejor y más oportuna atención a cada una de ellas.

El Che le otorgaba una gran importancia a la Empresa de Recuperación de Materias Primas, como vía para el ahorro de recursos materiales y la sustitución de importaciones. Era una nueva experiencia en Cuba, que no siempre era bien comprendida por muchos funcionarios del propio Ministerio.

Al frente de la rama ya señalada anteriormente, se encontraba José (Pepe) Tabares del Real, hombre de larga trayectoria revolucionaria, y como muchos otros jóvenes de similares antecedentes, no la pensaba mucho, en aquellos primeros tiempos, para hacer uso de algunos métodos de trabajo no muy convencionales en su labor de dirección.

Al frente de la Empresa de Recuperación de Materias Primas se encontraba Alfonso Casanovas, también con atributos de activo revolucionario y por coincidencia con poca experiencia administrativa. A ello se sumaban ciertas discrepancias con Tabares en lo referente a su estilo de trabajo, elemento este último que comenzó a producir ciertas fricciones entre jefe y subordinado, o sea, que se había producido, casualmente, una mezcla un tanto explosiva en la línea de mando empresa-ministerio.

Aunque la mayoría de nosotros estábamos al tanto de aquellos desaguisados, nunca los consideramos de tanta gravedad como para que no pudieran ser conciliados dentro del propio viceministerio al que pertenecían.

Lamentablemente, llegó un día en que el director de la rama y el de la empresa entraron en profundas discrepancias con motivo de ciertas valoraciones que Tabares le había presentado al viceministro correspondiente en relación con el trabajo de Casanovas. Éste había sido llamado por el viceministro y sometido a varias críticas sobre su trabajo, al extremo de anunciarle su posible destitución.

Casanovas se retiró de esa oficina bastante enojado y casualmente en esos momentos se encontró con Tabares, al cual increpó de forma amenazadora, anunciándole que en la próxima oportunidad en que se encontraran le ajustaría cuentas por las versiones que le había ofrecido al Viceministro. En suma, que las relaciones entre los dos habían tomado un calibre no apropiado dentro de la ética que el Che luchaba por introducir dentro del Ministerio.

El caso fue que, a los pocos días de aquel infeliz encuentro, Tabares se presentó en la Empresa de Recuperación de Materias Primas. Casanovas, que acababa de llegar a ella en aquellos momentos, se transfiguró inmediatamente en *cowboy* de la peor película del oeste. Sin esperar por jueces ni padrinos, tomó su revólver, apuntó hacia Tabares y le hizo un disparo a poco menos de diez metros de distancia, sin lograr alcanzarlo.

Tabares, que ya tenía experiencia en la forma de proteger su pellejo, tal como lo había hecho en la lucha insurreccional, corrió

en busca de su parapeto para defenderse de la agresión. Por suerte, ante los gritos de alarma de los trabajadores de la empresa, pesó más su condición de revolucionarios y paralizaron aquel “duelo” sin que pasara a males mayores.

A los pocos minutos del incidente, el viceministro de la Industria Ligera fue informado con lujo de detalles de lo ocurrido e inmediatamente le informó al Comandante Guevara.

Lo primero que preguntó el Che fue que si había resultado alguien herido. Se le informó que nadie había sufrido ni un rasguño. Con la mayor calma llamó al Ministerio del Interior y solicitó que fueran detenidos los dos funcionarios que habían producido el incidente, y que luego le informaran del resultado de las investigaciones y de los interrogatorios.

Pasados algunos días del suceso, el Che fue informado acuciosamente sobre el resultado de todo lo investigado, así como de la actitud asumida por los autores del hecho. Sobre este último particular conoció que los dos habían reconocido el gran error cometido, y habían terminado estrechándose las manos y haciendo el juramento de honor de jamás volver a repetir un espectáculo tan poco edificante como aquel.

Corrían los tiempos en que todavía no se había llegado al proceso de institucionalización revolucionaria que más tarde precisaría las limitaciones apropiadas para casos tan insólitos como el sucedido.

En tal sentido, el Che realizó las consultas pertinentes y se llegó a la conclusión de que había que ser inflexible con los dos funcionarios, pero sin llegar a un enjuiciamiento por la vía judicial, de consecuencias un tanto impredecibles por la carencia de una legislación acorde con la tipicidad del caso.

El Comandante Guevara sería el encargado, como en otras oportunidades anteriores, de aplicar la justicia revolucionaria en condiciones tan excepcionales.

El Che recabó la presencia de Tabares en su oficina. Se trataba de un director del Ministerio y no quiso delegar en nadie su

propio interrogatorio. El caso de Casanovas lo dejó en manos del viceministro, Juan Manuel Castiñeiras.

Lo primero que el Che le preguntó a Tabares fue a cuántos metros de distancia se encontraban cuando se produjo el tiroteo. Tabares le contestó que tan sólo a diez metros.

El Che lo miró, haciéndose el asombrado, tratando de guardar la máxima compostura para que no pensara que estaba subestimando la gravedad de lo ocurrido y le afirmó:

Es asombroso que tan sólo a diez metros de distancia y con la mejor posibilidad, ustedes no se hayan hecho ni un rasguño. Con esa pésima puntería yo no me atrevería a hacerme acompañar de ustedes dos ni para atacar a un mosquito.

Tabares lo mira un tanto apenado y no pronunció ni una palabra. Entonces el Che hizo un pormenorizado análisis de lo sucedido, destacando entre otras cosas, la irresponsabilidad cometida por dos dirigentes del Ministerio que debían dar ejemplo de compañerismo, el peligro de haber podido cometer un accidente hiriendo a otras personas, el no haber tenido en cuenta que vivíamos en otros tiempos y no en la época de los matones o los payasos que se retaban a duelo para destacarse en la política o en las revanchas gansteriles, etcétera, etcétera.

Tabares no chistó, sólo escuchaba la justa reprimenda de su jefe, pero se preguntaba, para sus adentros, cuál sería la conclusión final de todo aquello, aunque a esas alturas estaba totalmente dispuesto a cumplir el más severo castigo que se le pudiera imponer.

El Che lo miró serenamente y le informó que se merecían una sanción ejemplarizante para que les sirviera de experiencia y que en el futuro gastaran sus energías en acciones más constructivas y no en duelitos de poca monta.

El Ministro ya tenía decidido el próximo destino que les asignaría a sus dos subordinados. Le preguntó a Tabares si alguna vez en su vida había trabajado en la minería. Éste le contestó que nunca había realizado labores de ese tipo.

Entonces le anunció la sanción que debían cumplir. Tabares pasaría a trabajar durante un tiempo como obrero minero en la mina Yamanigüey. Dicha mina se encontraba en el extremo nororiental de la isla y sus condiciones laborales eran de las peores del país. Tabares se encargaría, además de su trabajo como minero, de ayudar a mejorar las condiciones laborales del recóndito lugar. Cobraría una retribución de acuerdo con la escala de salarios de aquel centro de trabajo. Al igual que en otros casos, sería reintegrado a un trabajo de dirección si era capaz de cumplir con la máxima calidad todos sus deberes como minero.

A Casanovas le impuso una sanción de tres meses de trabajo físico en el campamento de Guanahacabibes, situado en el extremo occidental del territorio nacional, en la provincia de Pinar del Río. Las condiciones de trabajo, nivel salarial y otros derechos serían los mismos que los de los demás sancionados en aquel lugar. Usualmente, retornaría a un trabajo de dirección si su evaluación final confirmaba el cumplimiento de todos los requisitos exigidos.

Como elemento significativo les anunció que el Departamento de Personal del Ministerio se ocuparía de cualquier necesidad o problema que se les presentara a sus respectivas familias, y que así debían informárselo antes de partir de La Habana.

Así se dio por terminado aquel incidente por parte del Che. Solo le quedaría por conocer el comportamiento demostrado por ambos en los próximos meses durante el cumplimiento de aquella sanción que les había impuesto.

Tanto Tabares como Casanovas estuvieron a la altura de sus condiciones revolucionarias y supieron cumplir de manera ejemplar aquella sanción educativa que les fue impuesta por el Che. Al terminar de cumplir con ella, fueron reintegrados a cargos de dirección y continuaron trabajando bajo la jefatura del Che en el Ministerio de Industrias.

Alfonso Casanovas ocuparía posteriormente el cargo de administrador de la fábrica de tabacos H. Upmann. En el año 1963 fue seleccionado por el Che como el mejor administrador de fábrica, otorgándosele un diploma de reconocimiento, firmado por él y que

actualmente conserva en su casa como un valioso recuerdo de aquellos tiempos.

Junto al diploma obtuvo un estímulo que consistía en unas vacaciones pagadas por el Ministerio para él y su familia en un importante centro turístico del país. Luego ocuparía otras importantes responsabilidades administrativas y actualmente se encuentra disfrutando de su jubilación.

Al terminar de escribir estos recuerdos verifiqué con él todo lo narrado y estuvo de acuerdo conmigo en la utilidad de su publicación, como un referente más de los años que pasamos junto al Comandante Guevara y que nos ayudaron a formarnos a todos, y por qué no, también a nuestros hijos.

José Tabares del Real también ocupó altas responsabilidades posteriormente, incluso las correspondientes a las de embajador de nuestro país.

Culminadas sus misiones en el exterior, se convirtió en uno de los más reconocidos historiadores de Cuba. Durante varios años fue profesor de Historia de la Universidad de La Habana. Escribió varias obras de inestimable valor histórico para las actuales y futuras generaciones.

Cuando me decidí a escribir estos recuerdos, verifiqué con él personalmente todos los detalles del caso que aquí se narra. Aunque yo había estado muy al tanto y de manera muy cercana de todo lo sucedido en aquel entonces, quise aprovechar sus dotes de buen historiador, además de tener una memoria asombrosa, para que revisara lo escrito. Me agregó algunos detalles de valor inestimable y me estimuló para que todo fuera publicado cuando yo lo estimara.

Lamentablemente, Tabares falleció hace poco tiempo y dejó sin terminar una parte fundamental de sus obras. Al participar en sus funerales junto a muchos otros compañeros, sentí con dolor que no llegara a tener la oportunidad de leer estas páginas completas, escritas por alguien que no cuenta con sus cualidades excepcionales de gran historiador.

El insólito caso que sucedió entre aquellos dos queridos compañeros, y el tratamiento que el Che supo darle en aquellas

circunstancias particulares, nos ilustra una vez más acerca de su papel como jefe, de su exigencia sin concesiones junto a su sentido equilibrado de la justicia, en correspondencia con las atenuantes de cada caso en los que tuvo que intervenir.

Al igual que muchos otros seguidores del Che, tanto Tabares como Casanovas son considerados como ejemplares alumnos que supieron educarse bajo el magisterio inolvidable del Comandante Che Guevara.



José Tabares del Real (2001)



MURALLA EN LAS OFICINAS

Al observar las fotos infantiles del Che, éste aparece con frecuencia entretenido paseando sobre un manso caballo, alimentando a las palomas en la finca de Portela o jugando distraído con un perro, junto a sus hermanos, en uno de los otros tantos lugares donde vivió en su natal Argentina.

En su largo peregrinar por América Latina siempre dio muestras de su inclinación por el disfrute de la naturaleza, su fina percepción del entorno que lo rodeaba y su gran sensibilidad en el trato a los animales que se encontraban por doquier.

No todo resultó feliz para el joven argentino en relación con el medio donde le tocó desarrollar su andariega existencia. Culminada la guerra de liberación en Cuba, escribió sus notas sobre la histórica contienda, llevada a cabo en las montañas de la Sierra Maestra. Aquellas narraciones fueron publicadas bajo el título de *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Allí aparece un capítulo que lleva el nombre de “El cachorro asesinado”.

En una ocasión, la columna guerrillera dirigida por él seguía pacientemente los rastros de la tropa de Sánchez Mosquera, que, como se ha dicho, era uno de los más connotados asesinos del ejército de la tiranía batistiana.

Camilo Cienfuegos con doce de sus hombres debía contener la columna enemiga de cerca de ciento cincuenta soldados. La misión del Che era caer sobre las espaldas de Sánchez Mosquera y cercarlo. Todo marchaba perfectamente, según explica el Che; si no hubiera sido por la nueva mascota perteneciente a los guerrilleros: un pequeño perrito de caza, de pocas semanas de nacido. Y narra el Che:

La pequeña columna marchaba con el silencio de estos casos, sin que apenas una rama rota quebrara el murmullo habitual del monte; éste se turbó de pronto por los ladridos desconsolados y nerviosos del perrito. Se había quedado atrás y ladraba desesperadamente llamando a sus amos para que lo ayudaran en el difícil trance. Alguien pasa el animalito y otra vez seguimos, pero cuando estábamos descansando en lo hondo de un arroyo con un guía atisbando los movimientos de la hueste enemiga, volvía el perro a lanzar sus histéricos aullidos; ya no se conformaba con llamar, tenía miedo de que lo dejaran y ladraba desesperadamente.

Recuerdo mi orden tajante: “Félix, ese perro no da un ladrido más, tú te encargas de hacerlo. Ahórcalo. No puede volver a ladrar”. Félix me mira con unos ojos que no decían nada. Entre toda la tropa extenuada como haciendo el centro del círculo estaban él y el perrito. Con toda lentitud saca una soga, la cruza al cuello del animalito y empieza a apretarla. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a poco estremeciéndose al compás de un quejido muy fino que podía burlar el círculo amenazante de la garganta. No sé cuánto tiempo fue, pero a todos nos pareció mucho, largo el lapso pasado hasta el fin. El cachorro, tras un largo movimiento nervioso, deja de debatirse. Queda allí, esmirriado, doblada su cabecita sobre las ramas del monte.

Al final de aquella azarosa operación, el Comandante Guerrillero termina su relato, expresando:

Llegamos por la noche a una casa, también vacía; era en el caserío de Marverde, y allí pudimos descansar. Pronto cocinaron un

puerco y algunas yucas y al rato estaba la comida. Alguien cantaba una tonada con una guitarra, pues las casas campesinas se abandonaban de pronto con todos sus enseres dentro.

No sé si sería sentimental la tonada, o si fue la noche o el cansancio. Lo cierto es que Félix, que comía sentado en el suelo, deja un hueso. Un perro de la casa vino mansamente y lo cogía. Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo mira; Félix lo mira a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable.

Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con su mirada mansa, picaresca, con algo de reproche, aunque observándonos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado.

Tiempo después el Che avanzaría con su columna invasora hacia el centro de la isla, combatiría sin tregua en las montañas del Escambray y en otros lugares, para finalmente tomar de manera victoriosa la ciudad de Santa Clara. En rápida sucesión ocupó distintos cargos en el Gobierno, hasta ser designado Ministro de Industrias. El humanismo revolucionario lo continuaría acompañando en todos los nuevos escenarios.

Cuando ya ocupaba las nuevas oficinas en el recién creado Ministerio, solía llegar temprano a su trabajo y parqueaba su auto en el sótano del moderno edificio, situado en la Plaza de la Revolución.

Por lo general, llegábamos juntos al organismo y yo parqueaba mi automóvil al lado del suyo. Una de esas mañanas observé que el Che se detenía a mirar un pequeño perrito color negro que había aparecido sorpresivamente en el sótano. Se inclinó, tomó al animal y se lo llevó en los brazos a su oficina. Días después el perro había sido bautizado por el Che con el nombre de Muralla.

Pasado algún tiempo, Muralla había crecido casi tan rápidamente como la propia burocracia de nuestro Ministerio. Aquel pequeño perrito abandonado por algún desconocido se había convertido en un perrazo de gran porte. El Ministro cuidaba al animal con esmero y hasta le había situado una alfombra para que descansara en su propia oficina. El perro pernoctaba entre el sótano y la oficina del Ministro.

Debo confesar que dada mi procedencia campesina también sentía la lógica atracción por los perros, con la diferencia de que mi valoración de estos animales no coincidía exactamente con la del Che. De niño había apreciado la importancia de contar con más de un perro en la pequeña finca administrada por mi padre, pero aquellos fieles amigos siempre estuvieron dedicados a labores vinculadas al arreo y cuidado del ganado.

Ya ubicado por razón de mi trabajo en la ciudad de La Habana, no me era fácil aceptar la presencia de un perro dentro de las sobrias oficinas de un Ministro del Gobierno, por muy revolucionarias que fueran sus funciones.

Así que comenzaron a evidenciarse algunas discrepancias fraternales con el Che en relación con la presencia de Muralla en nuestro hábitat. Éstas se agudizaron por la curiosa coincidencia de que el perro no mostraba ninguna simpatía por mi persona. Más de una vez había intentado atacarme, sin aparente justificación, en los momentos en que yo llegaba con mi auto e intentaba parquearlo en el sótano del edificio. Otra curiosidad consistía en que cuando el animal se encontraba dentro de la oficina del Ministro se mostraba de lo más apacible y no prestaba atención alguna a mi presencia en dicho lugar.

Un día sucedió lo ya esperado. Llegué soñoliento al parqueo y cuando bajé del automóvil, Muralla me atacó con evidentes malas intenciones; mostró sus afilados colmillos, emitió un agudo ladrido y trató de avanzar hacia mí de lo más decidido. Le grité con todas las fuerzas de mi garganta y avancé hacia él. El perro se “aconsejó” y optó por retirarse pacientemente.

Tomé el ascensor y entré a la oficina del Ministro en el momento en que éste tomaba el café matutino. Pareció darse cuenta de que algo fuera de lo normal me sucedía y preguntó: *¿Qué te pasa?* De inmediato le respondí: “Muralla acaba de atacarme de nuevo y ésta es la última vez que lo va a hacer. Para la próxima lo liquido”. El Che contrajo el rostro y me gritó: *Escucha bien lo que te voy a decir: como me toques a Muralla te la vas a tener que ver conmigo, si no te despido antes del Ministerio.* Como todo era medio en broma

y medio en serio, le contesté: “Está bien”, tiré la puerta y me retiré a mi oficina.

A partir de aquel último incidente, Muralla pareció rectificar sus agresiones y no volvió por sus andadas. Siempre con precaución, lo observaba cada mañana, hasta que lograba subir al ascensor y encaminarme a mi querida oficina del décimo piso del Ministerio de Industrias. No hubo más ataques del perro, pero allí no terminaron mis discusiones con el Che en materia canina.



El Che, Aleida March y Celia de la Serna en foto familiar.
Junto a ellos, el perro Muralla

MURALLA NAVEGANDO

Entre los nuevos productos desarrollados en el Ministerio de Industrias se encontraban los barcos pesqueros. Ello respondía al interés prestado por el Gobierno Revolucionario a la explotación de los recursos del mar. Pronto salieron de nuestros pequeños astilleros los primeros barcos producidos en el país.

La serie de las nuevas embarcaciones había sido bautizada con el nombre de barcos Lambda. Al Che se le ocurrió hacerse acompañar por su perro Muralla a la prueba del primer barco en la bahía habanera. El mar estaba “picado” con oleaje de varios metros de altura. Le insistí al Ministro en que no me parecía prudente la compañía de Muralla. No me hizo el menor caso y emprendimos nuestra aventura marinera para probar la embarcación.

Tan sólo habrían pasado unos minutos de bamboleo a consecuencia del oleaje, cuando Muralla empezó a emitir profundos quejidos y a ladrar dolorosamente producto del mareo. El Che se dedicó a cuidar al animal mientras yo, muy a mi pesar, contenía la risa tratando de disimular el incidente, y los demás acompañantes, también medio mareados, emulaban dignamente al perro Muralla.

Continuamos nuestra compleja labor de dirección al frente de la recién nacionalizada industria nacional. El trabajo administrativo se

había ido consolidando y ya contábamos con dirigentes relativamente eficaces al frente de las principales empresas dependientes del organismo. A la cabeza de la Empresa del Níquel se encontraba Édison Velásquez, subordinado al Viceministerio de Industrias Básicas a cargo de Arturo Guzmán.

Entre Édison y Guzmán surgieron muy pronto determinadas contradicciones relativas a las relaciones de trabajo entre la Empresa del Níquel y el Ministerio. El Che decidió que debíamos dar una reunión de conciliación en sus oficinas y para ello citó a los funcionarios involucrados en el asunto. Comenzamos el análisis de los problemas presentados sin que surgieran contradicciones insalvables entre los dos compañeros mencionados. Todo empezaba a esclarecerse felizmente, cuando de pronto todos sentimos un hedor insoportable a bisulfuro de carbono en el ambiente caluroso de la oficina del Ministro.

El Che sacó su inhalador antiasmático, se dio dos aplicaciones con aparente disgusto y exclamó: *El colmo de los colmos es que además de estas discusiones intrascendentes tenga que sopor-tar estos pedos de ustedes en mi oficina.*

Todos nos miramos sorprendidos e igualmente incómodos en aquel ambiente sulfuroso. Muralla descansaba tranquilamente acostado en su alfombra, aunque de vez en cuando había emitido algunos gruñidos casi imperceptibles al calor de la discusión.

Se me ocurrió tratar de aclarar la situación, afirmándoles a los presentes que los pedos eran obra de Muralla. Agregué que ello podía ser causa de su reciente mareo en la prueba del barco pesquero. El Che reaccionó inmediatamente y dirigiéndose a mí, con muy malas pulgas, replicó: *Escucha bien, Borrego, de nuevo la tomas injustamente con Muralla, no te lo permito, deja tranquilo al perro, que él no ha tenido nada que ver en este asunto.*

El Ministro dio por concluida nuestra rápida reunión y todos regresamos a nuestro trabajo entre risas y comentarios alusivos a las gaseosas emanaciones cólicas del ya famoso perro Muralla.

CON OTROS ANIMALES

En medio de una fresca madrugada invernal, el Che me invitó para que lo acompañara a la textilera Mayabeque en el poblado de Güines, cerca de La Habana. Al amanecer de aquel domingo llevaríamos a cabo una jornada de trabajo voluntario en ese lugar y el Ministro quiso anticiparse a la salida de los demás trabajadores del Ministerio, para inspeccionar previamente la fábrica y organizar debidamente el trabajo que realizaríamos ese día.

Estábamos enfrascados en una emulación fraternal con los trabajadores de la Junta Central de Planificación, cuyo objetivo era comprobar cuál de los dos organismos era capaz de producir más metros de tejidos en el semestre.

El Che se puso al timón de su automóvil y emprendimos el viaje hacia Mayabeque. Sentado en el asiento trasero del auto escuchaba al Che “intentando cantar” o “recitar” desentonadamente un tango de Gardel. Cruzamos el túnel bajo la bahía de La Habana y tan pronto tomamos la autopista que nos llevaría a nuestro destino, el Che aplicó un sorpresivo frenazo al auto y exclamó: *¡Creo que lo maté!*

Asombrado por la exclamación, ya que íbamos muy despacio, me bajé del auto y le pregunté a uno de los integrantes de la escolta qué

había sucedido. El muchacho me contestó que no pasaba nada, que un perro había topado con el auto, pero que el golpe había sido mínimo y que el animal se había perdido en los matorrales que rodeaban la autopista. Como yo no había sentido el golpe estaba igualmente convencido de que no era necesario preocuparse por el perro.

Traté de dirigirme al Che, pero ya éste se me había perdido en los oscuros matorrales en busca del huido y asustado animal. Me introduje, de mal gusto en la maleza en busca del Che y traté de convencerlo, diciéndole que los perros eran iguales que los gatos, que tenían siete vidas, y que en el caso de aquel perro podía estar tranquilo, que no había recibido ni un rasguño. Arremetió de nuevo contra ella, esta vez más indignado, y continuó su afanosa búsqueda hasta que se dio por vencido y logramos continuar nuestro azaroso viaje.

En el trayecto hasta Mayabeque no se pronunció una palabra más. Llegamos a la fábrica y cada uno ocupó sus respectivos telares hasta la llegada bulliciosa de los demás integrantes de nuestro Batallón Rojo de trabajo voluntario.

Culmino mis recuerdos sobre las muestras afectivas del Che Guevara hacia los animales, pasando a otra página inolvidable de mi modesto anecdotario. En esta ocasión doy curso a lo ocurrido un 26 de julio en Santiago de Cuba y donde sólo fui un simple espectador. El hecho no tiene nada que ver con mi protagonismo tangencial en el caso de los perros, sino con otro animalito perteneciente a nuestra rica biodiversidad.

Celebrábamos un nuevo aniversario del 26 en Santiago, y casi todos los directivos del Ministerio nos trasladamos a la Ciudad Héroe junto con el Che. Nos alojaron a todos en una casa de visita en el conocido barrio de Vista Alegre. En medio del jolgorio de aquel aniversario se intercambiaban las visitas entre los distintos asistentes al evento, ya que ocupábamos diversas casas en la histórica ciudad.

Nos llegó una invitación para compartir con otros muy allegados que estaban en una casa cercana. Partí con el Che y otros de los nuestros y cuando estábamos llegando al lugar de la invitación escuchamos un estruendoso bullicio, interrumpido con gritos de:

“¡Pica gallo!... ¡Pica canelo!... ¡Pica jabao!” Inmediatamente me di cuenta de que se trataba de una lidia de gallos.

Entramos a la casa, cruzamos la sala de entrada y salimos al patio trasero donde apareció ante nosotros una improvisada “valla de gallos” rodeada por varios “galleros” muy conocidos, que disfrutaban de una encarnizada pelea entre un furioso gallo color canela y otro agresivo peleador de plumaje negro con puntos blancos (el jabao). Varios de los más concentrados promotores de la pelea no percibieron la llegada del Che. Otros se pusieron de pie y se quedaron como medio paralizados, saludando con risas nerviosas y brindándonos asiento.

La lidia se encontraba en un momento culminante del combate. La sangre de los fieros animalitos salpicaba los alrededores y el canelo le había dañado seriamente un ojo a su fiero contrincante.

Miré hacia el Che y observé que había enrojecido y que moría el tabaco con vehemencia. Saltó de donde acababa de sentarse y brincó el cerco de la valla, ante la mirada atónita de los alegres y sorprendidos espectadores. Separó los dos gallos, los tomó entre sus manos y se retiró a una sala contigua pronunciando frases bastante vulgares y nada amistosas. Escuché ciertos comentarios a mis espaldas, tales como: “Se jodió la pelea, ¿quién sería el que le aviso al argentino?”, todos pronunciados con una mezcla de respeto y admiración, pero lamentándose por la interrupción del magnífico espectáculo.

Seguí al Che, que clamaba por alcohol y algodón para curar a aquellos fatigados animalitos, que, aún entre sus manos forcejeaban ferozmente tirándose revuelos y picotazos. Culminada la paciente cura de los gallos, encargó que los retiraran a sus respectivas “galleras” y miró tranquilo a su alrededor. Su mirada era acusadora, pero no pronunció palabra alguna. Se ajustó la boina en su cabeza, hizo un gesto de despedida y regresamos a nuestra casa, donde se dedicó a jugar una partida de ajedrez con uno de sus acompañantes del Ministerio. En un radio cercano se escuchaba la pegajosa música de una guaracha del famoso compositor santiaguero Nico Saquito.

Dejamos al Che concentrado en el movimiento cuidadoso de un caballo. Junto a otros miembros del grupo me marché sigilosamente

de la casa. Salimos a la calle, tomamos dos autos y nos fuimos a pasar por La Trocha, donde disfrutamos una alegre noche “arrollando” en los carnavales de Santiago. Allí esperamos el 26.

Al amanecer, continuaban los festejos en aquella ciudad, donde se había llevado a cabo en 1953 la primera gran acción combativa contra la tiranía batistiana, organizada y dirigida por Fidel: el asalto al Cuartel Moncada.



El Che junto al avión Morava

PRIMEROS VUELOS

Desde muy joven el Che fue un aficionado de la aviación, y se conservan fotografías donde aparece junto a su tío Jorge de la Serna en un aeroparque de Buenos Aires dedicado a la práctica de ese entretenimiento.

Terminada la guerra en Cuba y cuando se hizo cargo del Regimiento de La Cabaña en La Habana, se las agenció para ponerse en contacto nuevamente con los aviones.

Pronto logró hacer relaciones con el capitán Eliseo de la Campa, quien poseía una pequeña avioneta monomotor y era un simpatizante de la Revolución.

El Che le solicitó a Eliseo que le diera entrenamiento en su avioneta en las pocas horas que tenía libres para ese propósito. El experimentado piloto se puso a disposición del Comandante y de inmediato se consagró al entrenamiento con la mayor dedicación. Pocos meses después, el Che había llegado al ansiado día en que despegó soleando en la avioneta de Eliseo.

A partir de entonces haría algún uso de aquella avioneta para sus viajes a corta distancia dentro de la isla.

Por encargo del Che, en varias ocasiones Eliseo llevó de recorrido por el país a distintas personalidades mundiales que nos visitaban. Ése fue el caso, entre otros, de la mundialmente reconocida cantante y bailarina francesa de origen norteamericano Josephine Baker y del famoso actor norteamericano Lon Chaney Jr.

Algunos oficiales de la columna del Che aprovecharían los entrenamientos de Eliseo para hacer sus prácticas de vuelo con la aprobación de su jefe. De esa forma el capitán de la Campa se convirtió en cierta forma en el entrenador de varios de nosotros.

En Cuba existen magníficas condiciones para la aviación en naves pequeñas y ello representaba en aquellos años un ahorro de tiempo incuestionable para el movimiento de muchos dirigentes de la Revolución por toda la isla.

Justo es reconocer que se despertó una verdadera “fiebre” por el uso de aquellas avionetas, y al no hacerse todos los entrenamientos con el verdadero rigor, se produjeron varios accidentes aéreos, algunos de ellos con resultados fatales para sus tripulantes.

La experiencia de Eliseo como piloto y las exigencias que él impuso al Che para su aprendizaje permitieron que su jefe lograra asimilar sus enseñanzas con la eficiencia media requerida. De todas formas, durante los primeros vuelos del Che se produjeron algunas premisas de accidentes provocadas por ciertas maniobras atrevidas propias de todo novato en esas lides, acrecentadas por la conocida audacia del nuevo piloto.

Una vez creado el Ministerio de Industrias, ya se habían comenzado a tomar medidas más exigentes por la Fuerza Aérea Revolucionaria y le fueron asignados al Ministerio dos aviones bimotores con las condiciones técnicas adecuadas, de tal forma que se garantizara la seguridad de los vuelos. Eliseo se encargaría de la selección de dos pilotos adicionales para tripular nuestra pequeña flotilla aérea.

A partir de entonces comenzamos a utilizar con cierta regularidad nuestros aviones para los vuelos ejecutivos del Caribe y de los viceministros del organismo.

Luego comenzaron a llegar a Cuba una cantidad de aviones AN2 de fabricación soviética que serían dedicados a la fumigación

aérea al servicio de la agricultura. Eran aviones de bastante seguridad, capaces de despegar y aterrizar en los más improvisados campos de la isla. Una de sus grandes limitaciones era su poca velocidad y su ruido ensordecedor, pero cumplían la función de hacer travesías a corta distancia que satisfacían las necesidades más apremiantes para ciertos recorridos. El Che solicitó uno de aquellos “papalotes” y este fue habilitado como avión de pretensiones ejecutivas.

El Ministro comenzó a realizar algunos vuelos en el AN2 para probar su eficacia. Pronto sucedería un hecho simpático con ocasión de la visita a Cuba del viceprimer ministro de la Unión Soviética, Vladimir Novikov.

Después de ciertas conversaciones oficiales en La Habana, el Che invitó a Novikov a un recorrido por la provincia de Camagüey. Formé parte de los acompañantes de aquel vuelo, que para más detalles demoró casi cuatro horas en hacer la travesía, cuando cualquiera de nuestros dos bimotores la hacía en una hora y treinta minutos, con la ventaja de que se podía conversar a bordo, cosa casi imposible en el AN2 a causa de su descomunal ruido.

Al arribar al aeropuerto de Camagüey nos esperaba una comitiva integrada por los dirigentes de la provincia con el comandante Antonio Sánchez (Pinares) al frente, que en aquella época ocupaba el cargo de jefe militar de la provincia. En otras páginas de estos pasajes hablo de las proverbiales dotes humorísticas de Pinares (Marcos, en la guerrilla boliviana).

Pues bien, tan pronto se abrió la portezuela de nuestro avión fumigador, subió a bordo el aguerrido jefe militar para darle la bienvenida al importante dignatario soviético y al Comandante Guevara. Cuando atrás permanecíamos apiñados frente a la angosta escalerilla al tomar tierra, Pinares comenzó a dar fuertes pisadas con sus botas militares en el piso del avión acompañadas de la siguiente exclamación dirigida al Che: “Comandante, ¡cómo es posible que usted vuele en este papalote cuyo piso los rusos lo construyeron con aserrín mezclado con baba de guásima!” (árbol muy conocido en Cuba que se caracteriza por una resina jabonosa y muy resbaladiza).

El Che trataba de hacer callar a Pinares conteniendo a duras penas la risa y temeroso de que el intérprete de Novikov fuera a traducir lo expresado por el jefe militar.

Por fin salimos del aparato y comenzamos nuestro recorrido por la ciudad de Camagüey, hasta la hora del almuerzo cuando fuimos invitados a un típico ranchón campestre para ofrecer a nuestro visitante una comida criolla muy gustada en aquella provincia. Una vez en la mesa, después de los discursos de bienvenida, como casi siempre sucede, nuestro respetable visitante preguntó cuál era el nombre y la composición del tradicional plato cubano que estaba degustando en esos momentos. Ni corto ni perezoso, Pinares le contestó de inmediato: “A ese plato le llamamos en Camagüey ‘pienso para personas’”. El intérprete trató de traducir, pero por suerte no encontró las palabras adecuadas para explicar lo que se había dicho. El Che tosió con disimulo y otro comensal anfitrión salvó la situación contestando la pregunta del visitante.

Explicó que el plato era conocido como “mata jíbaro” y estaba hecho a base de plátanos verdes machucados con ajos y chicharrones de cerdo, junto a grasa de la misma carne. El intérprete puso en acción toda su enjundia y le explicó como pudo a Novikov las características gastronómicas del famoso plato caribeño. Así terminó nuestro almuerzo campestre en Camagüey, y después de una ligera sobremesa, logramos partir hacia el aeropuerto para volver a tomar nuestro excéntrico vuelo hacia la capital de la República.



Eliseo de la Campa y el actor norteamericano Lon Chaney Jr.



Eliseo de la Campa y la famosa vedette francesa Josephine Baker



ACCIÓN HEROICA

Un día del mes de junio del año 1964, nuestro pacifico capitán de la Campa haría historia con una acción propia del más aguerrido piloto de combate.

El capitán Jesús Suárez Gayol, en ese entonces director del Instituto Cubano de Recursos Minerales, le solicitó al Che el avión Cessna 310 del Ministerio para que Eliseo lo trasladara al poblado de Caibarién, al norte de la provincia de Las Villas, desde donde tomaría un helicóptero junto a otros acompañantes para dirigirse a un campo petrolero en Cayo Francés, donde se estaban perforando unos pozos en busca del preciado combustible fósil.

El avión aterrizó en su destino y pronto Suárez Gayol, Eliseo y los demás tomaron el helicóptero hacia el cayo ya mencionado. Ocurrió que uno de los pasajeros a bordo sufrió un curioso accidente: pocos minutos después de despegar trató de sujetarse de un lateral de su asiento y una agarradera de metal en forma de arpón se le introdujo en un brazo produciéndole una herida que los obligó a retornar al pequeño aeródromo para que fuera atendido en un hospital cercano.

Tan pronto tomaron tierra, varios de los pasajeros bajaron de la nave, incluyendo el capitán de la Campa. El aparato volvió a despegar para trasladar al herido a un hospital en el poblado de Remedios.

Aquella era la época de las frecuentes incursiones de aviones enemigos, procedentes de los Estados Unidos, que se introducían en la isla con fines de sabotaje.

Ocurrió que en los momentos en que Eliseo le explicaba al teniente Juan Céspedes (jefe de una escuadrilla de aviones L60 que se encontraba situada en aquel lugar) los pormenores del accidente sufrido a bordo del helicóptero, ambos divisaron una avioneta procedente de rumbo norte que se acercaba al lugar donde se encontraban. La avioneta dejó caer proclamas contrarrevolucionarias sobre el pueblo de Caibarién.

Eliseo, que conocía muy bien las características de los aviones de la isla, se percató de inmediato de que aquella era una nave pirata. El avión en cuestión era un Cessna 195. Sin pensarlo mucho, él y el teniente Céspedes decidieron salir en su persecución. Los técnicos de aviación que trabajaban en el aeródromo se incorporaron también al avión con dos ametralladoras BZ 7.62 checoslovacas, una caja de proyectiles, y se sentaron en el asiento trasero del avión; los dos técnicos eran José Alfonso Cabrera y Jose Antonio Díaz (tiempo después este último se convirtió en desertor de la patria y se marchó del país).

Tan pronto tomaron altura, observaron que la avioneta pirata dejaba caer un objeto desconocido sobre una tenería situada en la zona. Luego se comprobaría que se trataba de un depósito con napalm.

Luego la avioneta hizo un giro y se acercó al Central Azucarero Marcelo Salado, donde dejó caer un segundo depósito que hizo explosión en un almacén de la fábrica de azúcar.

El capitán de la Campa situó el Cessna 310 al lado de la avioneta. Le entregó el mando como copiloto al teniente Céspedes (quien por primera vez volaba el Cessna 310), tomó una de las ametralladoras y comenzó a dispararle ráfagas intermitentes a la avioneta. Para esa operación, el copiloto tenía que situar su avión un poco por debajo del pirata, para que Eliseo pudiera disparar por una pequeña ventanilla de ventilación situada a su izquierda y evitar que los disparos fueran a hacer impacto en el tanque de combustible o el motor izquierdo del 310.

Una de las ráfagas disparadas por el capitán de la Campa hizo impacto en la avioneta pirata y su piloto entró en picada tratando de evadir la persecución de nuestro avión. Según me narró el teniente Céspedes (hoy coronel retirado de las Fuerzas Armadas) cuando verificaba con él esta narración, hubo un instante en que trató, casi por reflejo, de impactar su avión contra la avioneta, pero en cuestión de segundos el avión enemigo se estrelló en un cayo cercano, quedando fuera de combate con los tres piratas a bordo.

El Cessna 310 llegó a descender de tal forma que rozó las ramas del manglar donde se estrelló la avioneta. De inmediato tomó altura, haciendo varios giros alrededor del avión derribado y regresó a la base de Caibarién, no sin antes comunicarse con un aeropuerto cercano, informando sobre la operación realizada.

Pronto un helicóptero militar despegó de Caibarién con el teniente Céspedes y otros acompañantes hacia el cayo donde se encontraban los piratas derribados, en muy mal estado, apresándolos de inmediato sin resistencia alguna. Uno de ellos, al parecer el piloto, falleció en su propio helicóptero.

En tanto, el capitán de la Campa despegaba de Caibarién rumbo a La Habana, y a su llegada a la capital le informaría enseguida al Che y a las autoridades competentes de los resultados de la victoriosa acción aérea.

A partir de entonces, todos los pilotos bisoños de nuestro Ministerio nos sentimos orgullosos de nuestro jefe de escuadrilla, incluyendo al Che, quien no escatimó en elogios sobre la acción llevada a cabo por Eliseo y sus acompañantes, que supieron arriesgar sus vidas en la lucha contra el avión enemigo.

Pocos días después de llevada a cabo aquella operación, el capitán de la Campa, el teniente Juan Céspedes y los dos técnicos de aviación que los acompañaron, fueron citados al Regimiento de La Cabaña en La Habana, donde se les hizo un reconocimiento por parte de varios dirigentes de la Revolución por la acción realizada. A cada uno de ellos se le entregó, a manera de estímulo, una pistola Makarov en nombre del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Cada pistola tenía la misma inscripción. Sólo a manera de ejemplo la de Eliseo expresaba:

Capitán Eliseo de la Campa, por acción heroica contra avión enemigo. MINFAR. 19-6-64.

Otra constancia de la amistad y el reconocimiento del Che a quien fuera su piloto quedó expresada a su partida de Cuba al año siguiente con destino al Congo. Le dejó como recuerdo a su amigo el libro *Vuelo nocturno*, de Antoine de Saint Exupery, con la siguiente dedicatoria:

Para Eliseo, amigo y compañero en la aventura de chirrinear la noche.

Como un recuerdo de siempre.

Che.

Habana-65



Avión Cessna 310. En la nave, Eliseo de la Campa.
En tierra, en primer plano, Orlando Borrego.



José Alfonso Cabrera junto a una avioneta pirata derribada por el Cessna 310.

OTROS VUELOS

Nuestros aviones siguieron cruzando el espacio aéreo de la isla, con más precauciones que al principio, ya que se empezó a organizar una fuerza aérea militar con aviones modernos de combate. Había algunos lugares del país donde no era práctico volar por la ausencia de aeropuertos cercanos. Ése era el caso de la península de Guanahacabibes, donde existía un campamento de trabajo voluntario al que se enviaba a algunos funcionarios sancionados por indisciplinas menores que no constituían casos dolosos.

El Che viajaba frecuentemente a aquel lugar, pero tenía que hacerlo por tierra por las razones ya explicadas anteriormente. Por tal motivo se decidió construir una pequeña pista cercana al referido campamento.

El jefe del campamento era el teniente Bárbaro Camejo, hombre culto y fornido, pero que al decir de sus amigos más cercanos no simpatizaba mucho con los vuelos en avionetas. El caso fue que cuando le informaron al Che que la pista ya estaba terminada, envió a Eliseo junto a Manresa, su secretario, para inspeccionarla. En La Habana se encontraba Bárbaro Camejo y no tuvo otra alternativa que acompañar a los enviados del Che hasta Guanahacabibes.

Cuando nuestros “inspectores” llegaron al lugar empezaron a dar pases con vuelos rasantes sobre la nueva pista, pero según contaría Manresa posteriormente, Bárbaro Camejo, que iba sentado en el asiento trasero de la cabina, les rogaba que dejaran la inspección para otro día, que él prefería regresar a La Habana y viajar por tierra para realizar cuantas inspecciones quisiera el Che. Aseguraba que él garantizaba el ciento por ciento de seguridad de la pista, pero que no lo “torturaran” más con aquel sube y baja del avión a gran velocidad.

Finalmente, la obra estuvo lista y el Che despegó de La Habana para la inauguración. Al otro día, Eliseo me contaba que había pasado el mayor susto de su vida como piloto, ya que el Che se había quedado corto en el aterrizaje y ya en tierra aplicó todo el frenaje del avión, logrando detenerlo con la nariz del aparato rozando las ramas de un manglar que se encontraba al final de la pista. Había marcado un surco en la tierra a causa del violento frenaje de la nave.

Tomé buena nota de la información transmitida por Eliseo y en un momento en que me encontraba almorzando con el Che, le hice el siguiente comentario: “Comandante, acabo de enterarme de que usted ha logrado hacerle importantes innovaciones tecnológicas a su avión y que ayer abrió un gran surco en Guanahacabibes que bien serviría para utilizar el aparato para arar tierras en nuestra agricultura”.

Al Che no le gustó el chiste y me exigí que le explicara quién era el “chismoso” que me había informado del incidente. Por más que me insistió no le dije que la información provenía de Eliseo. Dentro de la camaradería de nuestra escuadrilla aérea manteníamos un código de conducta donde sólo estaba permitido hablar de las señas, pero no del santo que las bendecía.

Reza otro refrán cubano que “el que la debe, la paga” y el Che me cobraría muy cara la broma que le hice sobre su avión “roturador” de tierras.

Cuando ya me las daba de piloto, realicé un viaje a Santiago de Cuba, acompañado por Santiago Riera, quien ya ocupaba el cargo de viceministro de Economía del Ministerio. El piloto en funciones era Luis Hernández, una de nuestras últimas adquisiciones, pero hice casi todo el viaje al mando de la nave.

A nuestro regreso de Santiago nos sorprendió una fuerte tormenta a la altura de la provincia de Camagüey. Yo seguía con la mayor disciplina todas las instrucciones de Luis para salir de la difícil situación.

El agua, el viento y las frecuentes descargas eléctricas hicieron que se me enfriaran los pies y otras partes más sensibles del cuerpo, por lo que a los pocos minutos le entregué el mando del avión al piloto profesional.

La radio de la nave, un bimotor *Morava* checoslovaco, dejó de funcionar y comenzamos a girar buscando un lugar para el aterrizaje de emergencia. La absoluta falta de visibilidad hizo que pronto estuviéramos desorientados. Después de varios minutos tomando altura, el piloto divisó entre las nubes unas casas de techo rojizo y logró reconocer dónde nos encontrábamos: se trataba de la isla de Turiguanó al norte de la provincia de Camagüey, donde existía, para suerte nuestra, una pequeña pista.

Comenzamos el descenso y luego hicimos varios pases sobre el pequeño aeródromo. Pronto observamos un *jeep* militar con varias personas que esperaban por nuestro aterrizaje forzoso.

Cuando descendimos del avión, nos recibió preocupado el comandante Manuel Fajardo, que en aquel entonces era el encargado de la zona y jefe de un gran plan ganadero que se desarrollaba en la isla. Ya eran las seis de la tarde y la lluvia torrencial no cesaba. Fajardo nos convenció de que pasáramos la noche allí y continuaríamos nuestro accidentado viaje al otro día, lunes en la mañana.

El Comandante instruyó a un soldado del lugar, que salía esa noche hacia un pueblo cercano, para que llamara a nuestro Ministerio en La Habana e informara de lo acaecido. El lunes en la tarde supimos que nuestro emisario no encontró un teléfono a esas horas de la noche y no realizó la llamada a La Habana.

En fin, disfrutamos de una espléndida cena con un venado asado, que, según nos informó Fajardo, se había accidentado esa tarde y hubo que sacrificarlo. Al otro día, a las siete de la mañana, despegamos con cielo soleado y sin la menor preocupación.

A las diez de la mañana Riera y yo hicimos nuestra entrada en el salón de reuniones del Consejo de Dirección del Ministerio,

presidido por el Che. Todos los rostros de los presentes parecían estar presenciando un funeral. Entonces se desató la segunda tormenta.

El Che comenzó por preguntar qué había sucedido que nos aparecíamos a aquellas horas. Cuando le explicamos todos los pormenores del vuelo y la llamada telefónica, que según nosotros se había realizado, contestó con una palabrota, desmintiendo lo de la tal llamada. Explicó que en esos momentos se buscaba el avión, al que se consideraba como perdido. Me llamó pilotito de pacotilla, irresponsable y otros calificativos, bien a lo cubano.

Aguanté el nuevo aguacero, esperando que escampara la refriega con la mayor disciplina. Ya más calmado, retornó a su acostumbrada ironía, para decirme:

Así que te burlaste, calificándome como piloto roturador de tierras en la agricultura, pero tú te acabas de graduar como el mejor espantavacas de Turiguanó; siéntate, para continuar nuestro Consejo de Dirección, que por tu culpa se ha demorado.

Horas después de aquel discurso del Ministro pude conocer de boca de mi esposa y de Carolina Aguilar, la esposa de Riera, que en su desesperación por la falta de noticias sobre nuestro avión, ellas decidieron ir a ver al Che para que les informara sobre el caso. A estas alturas ya el Comandante Guevara estaba seguro de que no habría que lamentar ningún desenlace fatal. Con toda serenidad trató de calmar a nuestras esposas con un comentario bien saturado de humor negro:

En verdad no espero que haya pasado nada. De lo contrario, ya hubiera dispuesto ponerle el nombre de sus esposos a las dos nuevas fábricas de vinagre que pronto tenemos que inaugurar.

A partir de aquel incidente, me impusieron reglas mucho más estrictas para autorizarme a pilotear los queridos avioncitos de nuestro Ministerio.



Eliseo de la Campa y su hijo Eliseito junto al Cessna 310



LOS INEXPERTOS

En los primeros años después del triunfo de la Revolución, nos fuimos obligados a nombrar varios administradores totalmente inexpertos al frente de las fábricas que se acababan de nacionalizar. En su mayoría eran jóvenes, muchos de ellos procedentes del Ejército Rebelde o pertenecientes a las distintas organizaciones revolucionarias.

Pronto se les empezaron a dar cursos para que adquirieran los conocimientos elementales sobre administración y otras materias.

El Che seguía una paciente labor pedagógica con aquellos administradores y en las ocasiones en que se reunía con ellos o visitaba las fábricas que dirigían, los sometía a rigurosos interrogatorios acerca del trabajo que realizaban; una forma más para comprobar el avance de sus conocimientos.

En ciertos momentos les hacía pasar exámenes por escrito con preguntas elementales sobre los indicadores de producción, los datos de la contabilidad o los parámetros tecnológicos de cada una de sus fábricas.

No obstante estos esfuerzos para formarlos, existían algunos administradores que avanzaban más que otros.

Los menos adelantados se las arreglaban poniendo en función su agilidad mental o su audacia personal para responder a muchas de las preguntas que les hacía el Che.

En una ocasión en que el Comandante Guevara realizó una visita al Central Azucarero Siboney, situado en la provincia de Camagüey, procedió a efectuar un recorrido por toda la fábrica, acompañado del administrador. Aquel compañero tenía algunas características un tanto pintorescas era de muy baja estatura, usaba un gran sombrero alón y portaba una pistola con un cargador de veinte tiros en la cintura. Este último detalle lo hacía aparecer más extravagante, ya que el referido cargador sobresalía exageradamente hacia atrás emitiendo un sonido martillante cada vez que tropezaba con cualquier objeto a su alrededor.

El Che pareció no prestarle mucha atención a la estatura o vestimenta de nuestro inexperto administrador. Lo que sí le molestaba dentro de aquel “circo” eran los repetidos golpes del cargador cada vez que chocaba con cada una de las tuberías circundantes.

De todas formas el comprensible Ministro continuaba detrás de la guía, bajando la cabeza y tomando todas las precauciones posibles para no accidentarse dentro del laberinto de tubos y demás maquinarias de aquella instalación.

Obviamente, el administrador no tenía que tomar las precauciones del Che, ya que debido a su estatura le resultaba muy fácil moverse hasta por los más intrincados lugares del central. Como agravante hay que significar que caminaba a una velocidad olímpica que hacía prácticamente imposible seguirlo en aquella “carretera” de competición.

En un momento que hicieron una parada frente a los hornos, el Che le preguntó a su subordinado cuál era la temperatura que existía en aquel preciso lugar, preocupado por las condiciones de trabajo de los obreros que operaban los hornos.

El administrador, al escuchar la pregunta del Che, no la pensó ni un segundo, miró hacia arriba para encontrarse con la cara del Ministro y le contestó: “¡Uh, Comandante, aquí hay en estos momentos como quinientos grados de temperatura!”. El Che contuvo la risa y dirigiéndose al menudo personaje le contestó: *Yo no sé si*

usted se ha estudiado bien la escala de temperatura de este horno, pero si fuera la temperatura que usted dice, con el poco tiempo que llevamos aquí, ya estaríamos asaditos.

El administrador mostró una risita nerviosa y volvió a emprender “veloz carrera” dirigiéndose a otro lugar de la fábrica, como evitando que continuara la conversación sobre el tema de la temperatura del horno.

El Che terminó el recorrido con evidentes muestras de cansancio, producto de la carrera, la temperatura del horno, y el ejercicio de sube y baja entre las tuberías. Lo invitaron a tomar un café en la oficina del central, junto a los representantes del partido, el sindicato y la juventud de la fábrica. Allí aprovechó para insistir, con el mayor tacto y benevolencia, acerca de la importancia que tenía para nuestros administradores el conocer objetivamente todos los indicadores y demás parámetros de las fábricas que el Estado había puesto en sus manos.

Todos los presentes lo despidieron a la salida del central con el mayor júbilo, y partió, en otro viaje por el interior de la isla, hacia una fábrica de tornillos que recién se había inaugurado en la provincia de Santiago de Cuba. Allí también lo esperaban un administrador con varios de sus colaboradores.

Después de un rápido saludo a todos los presentes, el Comandante le solicitó al administrador que le mostrara la fábrica. Como la instalación era nueva resultaba lógico que abundaran las preguntas sobre su tecnología, número de trabajadores, valor de la producción, etcétera.

Las características físicas del nuevo administrador eran bastante diferentes a las del anterior; por lo demás eran bastante parecidos, salvo que como buen santiaguero hablaba con el cantadito típico de los habitantes de aquella histórica y combativa región. Para aquella fecha ya la ciudad de Santiago de Cuba había sido bautizada con el nombre de Ciudad Heroica.

En compañía de un grupo de entusiastas trabajadores con el administrador al frente, el Che comenzó su acostumbrado recorrido por la nueva fábrica de tornillos. Lo de nueva no quería decir que fuera una maravilla tecnológica, pero como decía el Che, si bien las

fábricas que importábamos de los países socialistas no podían considerarse las más adelantadas, por lo menos eran las menos atrasadas de aquellos países, sustituían importaciones y eran capaces de satisfacer nuestras perentorias necesidades en aquel entonces.

Con estas acotaciones en mente, el Che observaba cada detalle de la fábrica y, como siempre, iba haciendo las preguntas de rigor al administrador anfitrión.

Al llegar frente a una máquina que estaba “expulsando” tornillos a intervalos, sobre una carrilera, se detuvo unos minutos tratando de hacer los cálculos pertinentes acerca de la producción en determinado tiempo.

La conversación de los bulliciosos santiagueros acompañantes no le permitía concentrarse y seguir los cálculos que le interesaban. Entonces se dirigió al administrador y le preguntó: *¿Cuántos tornillos produce esta máquina, por hora y por minuto?*

Aquí la respuesta resultó ser más ambigua que la del administrador del central. El avisado administrador le contestó con la tonada típica de su lenguaje santiaguero: “¡Uh, Jefe, esa máquina dispara un chorro de tornillos por minuto!” El Che puso en función su conocida ironía argentina para ampliarle su pregunta en tono más inquisitivo: *¿Y usted pudiera explicarme en qué consiste ese indicador de medición al cual le llama “un chorro”? Y, además, ¿cuántos tornillos corresponden a cada chorro?*

Al santiaguero se le enredó la lengua y no sabía cómo salir del apuro, hasta que el Che se echó a reír y le señaló que era necesario que aprendiera un “chorro” de cosas sobre la fábrica, para que pudiera administrarla con la eficiencia requerida. Agregó que para la próxima visita suya a ese lugar debía conocer todos los parámetros de producción de la misma, ya que en esa primera visita había suspendido el examen.

El administrador puso cara de preocupación, pero los demás santiagueros que lo acompañaban hicieron gala de sus facultades histriónicas estimulándolo con un comentario que hizo reír a todos: “No se preocupe, ‘compay’ (compadre), que para la próxima vez usted va a demostrar que es ‘la candela’ (un experimentado) respondiendo todas las preguntas del Comandante”. Así terminó

aquella visita, pero no los periplos del Che para comprobar los conocimientos de los inexpertos administradores de entonces.



El Che junto a Orlando Borrego en un trabajo voluntario,
comiendo en una fábrica



El Che y Eliseo de la Campa en un trabajo voluntario



LOS PEDREROS

Al continuar con el inventario anecdótico de los casos relacionados con los administradores inexpertos, relataré otro hecho que además de insólito resultaría bastante molesto a los que tuvimos que sufrirlo.

Dentro de nuestras continuas jornadas de trabajo voluntario, a veces teníamos que optar por cumplir nuestro honroso deber social en otras instalaciones no pertenecientes al Ministerio de Industrias.

En una oportunidad nos avisaron que se requería nuestro aporte voluntario en una planta productora de explosivos para canteras que se encontraba en las afueras de la ciudad de La Habana.

Llenamos varios camiones, repletos de trabajadores de nuestro Ministerio, y a las cuatro de la madrugada de un caluroso domingo partimos para la fábrica de explosivos. El Che nos acompañaba como siempre y en la forma que acostumbraba, tomando su lugar en el vehículo, sentado al final de la parte trasera del mismo, detalle que nos preocupaba a todos, ante la eventualidad de que fuera a quedarse dormido, cosa muy frecuente en él, y que corriera el peligro de caerse del camión.

Después de un recorrido bastante largo, llegamos a la entrada de la fábrica donde nos esperaba su administrador. Era un hombre con rasgos de campesino y nos pareció un tanto soñoliento, quizás a causa de la prolongada espera por los solidarios trabajadores habaneros que acabábamos de arribar.

Todos nos bajamos de los camiones y el Che se dirigió al soñoliento “campesino” preguntándole cuál era el programa de trabajo que nos tenía preparado para ese día. El hombre nos pidió que lo siguiéramos y nos introdujo en un espeso y extenso matorral que nos hizo mirarnos entre todos con incrédula preocupación.

Cuando ya estábamos cerca del centro de aquella espesura, el administrador tomó pose de gran capataz y nos informó que el trabajo consistía en extraer todas las piedras que encontráramos en el matorral y las fuéramos transportando hasta la salida donde se encontraban los camiones.

Nuevamente nos miramos sorprendidos, pero le seguimos la rima al curioso administrador. De inmediato, el Che ordenó que desplegáramos nuestras fuerzas voluntarias y comenzáramos la búsqueda de las piedras,

A los pocos minutos se empezaron a escuchar todo tipo de protestas por parte de nuestros disciplinados “pedreros”. El caso es que no aparecía ninguna piedra por aquellos intrincados parajes. Los más agraciados se habían encontrado uno que otro pedrusco, después de escudriñar dentro de la espinosa maleza.

A esas alturas ya yo me sentía con tal indignación que no soportaba más el chiste de la consabida fábrica de explosivos. En verdad y, por lógica coincidencia, estaba a punto de explotar.

A mi lado se encontraba Ángel Arcos Bergnes, uno de los más connotados bromistas de nuestro Ministerio. Dirigiéndose a mí con su acostumbrado lenguaje medio tartamudo, me retó con la siguiente apuesta: “Co... co... compañero Borrego, le doy un pre... pre... premio de cinco mil pesos si usted es ca... ca... paz de encontrar una piedra en este ma... ma... torral”.

En esos instantes se me acabó la paciencia y me decidí a ir por el administrador de la fábrica. Arcos me siguió riéndose como un tonto. Logré encontrar al apacible “campesino” en animada

conversación con los choferes de nuestros camiones. Me molesté aún más al observar aquel hombre tan ausente de todo lo que nos estaba sucediendo a los demás. Entre los insultos más suaves que le proferí estaban frases como: “Inconsciente, irresponsable, desorganizado”, y otras lindezas que no puedo repetir. Todo pronunciado bien alto, tanto, que provocó que los “pedreros” que se encontraban dentro de la manigua, comenzaran a salir alarmados por mi escándalo.

El Che me llamó a capítulo y con toda su calma se dirigió al inexpresivo administrador, que había aguantado mi refriega sin inmutarse. El hombre se puso de pie, listo para escuchar al Che. Y allí empezó el interrogatorio de nuestro jefe:

Venga acá, compañero, ¿usted me pudiera explicar cuántas toneladas de piedra se encuentran en esos matorrales y cuántas de esas mismas toneladas se pueden recoger por cada hectárea?

El administrador asumió una pose como de concentración, se puso el dedo índice en los labios y le contestó: “Mire, Comandante, yo no sé eso de las hectáreas, porque yo siempre mido por las caballerías. Yo calculo que esos matorrales, como usted dice, deben tener como dos caballerías. Ahora bien, lo de cuántas toneladas de piedra hay en todo el campo, yo no las he encontrado y mucho menos conozco eso de toneladas de piedra por hectárea”.

Los demás voluntarios se apiñaban tratando de escuchar el interrogatorio del Che y las sorprendentes respuestas del administrador. El Ministro seguía sin alterarse, pero como dándose cuenta de que estaba arando en el mar, continuó su interrogatorio por otras vías:

Y entonces, si usted desconoce esos datos, ¿por qué nos hizo venir a tantos voluntarios hasta aquí?

El administrador volvió a meditar y le contestó: “Bueno, Comandante, a mí me orientaron que los invitara, pero yo no sabía que iban venir tantos voluntarios, y ahora me parece que esto no ha salido muy bien”.

En ese instante alguien sugirió que nos trasladáramos a otra fábrica cercana, que allí quizá podíamos encontrar trabajo para culminar nuestra jornada voluntaria. El Che asintió con cierto escepticismo expresado en el rostro, le tendió la mano al administrador y nos hizo una señal de retirada. El administrador nos vio partir en nuestros camiones y desde la distancia todos lo observábamos, moviendo la mano en alto, como si pensara para sus adentros: ¡Qué bueno que se han ido estos dichosos voluntarios de La Habana!

Pocos días después, el Che haría un recuento en nuestro Consejo de Dirección sobre la inexperiencia de los administradores. Recordó lo de los quinientos grados de temperatura, el chorro de tornillos y el último e infortunado incidente de la fábrica de explosivos. En ningún momento lo hizo en tono de burlas, aunque todos tuvimos que reírnos. En lo que insistió fue en la necesidad de acelerar el aprendizaje de los administradores, ya que lo que parecía una broma, constituía un problema muy serio, que tenía que ser resuelto en muy corto plazo. De lo contrario no podía pensarse en un acelerado desarrollo industrial como estaba programado, ni en la eficiencia que era necesaria lograr para salir de nuestro secular subdesarrollo económico.

A fines de 1963, el Che pudo declarar con júbilo que ya contábamos con cierto nivel de organización y con administradores que, si bien no podían calificarse de lumbreras, sí eran capaces de dirigir con bastante eficiencia las fabricas bajo su mando.

EN LOS BRAZOS DE MORFEO

Tal como he narrado en otras páginas de este anecdotario, en los primeros años de la Revolución nos habíamos convertido en verdaderos noctámbulos, trabajando hasta altas horas de la madrugada. Para muchos cubanos, el café resulta un magnífico antídoto contra el sueño, así que todos nos hicimos unos empedernidos tomadores de la aromática infusión, comenzando por el Che, que a diferencia de todos nosotros se deleitaba con tomarlo sin azúcar.

El sueño es capaz de vencer con más rapidez a unas personas que a otras, y asombrosamente el café les produce más sueño a algunos dormilones que si no lo tomaran. O sea, que en lugar de alterarles el sistema nervioso y quitarles el sueño, lo que les produce es un efecto sedativo que los hace caer en los brazos de Morfeo desde la primera taza.

Entre los más aventajados dormilones de nuestro Ministerio se encontraba el comandante Juan Manuel Castiñeiras, viceministro de la Industria Ligera. También es necesario reconocer que era uno de los mejores trabajadores de nuestro organismo.

Los Consejos de Dirección del Ministerio comenzaban todos los lunes a las ocho de la mañana y como cumpliendo un riguroso ritual, Castiñeiras comenzaba a dar sus primeros pestañazos a los treinta minutos de comenzada la reunión.

El admirado Comandante parecía estar dotado de algún desconocido mecanismo interior de alarma que nunca pudimos descubrir ninguno de sus compañeros. Se quedaba dormido plácidamente, e incluso emitía uno que otro ronquido con la mayor dignidad, pero cuando se le preguntaba su opinión acerca de cualquier tema que se estaba discutiendo, abría los ojos con toda lucidez y daba su opinión de la manera más coherente y fundamentada.

Esa característica particular de Castiñeiras nos intrigaba a todos y dio pie a que se le comparara con otros conocidos dormilones de nuestro país. Uno de nuestros directores de esa época trajo a colación un día el caso de un conocido concejal del Ayuntamiento de la ciudad de Holguín, de apellido Góngora, que a diferencia de Castiñeiras carecía del señalado mecanismo de alarma.

Contaba Yebra que en una reunión del consistorio en el Ayuntamiento holguinero, el concejal Góngora se había quedado dormido justo en los momentos en que se tomaba la decisión de recoger a todos los perros callejeros y sacrificarlos, durante una campaña que se llevaba a cabo contra la rabia. A los pobres animalitos los encerraban en un vehículo llamado la “jaula”, los llevaban a un lugar fuera de la ciudad y sencillamente los hacían pasar a mejor vida.

La democracia representativa aplicada en el Ayuntamiento holguinero exigía que los acuerdos se tomaran por votación mayoritaria de los concejales, y en el caso de la recogida de los canes, el dormilón se había sumado a los que votaron a favor de la matanza de aquellos animales.

Sucedió que Góngora se quedó profundamente dormido tan pronto terminó la democrática votación acerca de los perros. El siguiente punto de la agenda era la discusión y aprobación de un proyecto para construir una suerte de sanatorio para los veteranos de nuestra Guerra de Independencia al cual se le llamó el Centro de Veteranos.

Pues bien, al momento de la votación, que consistía en aprobar la construcción del referido centro, Góngora estaba en las cumbres sublimes de su sueño y tuvo que ser despertado para que votara. Al hacerlo, totalmente desconcertado, exclamó con firmeza y sin contemplaciones: “¡Voto por que los recojan y los maten a todos!”.

Pronto aquel siniestro voto del concejal se hizo famoso en todo el territorio holguinero y sus alrededores, llegándose a conocer posteriormente en la capital y en otras provincias.

Cuando Yebra terminó aquel cuento, al Che no le hizo mucha gracia, pero los demás dimos rienda suelta a una prolongada risotada, y una vez recuperados, continuamos con nuestra cargada agenda.

Pocos meses después comenzamos, como de costumbre, nuestro Consejo de Dirección, pero es el caso que habían pasado casi dos horas del comienzo y el comandante Castiñeiras permanecía absolutamente despierto y presto para el más complejo de los análisis. Entonces el Che hizo una parada en las discusiones y un llamado para intercalar una reflexión sobre un punto no contemplado en la agenda.

Comenzó diciendo, con la mayor seriedad, que entre los revolucionarios a veces era necesario discutir algunos problemas de principios y que, en aquellos instantes, había un miembro del consejo que estaba faltando a esos sagrados deberes.

Todos nos quedamos perplejos y nos concentramos en las palabras del Ministro, mirándonos los unos a los otros. El Che continuó expresando:

El comandante Castiñeiras lleva dos horas sin dormirse en nuestra reunión y eso quiere decir que está faltando a sus principios. Propongo que el Viceministro nos ofrezca una explicación sobre su falta para que podamos continuar. Así que Castiñeiras tiene la palabra.

Todos reíamos a más no poder. Yebra y otros preguntaban cuál era la misteriosa infusión o medicina que había tomado nuestro asiduo dormilón. Castiñeiras explicó que todo se debía a una larga dormida que había podido hacer al regreso de un viaje por el interior. Había llegado a su casa a las seis de la tarde del domingo, se había tirado en la cama y se había despertado el lunes a las siete de la mañana. Por consiguiente, decía, “he llegado al consejo ‘más fresco que una lechuga’”.

El Che se hizo el comprensivo con la explicación de nuestro querido Viceministro y continuamos felices nuestro Consejo de Dirección.



OTROS DORMILONES

Ante el sueño no hay quien se resista, a no ser en casos y condiciones excepcionales. De acuerdo con mi experiencia, uno de los somníferos más efectivos es la asistencia a una reunión de tipo administrativo después de almorzar y en un local donde haga mucho calor. Precisamente, en esas condiciones específicas, me tocó en una ocasión ser la víctima de una descomunal dormida que pasaría a la historia de nuestro Ministerio, al estar acompañada de un curioso, casual y lamentable accidente, provocado por el Che.

Un numeroso grupo de funcionarios nos encontrábamos en una reunión, presidida por nuestro jefe, donde se discutía nada más y nada menos que la estructura y las funciones de una de las más importantes áreas administrativas del organismo. Ese tipo de discusión siempre me ha potenciado la somnolencia.

Me encontraba sentado al fondo del salón donde estábamos y, de pronto, caí en un sueño profundo y placentero. Uno de los asistentes que estaba a mi lado, me propinó un codazo, pero, a los dos minutos volví a sentirme como en mi cama.

Como siempre he padecido de ciertas crisis alérgicas, que me crean algunos problemas respiratorios, y que, según los entendidos,

resultan el mejor catalizador para los ronquidos emití uno de ellos que se escuchó en todo el ámbito del salón, quizá potenciado por la magnífica acústica de aquel lugar.

De pronto sentí como si me hubieran dado con un martillo en la boca, junto al chasquido de algún objeto metálico que rodaba por el piso. Desperté pensando que acabábamos de ser atacados por el enemigo. Por puros reflejos me pasé la mano por la boca y observé que estaba sangrando. Acudí a mi pañuelo y empecé a mirar para todos lados. Junto a mi grito de dolor, sentí otros de preocupación a mi alrededor.

Cuando miré hacia la mesa donde se encontraba el Che, éste tenía las manos cubriéndole toda la cara y repitiéndome: *Perdona Borrego... perdona.*

Édison Velásquez, que estaba a mi lado, se levantó y fue a recoger el objeto caído debajo de las sillas. Era la fosforera (encendedor) *Ronson*, para más detalles, que usaba el Che para encender sus acostumbrados habanos. Me la había tirado desde donde estaba para interrumpir mi escandaloso ronquido, con tan mala puntería que acertó hacer diana en mi labio inferior, en lugar de en el hombro, como luego explicaría que era su intención. Nunca se hubiese ganado la vida como pítcher jugando béisbol.

No hablé una palabra y salí del salón en busca de una cura de primeros auxilios.

Luego el Che me dio mil excusas y más nunca me quedé dormido en ninguna de nuestras reuniones administrativas, por más aburridas que resultaran.

Como hecho curioso, el Che no recuperó su fosforera y muchos años después fui informado de que aquel encendedor estaba en manos de un “coleccionista” de objetos museables, el compañero Luis Gálvez, que se encontraba en aquella reunión. Todavía hoy la conserva como recuerdo de aquel espectacular ronquido.

Aunque aún mantengo en mi memoria muchas otras dormidas y ronquidos inolvidables, narraré tan solo otro caso donde también estuvo de protagonista nuestro querido Ministro.

Dentro de las tantas tareas que me había asignado se encontraba la de despachar con él, semanalmente, los informes de inspección y

auditoria. Varias veces me había insistido en hacerlo al final de nuestra jornada de trabajo, que como se podrá comprender era por la madrugada. Decía que a esas horas se podía concentrar mejor para finalizar asuntos de tan vital importancia.

Hay que tener en cuenta que en esa época no existían los ordenadores y para hacer más rápidos aquellos despachos nocturnos, yo había preparado un gran “libraco” columna donde hacía los resúmenes de cada uno de los consabidos informes, con mis recomendaciones sobre las acciones a tomar en cada caso. Si el Che quería profundizar en algún informe en específico, echábamos mano al original y así avanzábamos en aquel ritual de todas las semanas.

A los diez minutos de comenzar el despacho, el Che se quedó totalmente dormido. Le di un ligero toque en el hombro y le propuse que continuáramos al día siguiente, sugiriéndole que nos fuéramos a descansar.

Se aplicó el inhalador y me instruyó que continuáramos. A los diez minutos se volvió a quedar dormido. Entonces opté por levantarme silenciosamente, tomar mi libraco y dirigirme a la puerta de salida. Quería dejarlo que se recuperara, pensando que no tenía sentido continuar con aquel adormilado despacho.

No había llegado a la puerta cuando sentí un grito del Che, identificado con la más pura tonada argentina: *Vení aquí, vení aquí* (cuando se molestaba por algo, excepcionalmente le salía la argentinada). Regresé de muy mala gana, me senté y volví a desplegar mi libraco.

Entonces me miró risueño y, con su gesto irónico característico, me soltó la insólita comparación siguiente:

Ya ves, has tenido que hacer lo que te ordeno, parece que querías irte a descansar temprano. Te me pareces a un caballo que me acompañó en la invasión, estaba muy flaco y estropeado y a veces lo llamaba para curarlo y se me escapaba, pero cuando le echaba dos gritos, regresaba de lo más mansito y obediente.

El Che tomó su bombilla de mate con la mayor tranquilidad y me instó para que continuáramos con nuestro despacho semanal.

Al retirarme lo “amenacé” diciéndole que para el próximo despacho vendría armado con una fosforera rusa, de mechero, que era mucho más pesada que la *Ronson* norteamericana con que me había “agredido” meses atrás. Echó una carcajada, se puso la boina y nos fuimos a dormir “planificadamente”, como lo merecíamos.

¿CÓMO SE LLAMA EL CRÍO?

Al terminar la guerra de liberación, los principales jefes guerrilleros ya se habían convertido en verdaderos ídolos para el pueblo. Su arribo victorioso a las distintas ciudades del país constituyó un acontecimiento único en la historia de Cuba. Todo el pueblo se lanzó a las calles clamando por los nombres de Fidel, Raúl, Camilo, el Che, Almeida y otros más.

A partir del primer año después del triunfo, la tasa de natalidad de Cuba había aumentado considerablemente, quizá debido a la alegría desbordante y a la desaparición de los horrores sufridos durante la tiranía batistiana, que tanto había afectado al pueblo desde el punto de vista psicológico.

Ocurrió otro hecho significativo dentro de la lógica de los acontecimientos de entonces: innumerables familias optaban por ponerle el nombre de los más populares líderes revolucionarios a los nuevos hijos que nacían. En cuanto a nombres femeninos abundaban los de Celia (Sánchez), Haydée (Santamaría) y Melba (Hernández), así como el de Déborah, que era el nombre de guerra de Vilma Espín, la activa combatiente santiaguera y actualmente presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas.

Obviamente, entre esos nombres también estaban los de muchos mártires de la Revolución, como: Frank (País), Abel (Santamaría), José Antonio (Echevarría) y otros.

Aunque no cuento con estadísticas sobre el caso, no creo equivocarme al afirmar que hubo dos nombres de los más generalizados para los nuevos nacimientos: el de Alejandro, que era el utilizado por Fidel en la guerra, y el de Camilo, en homenaje al Comandante Camilo Cienfuegos. El propio Che le puso a su primer hijo varón Camilo, lo que todo el mundo atribuyó al gran afecto que sentía por su amigo guerrillero, que falleció a causa de un accidente de aviación en el propio año 1959.

Personalmente, no fui la excepción de la regla y cuando nació mi primer hijo, el 25 de abril de 1963, decidí ponerle el nombre de Raulfi, que era la combinación de Raúl y Fidel.

El mismo día de nacido el muchacho, me presenté en una oficina del Ministerio de Justicia para llevar a cabo su inscripción de nacimiento.

Sucedió algo inesperado: el encargado del registro me explicó que estaba prohibido por ley el inscribir a una persona con un nombre combinado. Ante tal situación, me decidí por inscribir a mi hijo con el nombre de Raúl Fidel, aunque desde que nació todos los familiares y la mayoría de sus amigos le llaman Raulfi. Actualmente ya no existe la referida prohibición y se encuentran nombres con las combinaciones más inverosímiles.

El Che no era muy dado a hacer visitas domésticas, incluso en una oportunidad se autocriticó por ese hecho; así que me preguntó cómo había nacido el niño, pero no se portó por mi casa. Algunos familiares aseguran que el Che pasó unos minutos por la clínica donde nació el muchacho, pero yo en realidad no lo recuerdo.

Aproximadamente un mes después del nacimiento de nuestro hijo, mi esposa hizo una visita accidental a mi oficina acompañada del recién nacido. Ocurrió que estando allí, entró el Che de forma imprevista y al encontrarse con los dos le pidió a la mamá que le entregara el niño, a lo que ella aceptó un tanto recelosa. El Che lo tomó en sus manos de forma muy desenvuelta, lo tiró hacia arriba y lo recibió en el aire. El niño lanzó el grito típico de los recién naci-

dos y yo emití uno bien alto, con una palabrota al Che por haberlo tirado de esa manera. Su respuesta fue: *No seas cobarde, no te das cuenta que yo soy médico y sé cómo manipular a los críos.*

A continuación me preguntó: *¿Y qué nombre le pusiste a la criatura?* Cuando le conteste que Raúl Fidel, echó una carcajada, diciéndome: *Yo no sabía que eras tan adulón. Qué milagro que no le pusiste Raúl Fidel Ernesto.* Le dije que, precisamente, no le había agregado lo de Ernesto para no tener que soportar expresiones como las que me estaba diciendo.

Pero allí no terminó todo. Al punto de retirarse le preguntó a mi esposa: *¿Y ya el niño ladra?* Como ella conocía las bromas que acostumbraba a utilizar conmigo, le contestó haciendo acopio de su buena educación de cuna: “No, Comandante, porque quizás usted ha olvidado que es hijo mío también”. El Che “recogió velas” y como apenado, le pidió las más cariñosas disculpas, agregando: *Yo lo sé, compañera, y sólo me refería a la influencia paterna.*

Todo acabó entre risas y así terminó aquel feliz e inolvidable encuentro con el Che, a quien queríamos y admirábamos entrañablemente.



Raúl Fidel Borrego (el crío)

EL RACISMO EN CUBA

Como resultado de los cambios sociales que suelen producirse en cualquier país, aparecen nuevas relaciones entre los hombres y las mujeres que lo habitan, que quizá nunca antes se hubieran producido en condiciones totalmente normales. Cuando esos cambios son producto de una revolución profunda, entonces sus derivaciones y efectos pueden resultar impredecibles.

Mi relación con el Che, al igual que la de otros de mis compatriotas, resultaría insólita imaginarla si no fuera por la existencia de un proceso como el ya señalado. A ello hay que agregar que, de esa relación con él, luego se han derivado los más inesperados contactos y vínculos amistosos entre nosotros y muchas otras personas en el mundo.

Como si eso fuera poco, de esos nuevos lazos ha surgido un natural proceso de retroalimentación que nos ha permitido profundizar y enriquecer mutuamente los conocimientos sobre el pensamiento del Che y el impacto de su obra, tanto en Cuba como en otros países del mundo.

Entre esas amistades, selladas desde hace varios años por la vía de la identidad guevariana, está la que he mantenido con

Giulio Girardi, filósofo de la liberación residente en Italia, y reconocido defensor de la Revolución Cubana.

Tras el viaje del papa Juan Pablo II a nuestro país, Girardi escribió el libro titulado *El ahora de Cuba*. En la cuarta parte de su obra encontré un subtítulo que me llamó de inmediato la atención: la cuestión racial en Cuba.

Como casi siempre me sucede desde de la desaparición física del Che, cada vez que leo, analizo o discuto acerca de algún asunto controvertido de este convulso mundo que nos rodea, me acuerdo inmediatamente de él o me cuestiono qué pensaría sobre el tema. Esto me sucedió con la cuestión racial en Cuba analizada por el estimado Girardi.

Agrego que la recurrencia al Che estaba bien justificada en este caso, ya que mantengo bien claro en mi memoria lo que él pensaba sobre este importante problema en la sociedad cubana.

Sólo me referiré a ciertos puntos de los analizados por el distinguido filósofo de la liberación en su libro.

Éste nos dice que cuando se les pregunta a algunas personas en Cuba si existe alguna cuestión racial en nuestro país, en general su respuesta es negativa. Por un lado, afirman que ya en Cuba no hay indígenas. Por otro, que la cuestión negra ya esta solucionada en lo esencial por la Revolución. Que, además, estas respuestas están muy vinculadas a la defensa de la unidad nacional frente a las agresiones enemigas.

Como dato de interés, el conocido filósofo precisa que, de acuerdo con el último censo, la población cubana esta constituida por un setetnta por ciento de blancos y un treinta por ciento de negros y mestizos.

Por otra parte, señala que los chistes referidos a los negros pueden constituir una manera sutil de difundir sus estereotipos acorde con sus características personales y manera de comportarse.

Aunque Girardi desarrolla otros puntos importantes sobre el tema, no es de mi interés referirme a ellos por el momento, sino introducir sólo los señalados hasta aquí como conexión necesaria que sirva de enlace para explicar cómo pensaba y actuaba el Che frente a lo que consideraba rezagos de la discriminación racial en

Cuba. Las anécdotas siguientes ilustran de manera irrefutable su manera de pensar.

Una de las expresiones que más le molestaba al Che era escuchar a cualquier cubano hablar de “gente de color” cuando se referían a las personas de la raza negra. Aquella frase la consideraba como uno de los rezagos subyacentes de discriminación racial, y cuantas veces la escuchaba arremetía contra ella, sin importarle el lugar y la persona que la pronunciara.

En cuanto a los chistes en sentido general, bueno es aclarar que el Che tenía un gran sentido del humor, aunque en algunas biografías lo hacen aparecer sin ese atributo. Los que lo conocimos de cerca podemos asegurar que disfrutaba asiduamente del humorismo cubano como el que más. En el propio Consejo de Dirección del Ministerio de Industrias había varios de sus miembros que tenían la gracia suficiente como para jugar el papel de efectivos emisores y transmisores de los más diversos chistes del momento.

Recuerdo que antes del comienzo o en los recesos de las sesiones del Consejo, no faltaban los que alegraban el ambiente con los chistes más actualizados. El Che casi siempre estaba a la escucha de aquellos chistes y se unía al coro de risas que producían, cuando era el caso. En cuanto a los chistes referidos a los negros, todos estaban al resguardo de no hacerlos en su presencia porque sabían que no eran de su agrado.

En la cotidianidad del trabajo desarrollado en los distintos cargos que ocupó en nuestro país, y dentro de su acostumbrada labor educativa, siempre estuvo atento a cualquier manifestación que atentara contra las más sanas relaciones humanas y otros pilares fundamentales de la Revolución.

Como Ministro de Industrias y como parte de sus métodos de trabajo realizaba balances periódicos de las distintas actividades desarrolladas bajo su dirección. Algunos de estos balances se realizaban en las delegaciones provinciales del Ministerio a lo largo del país.

En 1962 y en ocasión de la reunión de balance en la provincia de Camagüey, sucedió un hecho que luego lo recordaríamos como un referente ilustrativo de su labor educativa en relación con el problema racial.

Cuando el Che comenzaba estas reuniones de trabajo, sobre todo cuando eran relativamente numerosas, acostumbraba a identificar quiénes eran los asistentes, para de esa forma conocer si existían ausencias no autorizadas, o para saber quiénes eran los representantes de otros organismos participantes en las mismas.

Al inicio de la reunión de Camagüey, le solicitó a su delegado en la provincia que le presentara a cada uno de los presentes. El diligente delegado de aquel entonces fue haciendo sus presentaciones, precisando el nombre y apellido de cada persona y el organismo a que pertenecían.

Casi al terminar sus presentaciones, señaló un asiento hacia el final del salón y dirigiéndose al Che, expresó: “Aquel ‘compañero de color’ que está detrás es fulano de tal, y el organismo no se lo puedo decir”. El público presente soltó una risotada tan estridente que el Che tuvo que llamar al orden, aunque él tampoco pudo aguantar la risa.

Justo es aclarar que lo que había provocado la risa no era la referencia al “color” expresado por el delegado, sino su negativa a identificar el organismo, ya que el referido compañero era, ni más ni menos, que un miembro de la Seguridad del estado de Camagüey, que estaba allí en función de la protección del Che. O sea, que todos los asistentes reconocieron que al no señalar el organismo, era obvio que pertenecía al Ministerio del Interior. En tal sentido podía entenderse que la referencia al color los involucraba a todos.

Los más allegados al Che sabíamos muy bien que el asunto no se quedaba en lo de la identificación del organismo, que la “tormenta” se desataría por lo de “compañero de color”. En efecto, el Che se acercó el micrófono situado en la mesa, respiró profundo y dirigiéndose al delegado con mirada muy seria, inquirió:

Lo del organismo no es necesario que lo aclares ya que todos lo sabemos. Pero lo que sí resulta imprescindible es que tú nos expliques de qué color está pintado el compañero.

En el salón sólo se escuchaba el ruido del aire acondicionado en espera de la respuesta a la pregunta del Che. Nuestro presentador

apenas podía articular palabra alguna. Lo más que le escuchamos fue decir: “No, no, yo no sé como explicarle, Comandante”. A partir de ese momento y durante varios minutos todos tuvimos que olvidarnos del balance de la provincia para recibir toda una clase magistral del Che sobre el tema de la discriminación racial en Cuba.

Empezó por señalar que ante la ausencia de una explicación sobre el color del que estaba “pintado” el compañero, tenía que aclararle a los presentes que de “ninguno”. Sencillamente era negro, y no estaba pintado, tal como no lo estaban los de la raza blanca que se encontraban allí.

Preguntó por qué en las demás presentaciones no se había hecho referencia al color de cada uno, o es que si había un chino se repetiría lo del color para distinguirlo de los demás. Simplemente, afirmó: *Esto es más que la expresión de los rezagos de discriminación racial que aún subyacen en algunos de nosotros.*

Luego continuó analizando las raíces del problema, arrastrado a través de varias generaciones, desde que los primeros esclavos africanos llegaron a nuestro país para ser explotados de la forma más inhumana que se haya conocido.

Se extendió en el análisis de la obra revolucionaria, recién comenzada, y todo lo que faltaba por hacer para cambiar nuestra mentalidad hasta que desaparecieran las distinciones entre los hombres por razón de su origen étnico. Algo parecido había sucedido en el pasado con la discriminación de la mujer, donde se mezclaban los problemas relacionados con el sexo y la raza a que pertenecían.

Las conclusiones del Che no podían considerarse como definitivas, tan sólo había señalado nuevos elementos para el análisis de uno de los tantos problemas que tendría que resolver, definitivamente, la Revolución para adentrarse en la magna obra de formación del hombre nuevo, que ya se había convertido en su proyecto más promisorio para el futuro de la nueva sociedad.

El público presente aplaudió la disertación del Che y luego volvimos sobre la vasta agenda original que nos había llevado a la provincia de Camagüey. Terminada la reunión compartimos todos una comida y regresamos a La Habana. Lo que no había terminado era

la prédica del Che contra las reminiscencias de la discriminación racial y otros males del pasado.

Poco tiempo después regresaba con él de una visita al astillero Chullima en La Habana, dedicado a la construcción de pequeños barcos de pesca.

Avanzábamos en el auto por la calle Zapata rodeando el famoso Cementerio de Colón. Al doblar en una calle apareció ante nosotros una valla gigantesca que mostraba un póster alegórico a una campaña de salud pública que anunciaba el próximo programa de vacunación contra la poliomielitis. En el póster aparecían los rostros sonrientes de cuatro niños, tres de los cuales eran blancos y el otro negro.

El Che aminoró la velocidad del auto y señalando hacia la valla expresó:

Miren bien y observen que ésa es otra muestra de discriminación racial. No hay razón alguna para poner un niño negro rodeado por tres niños blancos. Tanto el que decidió hacer el póster como el que lo diseñó mantienen en su psiquis, aunque a lo mejor inconscientemente, los rezagos de la discriminación racial.

Y enfatizó: *¿Por qué no presentarlos todos negros o todos blancos?*

El teniente Alberto Castellanos, segundo jefe de su escolta, que viajaba en el auto y que siempre se ha caracterizado por ser muy polémico, le pidió permiso al Che para intervenir en la conversación, y señaló: “Yo no creo que eso sea discriminación, porque en Cuba hay menos negros que blancos”. Y agregó: “Lo de un solo ‘negrito’ me parece muy bien”. Había caído en su propia trampa mental. El Che lanzó una carcajada y le espetó:

Así que “negrito”... ¡Tú eres otro “pecador!”, Le aplicas el diminutivo al muchacho y con eso lo que estás demostrando es que eres un racista. O es que si fuera un niño chino el que apareciera en el cartel, entonces le llamarías el “amarillito”.

La fraternal polémica duró hasta que llegamos al Ministerio, aunque Castellanos seguía repitiendo que no estaba de acuerdo con el calificativo de “racista” que el Che le había endilgado.

Han pasado cuarenta años de aquella fraternal polémica y muy recientemente, en ocasión de una visita mía a la casa de Alberto, recordábamos el incidente provocado por el póster de vacunación contra la poliomiélitis.

El ahora coronel retirado de las Fuerzas Armadas Revolucionarias reconoce que el Che tenía toda la razón en aquella oportunidad, que formaba parte de su lucha contra todas las reminiscencias del pasado. Lo que no ha rectificado Alberto es en su inveterada costumbre de aplicar los diminutivos a cuanto se le ocurre. Una muestra de ello es que durante mi visita me brindó un delicioso trago de ron “blanco” mezclado con limonada, el cual ha bautizado con el nombre de “Castellanito”.

Pido mis disculpas al querido Giulio Girardi por haber cometido el atrevimiento de utilizar una parte de su libro como base material de estudio para sustentar mis recuerdos y reflexiones sobre el tema analizado por él.

Si me he permitido esta licencia es porque lo considero uno de esos amigos de Cuba, que son capaces de defendernos con toda lealtad, pero que no acostumbran a tapar el sol con un dedo para luego decir que en nuestra querida isla no hace ningún calor cuando llega cada verano.



Dr. Regino Botti, presidente de la Junta Central de Planificación

INVITACIÓN A EL GATO TUERTO

En los primeros años después del triunfo no resultaba extraño que algunos oficiales muy jóvenes de nuestro ejército y otros funcionarios se permitieran alguna escapadita para visitar algún centro nocturno de nuestra populosa ciudad de La Habana. Los militares cumplíamos con disciplina la instrucción de visitar aquellos centros vestidos de civil.

Recuerdo que cuando aún permanecíamos en el Regimiento de La Cabaña, el primer teniente Alberto Castellanos y dos oficiales más me invitaron al *cabaret* Flamingo, uno de los más frecuentados en esa época por la actuación de un famoso pianista y cantante llamado Frank Domínguez que animaba el espectáculo de aquel lugar.

Cuando llegamos al *cabaret*, nos encontramos con otros dos amigos y nos invitaron a tomar lo que deseáramos. Ellos se nos adelantaron solicitando sendas copas de *whisky*, y nosotros para hacernos los “capitalinos”, los seguimos “educadamente” pidiendo lo mismo.

Hasta ese momento yo nunca había probado la popular bebida tan gustada por los gringos. El resultado fue que, al primer sorbo, aquello me supo a resina de cedro y en lugar de tragarla se me fue por la nariz y le disparé una rociada al pobre Alberto que estaba a mi lado.

Así las cosas, fuimos entrando en disciplina y a la par dejando de visitar, gradualmente, aquellos lugares. El Che, entre otros de nuestros altos dirigentes, se mantenía muy al tanto de nuestras andanzas nocturnas. Por supuesto que nuestro jefe jamás visitó un *cabaret* habanero.

El doctor Regino Botti, reconocido economista en nuestro país y en América Latina, fue en los primeros años el presidente de la Junta Central de Planificación. Nacido en la ciudad de Guantánamo en la antigua provincia de Oriente, era fiel expresión del carácter alegre y divertido de sus coterráneos.

Una madrugada que me encontraba con el Che, Botti y otros funcionarios de la Junta, analizando las complicadas cifras del plan económico del año 1962, acabamos muy agotados por aquella larga jornada de trabajo.

A punto de despedirnos, Botti se dirigió al Che con todo respeto y le dijo: “Comandante, ¿no le parece que hemos trabajado bastante? Creo que nos merecemos un rato de distracción. Yo lo invito para que nos acompañe a ver el *show* de El Gato Tuerto, que empieza dentro de unos minutos”.

El Che volvió a tomar asiento y como si quisiera desentrañar algo totalmente desconocido para él, le preguntó al presidente de la Junta: *Venga acá, Botti, usted pudiera explicarme cuál es el chistecito de ese gato tuerto de que me habla; me imagino que es una obra de teatro, ¿o qué?*

Botti, que tenía una risa muy peculiar soltó un “jo, jo”, un tanto confundido, y le preguntó al Che si de verdad él no conocía El Gato Tuerto. El Comandante le contestó afirmativamente; desconocía totalmente el famoso *cabaret*.

Entonces, Botti se encargó de explicarle todos los atributos más encomiables sobre el lugar de su invitación. El Che lo escuchaba con la mayor concentración. Cuando el presidente de la Junta terminó su acuciosa explicación, el Che lo miró muy serio y con toda serenidad le replicó: “Estimado Botti, hasta ahora yo estaba seguro de que usted era un colega que me respetaba. ¿Acaso usted cree que yo soy capaz de dedicarme a esas aventuras nocturnas?”.

Regino Botti le pidió excusas al Che con la mayor educación, pero insinuándole que se estaba perdiendo algo de lo mejor de La Habana. El Che se despidió sonriente, deseándole una feliz noche en El Gato Tuerto a su querido colega.

Debo confesar que me fui acompañando a mi jefe como era mi deber, cuando lo que realmente deseaba era irme con Botti y los demás amigos, para disfrutar una noche en uno de los mejores centros nocturnos de La Habana.

Como acotación final y no como propaganda, dejo constancia de que El Gato Tuerto es hoy uno de los lugares mas concurridos por los turistas que actualmente visitan la capital de nuestra bella isla caribeña.



EL CRUCIFIJO PERDIDO

Como es conocido en todo el mundo, el 17 de abril de 1961, una fuerza expedicionaria de 1 500 mercenarios, armados, organizados y financiados por el gobierno de los Estados Unidos, desembarcaron por la parte central de la isla en una zona aislada de la costa sur conocida como Bahía de Cochinos (Playa Girón).

El objetivo del enemigo era establecer una cabeza de playa, declarar un gobierno provisional y solicitar el apoyo de Washington para, según él, legalizarlo. Setenta y dos horas después del desembarco, las tropas enemigas fueron derrotadas y virtualmente todas sus fuerzas capturadas. Ésa sería la primera derrota del imperialismo en América Latina.

Durante los primeros días de aquel ataque, el Che permaneció al frente de la región militar de Pinar del Río, de la que era su jefe.

Una vez conocida la rendición de todos los mercenarios, el comandante Guevara hizo una visita a la zona de operaciones de Playa Girón, atendiendo a un llamado de Fidel.

A su regreso para Pinar del Río pasó por La Habana y llegó a nuestro Ministerio para informarnos rápidamente acerca de algunas apreciaciones suyas sobre lo observado en Playa Girón. Citó urgente a un Consejo de Dirección extraordinario y comenzó su relato,

acompañado de un análisis acerca de ciertas experiencias que debían ser de utilidad para nuestro trabajo futuro.

Se refería especialmente a la actitud asumida por los trabajadores del país: aunque una buena parte de ellos se había movilizado en defensa de la patria amenazada, los que permanecieron trabajando habían aumentado la producción a niveles superiores a los de antes de la invasión mercenaria.

Entre las cosas contadas por el Che estaban algunos detalles acerca de las características y composición de las tropas invasoras. Nos explicaba el Comandante que en un momento en que estaba observando una larga fila de prisioneros, se encontró con un jovencito de muy corta edad hecho un mar de lágrimas. Lloraba tan desconsoladamente que él se preocupó por lo que podía estarle pasando al muchacho. Se acercó a él y logró tranquilizarlo un poco para que le contara lo que le sucedía.

El muchachito le explicó al Che que en los momentos en que efectuaba su rendición se le había perdido un crucifijo que era un regalo de su mamá y que él quería recuperarlo. Continuaba su relato afirmando que él había visto a otro muchacho, miembro de nuestras Milicias Revolucionarias, portando su crucifijo, y le rogó al Comandante que se lo devolvieran.

El Che nos narraba que le había prometido encontrar el objeto perdido y se dio a la búsqueda del miliciano de quien hablaba el muchacho invasor. Cuando lo encontró, le instruyó que lo acompañara para ir a devolver el crucifijo a su dueño.

Contaba el Che que tan pronto le fue entregado su crucifijo al muchachito, éste dejó de llorar automáticamente, y le daba las gracias con evidentes muestras de agradecimiento.

Cuando el Che terminó su relato, nos conmovió a todos los que lo escuchábamos, no tanto por el hecho un poco tragicómico que nos informaba, sino por comprobar una vez más la extraordinaria sensibilidad de un hombre que después de pasar todas las vicisitudes de la guerra y de haber estado horas antes enfrentado a la agresión enemiga, no había perdido en nada esa cualidad como para

complacer la solicitud del muchachito mercenario convertido en su propio enemigo.

Años después, al leer el *Diario del Che en Bolivia*, en la parte donde narra el pasaje de los soldaditos bolivianos a los que pudo dar muerte y no lo hizo, me vino a la mente el jovencito mercenario de Playa Girón. No por casualidad el pueblo de Bolivia admira y respeta al Guerrillero Heroico, y en cada aniversario de su asesinato le rinde los honores merecidos en el humilde y lejano pueblito de La Higuera.



El Che junto a Alberto Granado, al centro, durante un juego de fútbol en la ciudad de Santiago de Cuba

SI TIENES AMIGOS, CUÍDALOS

Más de una vez escuche al Che decir: *Si tienes amigos, cuídalos.*

Para algunas personas esa frase del Comandante Guevara comprende igualmente a todos nuestros compañeros, en la acepción que se le otorga a este último término en nuestro país, al considerar que todos los compañeros son nuestros amigos. Cabría preguntarse por qué el utilizaba los dos calificativos: compañeros y amigos.

Personalmente considero que si bien el significado de compañero resulta claro para todo el mundo en Cuba, el de amigo se presta a muy diversas interpretaciones.

Lo que sí me parece obvio es que la relación de compañero implica una identidad de objetivos e ideales, los cuales no siempre se hallan necesariamente en el caso de lo que algunos consideran amigos.

Pienso, igualmente, que cuando se dan las dos condiciones de comunión de ideales y a su vez otros atributos de identidad, afinidad y empatía en su sentido más amplio, entonces estaríamos en presencia de una complementación tal que nos permitiría hablar de compañeros y amigos al mismo tiempo.

Para ilustrar el alto concepto del Che sobre la unidad entre compañerismo y amistad, citaré algo escrito por él bajo el título *Una revolución que comienza*, publicado en 1959. Recordaba entonces los días previos a la salida del yate Granma, cuando varios de los futuros expedicionarios cayeron presos en México y todos eran amenazados con la extradición. El proyecto revolucionario estaba en peligro, pero ninguno de los combatientes flaqueó ante las dificultades que se presentaban. En tales circunstancias se puso a prueba la lealtad, el compañerismo y el alto concepto de la amistad por parte del jefe del contingente revolucionario. Lo escrito por el Che enaltece de manera elocuente la actitud asumida por su jefe en aquellos momentos difíciles:

Hubo quienes estuvieron en prisión cincuenta y siete días, contados uno a uno, con la amenaza de la extradición sobre nuestras cabezas.

Pero en ningún momento perdimos nuestra confianza personal en Fidel Castro. Y es que Fidel tuvo algunos gestos que, casi podíamos decir, comprometían su actitud revolucionaria en pro de la amistad. Recuerdo que le expuse específicamente mi caso: un extranjero, ilegal en México, con toda una serie de cargos encima. Le dije que no debía de manera alguna pararse por mí la Revolución, y que debía dejarme; que yo comprendía la situación y que trataría de ir a pelear desde donde me lo mandaran y que el único esfuerzo debía hacerse para que me enviaran a un país cercano a la Argentina. También recuerdo la respuesta tajante de Fidel: “Yo no te abandono”. Y así fue, porque hubo que distraer tiempo y dinero preciosos para sacarnos de la cárcel mexicana. Esas actitudes personales de Fidel con la gente que aprecia son la clave del fanatismo que crea a su alrededor, donde se suma a una adhesión de principios, una adhesión personal, que hace de este Ejército Rebelde un bloque indivisible.

Sin pretender llegar a una definición abarcadora y totalmente satisfactoria acerca de lo que debe entenderse como amistad y compañerismo, me tomaré la licencia de utilizar los

dos términos alternativamente para no complicar al lector con estas disquisiciones.

Justo es decir que nunca discutí con el Che sobre esta problemática, tan sujeta a sutiles y polémicas interpretaciones.

Lo cierto es que, como individuo y en su papel de miembro de la alta dirección del país, se preocupaba sistemáticamente por el cuidado de los compañeros y amigos que lo rodeaban. Un ejemplo de ello era su distinción entre los derechos de tipo social que tenían todos los compañeros y la preocupación personal que debíamos tener para atender otros problemas de la gente, que no siempre podían ser atendidos por las instituciones de gobierno o por las prestaciones sociales.

En el Ministerio de Industrias se empezó a producir el hecho de cierta falta de atención a compañeros que sufrían determinadas dificultades tales como: enfermedad de ellos mismos o de algunos de sus familiares cercanos, fallecimiento de familiares, etcétera.

El Che observó que en ocasiones nos enterábamos de estos casos después que habían sucedido, y para ello tomó la decisión de crear algún mecanismo o tipo de organización que sirviera de apoyo a la Dirección para conocer oportunamente cualquier dificultad o problema relevante que tuvieran nuestros trabajadores. De allí surgió una comisión compuesta por miembros del Consejo de Dirección del Ministerio que atendía estos asuntos.

Lo importante sobre el tema es destacar la gran sensibilidad humana manifestada por el Che, al estar siempre preocupado y dar su apoyo y calor humano a los compañeros que se encontraran en alguna de estas dificultades. A tal efecto narraré algunos casos conocidos por mí donde estuvo presente este rasgo especial del Che.

En una ocasión me encontraba en mi oficina despachando con el director de una importante empresa dependiente del Ministerio y de pronto, sin que se hubiese producido nada anormal en las conversaciones ni en las demás condiciones de nuestro entorno, el director de empresa hizo una rara contracción de su rostro y cayó estruendosamente de su asiento, quedando tendido en el piso y continuando con aquellos raros movimientos.

Mi ignorancia ante un caso de ese tipo hizo que me preocupara seriamente y se me ocurrió correr hacia el despacho del Che y pedirle su auxilio en calidad de médico, aunque era bien conocido que hacía tiempo que no ejercía su profesión.

Le expliqué muy rápidamente lo sucedido, dejó lo que estaba haciendo y con la mayor rapidez y absoluta serenidad me siguió hasta mi oficina. Allí seguía tendido el compañero, rodeado por mi secretaria y otra trabajadora de mi oficina que permanecían muy asustadas por el sorpresivo incidente.

El Che examinó al enfermo, le tomó el pulso, lo llamó por su nombre repetidamente y se levantó muy tranquilo afirmando: *Es un ataque de epilepsia*. Entonces le pregunté: “Y bueno, ¿cómo resolvemos este problema? ¿Lo debo llevar para un hospital o qué hago?” Respondió que debíamos esperar a que se recuperara y luego tomaríamos la decisión que fuera necesaria.

El Che se sentó al lado del enfermo, tomó un cojín de un asiento y se lo colocó cuidadosamente detrás de la cabeza, allí lo estuvo observando detenidamente, tomándole el pulso a cada minuto. En voz muy baja me preguntó que si yo conocía del padecimiento del enfermo; si alguna vez me había comentado algo sobre el particular, etcétera.

Al yo responderle que no conocía absolutamente nada sobre el asunto, me comentó que teníamos que preocuparnos más por la salud de nuestros compañeros.

Al rato, el enfermo se fue recuperando y entonces el Che me pidió que lo ayudara para levantarlo del piso y sentarlo cómodamente en una silla.

Recuerdo el rostro sorprendido de aquel hombre al ver al Che a su lado atendiéndolo con el mayor afecto y amabilidad.

El Comandante le hizo algunas bromas, como restándole importancia a lo que le había sucedido, y comenzó a hacerle preguntas con mucho tacto, casi con ternura, tratando de que le explicara los antecedentes de su enfermedad.

Cuando estuvo totalmente recuperado, el Che se despidió de él; yo me encargué de llevarlo hasta su casa y dejar encaminada su atención médica.

Aquel día el Che me dio una muestra más de su alto sentido de la amistad y el compañerismo. Luego me insistiría en la necesidad de organizar adecuadamente el trabajo de atención a la salud de los dirigentes y trabajadores del Ministerio. Insistía en que había que lograr acciones preventivas para evitar casos como el que habíamos presenciado. Según él, cabía la posibilidad de que el enfermo estuviera escondiendo su padecimiento ante el temor de no poder cumplir con sus altas responsabilidades al frente de la empresa.

A los pocos días el director me pidió que le transmitiera al Che su solicitud para que se le enviara a la Unión Soviética, donde él tenía la esperanza de que le curarían su enfermedad.

Cuando le informé al Che de la solicitud, se quedó pensativo y me dio una amplia explicación sobre la epilepsia y su convicción de que no tendría la menor posibilidad de cura en la URSS.

Sin embargo, cuando pensé que aquello significaba una negativa a la solicitud, me dijo que me encargara de todos los trámites para que se realizara el viaje.

Me agregó que, desde el punta de vista psicológico, le sería de beneficio y si se lo negábamos, le podría afectar seriamente, al punto de considerarnos unos insensibles. *El viaje es costoso*, me dijo, *pero más costoso es que el compañero tenga una apreciación de ese tipo*.

La preocupación del Che por la atención preventiva a la salud de los trabajadores industriales no cayó en el vacío y al año siguiente contábamos con dos sanatorios dependientes de nuestro propio Ministerio, uno en la provincia de Matanzas y otro en la de Pinar del Río.

Conocí personalmente de otro caso acompañado de similar solicitud de curación en la URSS. Este tipo de pedido se presentaba con relativa frecuencia dada la admiración que muchos sentíamos por la Unión Soviética, al extremo de creer que en aquel país se curaban todas las enfermedades.

El caso aludido estuvo matizado, a diferencia del anterior, de un comentario cargado de humorismo por parte del Che.

Encontrándose el Comandante de visita en una planta mecánica en la ciudad de Santa Clara, se le acercó un obrero de la misma

y después de muchos rodeos le comentó, medio en serio y medio en broma, que se estaba quedando sordo producto del gran ruido soportado en los distintos trabajos que había realizado durante muchos años. Efectivamente, a juzgar por la edad de aquel obrero y por los ruidos a que, según él, se había sometido, no era nada extraño su padecimiento. El simpático trabajador terminó pidiéndole al Che que lo enviara a Moscú, donde consideraba que se le curaría la sordera.

El Che lo escuchó atentamente, pero al observar que estaba frente una persona que no había hecho una gran tragedia de lo que padecía, le prometió hacer los esfuerzos para satisfacer su solicitud, pero sin darle total seguridad sobre el éxito de sus gestiones. El hombre puso cara de optimismo, pero como el Che no tenía noticias de que la sordera se curara en Moscú, le advirtió sobre tal eventualidad, agregándole el siguiente comentario:

Escuche bien, mi amigo: si la gestión que vamos a hacer no tiene buenos resultados, no espero que usted, que es un hombre alegre y optimista, se nos vaya a achicar por ese contratiempo. Pero además, usted se pone a pensar, no es una gran tragedia perder un poco de audición, ya que de esa forma uno no tiene que escuchar todas las barbaridades que se hablan actualmente en este complicado mundo sobre las miserias, enfermedades y guerras de todo tipo.

Allí la terapia aplicada por el Che. Sin dejar de ser totalmente fraternal y humana, permitió dejar un halo de humorismo que aquel humilde obrero satisfizo con la atención que supo darle durante aquella visita a su fábrica. Años más tarde, ya muerto el Che, en una jornada de trabajo voluntario en su memoria, un obrero que había sido compañero de trabajo de aquel con sordera, me recordaba aquella simpática conversación del Comandante Guevara con un Compañero y amigo en la histórica ciudad de Santa Clara.

EL INGENIERO DEL NÍQUEL

Cuando el Che asumió el cargo de Ministro de Industrias en 1961 y después de culminar el proceso de nacionalización en ese sector, todas las empresas industriales del país estaban bajo la dirección del nuevo organismo bajo su mando. En aquella época, Cuba era el país mayor productor de azúcar de caña del mundo. Le seguía en importancia, desde el punto de vista económico, la industria del níquel, propiedad norteamericana, que además de representar el segundo renglón exportable de la isla, se consideraba un producto estratégico de primer orden en el mercado mundial.

Existía una importante planta productora de sínter de níquel en Nicaro, en la parte nororiental de Cuba, y se encontraba en su fase final de construcción una segunda planta en Moa, dentro de la misma región, aproximadamente a ochenta kilómetros de la primera.

El Che le prestaba una atención muy especial a la industria del níquel y en el caso de la planta de Moa tendría que dedicarle buena parte de su tiempo en los primeros años para asegurar la terminación de ésta, al tratarse de una tecnología de alta complejidad y única en el mundo en aquella época.

Los ingenieros norteamericanos del níquel se marcharon del país tan pronto se nacionalizaron aquellas instalaciones y para operar la planta de Nicaro, como para poner en marcha la de Moa,

había que depender de los pocos ingenieros y técnicos cubanos que permanecían en el país.

Demetrio Presillas era el ingeniero jefe de la planta de Nicaro y sin lugar a dudas uno de los especialistas más reconocidos de la industria del níquel en todo el mundo. Por su especialización y experiencia, al triunfo de la Revolución pudo marcharse a Estados Unidos, donde le sobraban ofertas muy tentadoras para que abandonara su país y trabajara en las plantas niquelíferas norteamericanas.

Presillas permaneció fiel a su patria y se consagró a trabajar con la mayor abnegación junto a los trabajadores e ingenieros cubanos de Nicaro y Moa. Fue, quizá uno de los colaboradores más eficaces con que contó el Che durante la odisea llevada a cabo para la puesta en marcha exitosa de la planta de Moa. Por todas esas razones el Comandante Guevara le tenía una consideración especial al ingeniero Presillas.

Pero, como dice un conocido refrán: “Todo ser humano cuenta en su haber con uno que otro detractor” y Presillas no era ninguna excepción.

El Che visitaba con frecuencia las plantas de níquel e intercambiaba con los ingenieros y demás técnicos y trabajadores acerca de todos los problemas que se presentaban en su trabajo, de temas políticos o de cualquier otro tipo.

En una de sus visitas, algunos de los presentes le trasladaron al Che ciertas “preocupaciones” que, según ellos, tenían en relación con el ingeniero Presillas. En orden de importancia, los “preocupados” expresaron lo siguiente: que consideraban que Presillas mantenía un sueldo muy alto, no acorde con los nuevos tiempos revolucionarios que corrían. En segundo lugar, que Presillas acostumbraba a tomarse algunos tragos de ron con los trabajadores de Nicaro, después de terminada la jornada de trabajo y que aquello significaba un mal ejemplo. Tercero, que se había conocido de alguna que otra visita de Presillas a la iglesia de Mayarí y que eso también estaba en contradicción con la actitud revolucionaria que debía tener un ingeniero de tan alta responsabilidad.

El Che escuchó con toda calma aquel rosario de “acusaciones” y se concentró en el más pormenorizado análisis de todo lo escuchado. Por supuesto, puso en función una buena dosis de ironía, como era su costumbre en situaciones como aquéllas.

Sobre la primera “preocupación”, expresó:

Lo del sueldo “tan alto” de Presillas, no tengo la más mínima preocupación; porque considero que se lo merece por su lealtad, alta calificación y gran dedicación al trabajo. Si no nos alcanzara el dinero para pagarle su salario, podemos emitir algunos billetes más para hacerlo, ya que contamos con la banca en nuestras manos después de la nacionalización.

Sobre la costumbre de tomarse algunos tragos de ron con los obreros de Nicaro después de la jornada de trabajo, expresó:

Tampoco me preocupa, ya que conozco bien que el ingeniero no es ningún alcohólico. Pero, además, ese hábito lo tienen la mayoría de los cubanos; y si no, yo quiero saber quiénes de los que están aquí están exentos de ese pecado, como para ser capaces de tirar la primera piedra.

Sobre lo de alguna que otra visita a la iglesia de Mayarí, enfatizó:

Eso sí me preocupa seriamente. Mayarí está un poco lejos de Nicaro, y si Presillas hace ese viaje manejando su automóvil después de haber tomado sus roncos, puede tener un accidente de gravedad en cualquier momento. Por consiguiente, pienso que si no tiene chofer, todos debemos preocuparnos de inmediato para que se ponga uno a su disposición cuanto antes y, así, evitar que vayamos a perder un técnico tan valioso para el níquel.

Al regreso de su visita a Moa, el Che nos contaría los pormenores de aquella reunión, que, según él, estaba bien cargadita de posiciones extremistas, sobre lo cual debíamos mantenernos alertas para evitar casos similares.

Más tarde el ingeniero Presillas llegó a convertirse en una cierta leyenda para Cuba y en homenaje a los trabajadores del níquel se filmó una película titulada *Polvo rojo* que lo hizo más popular, tanto a él como a sus compañeros. En la actualidad, con avanzada edad y ya jubilado, sigue viviendo en Nicaro junto a su familia. Todos sus hijos cuentan con el aval de ser profesionales universitarios y de alta calificación como su padre, algunos de ellos trabajan como ingenieros en la planta de Nicaro.

ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA

En 1956, el joven de 23 años Jorge Negrín Sánchez se graduó de técnico en Instalaciones y Maquinaria Eléctrica en la reconocida Escuela Técnica Industrial de Rancho Boyeros en la provincia de La Habana. Llegó a ser presidente de la Asociación de Alumnos de dicha escuela, y muy temprano se incorporó a la lucha revolucionaria contra el tirano Batista, como miembro del Movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel.

Cuando triunfó la Revolución en 1959, Negrín fue nombrado coordinador del 26 de Julio en Bejucal, un poblado cercano a la ciudad de La Habana, donde residía. Poco tiempo después, fue llamado para reintegrarse a su centro de trabajo anterior, una fábrica de cables de alta tecnología llamada Pheldrak, que operaba como empresa mixta con capital cubano, norteamericano y holandés. Allí sus trabajadores lo eligieron secretario general del sindicato de la fábrica, que aún no se había nacionalizado.

Pocos días después de estos hechos, aquel joven recibiría una llamada que según él lo dejó paralizado. Recuerda que fue al atardecer de un día lluvioso del mes de mayo de 1959. Acudió al teléfono y escuchó una voz con ligero acento extranjero, preguntándole: *¿Quién es el que habla?* Al identificarse, el que había llamado le responde:

Es el Comandante Ernesto Guevara; mañana temprano estaré en la fábrica, deseo realizar una visita para conocerla, espérame y mantén discreción. Así de lacónica fue la comunicación.

Negrín se movilizó inmediatamente y le avisó a dos compañeros del movimiento revolucionario en la fábrica. Les explicó lo sucedido y les pidió ayuda para organizar el recibimiento del Che, y sobre todo, mantener vigilancia sobre algunos custodios de la planta que eran oficiales retirados del ejército de la tiranía.

Al otro día, muy temprano, Negrín estaba situado a la entrada de la fábrica en espera del Che. Éste arribó, manejando él mismo su auto Chevrolet Impala 60, con un escolta a su lado y dos en el asiento trasero.

El custodio de entrada se adelantó, pareció no reconocer al Comandante y le preguntó quiénes eran y qué deseaban. Negrín, que ya se encontraba frente al Che, escucha y observa que éste, con una sonrisa en los labios y manifiesta ironía, le responde: *Mire usted hacia todo su alrededor* (el sereno mira sin entender nada). Y el Che le amplía: *Los que venimos aquí somos los propietarios de todo lo que alcanza a ver su vista.* Negrín se presenta, todos se ríen menos el custodio y comienzan la visita a la fábrica.

El Che pregunta de todo y cada uno de los responsables responde a su interrogatorio. Hay un momento en que llegan a los hornos, pero el que está al frente es un ingeniero holandés que no habla español. El Che pregunta a qué grado de temperatura trabajan los hornos y qué tiempo de tratamiento térmico reciben los cables. Negrín le responde que ese dato tiene que precisarlo ya que no lo conoce y que luego se lo informa. El Che lo mira, se ríe y le comenta: *Pero eso debes conocerlo, como secretario del sindicato.*

Aquella visita del Che a Pheldrak dejó una magnífica impresión en los trabajadores. Luego comentarían que había significado una enseñanza para todos. Pronto Jorge Negrín fue elegido secretario financiero del Sindicato Nacional de la Química en la Central de Trabajadores de Cuba. Meses después fue citado al Departamento de Industrialización. Lo recibiría el

jefe de personal de aquel departamento, el soldado Julio Roberto Cáceres (el Patojo). Sobre esta citación, Negrín narra lo que sigue:

“Cáceres me preguntó si yo estaba dispuesto a ocupar cualquier responsabilidad, del tipo que esta fuera y en el lugar que se me asignara. Le contesté que sí, y entonces me comunicó que me habían designado subdirector de la Empresa Siderometalúrgica. En aquel momento pensé en la visita del Che a mi fábrica y me dije: ‘Parece que no le causé mala impresión’”.

A partir de entonces las relaciones de Negrín con el Che serían más frecuentes, y en algunas ocasiones, controvertidas. Narra el subdirector:

En una ocasión me tocó confeccionar el informe del año de mi empresa y fui citado por el Che a su oficina para analizar algunos aspectos del documento, antes de su discusión. La citación era para las dos de la tarde y salí de mi oficina con suficiente anticipación para no llegar con retraso, consciente de la exigencia del Che por la puntualidad.

Llegué al edificio del Ministerio y me encontré con una larga fila frente al ascensor. Había coincidido con la hora del almuerzo de los trabajadores. En fin que llegué a la oficina del Comandante con dos minutos de retraso. Apresurado me acerqué a Manresa, su secretario, y le dije que tenía una reunión con el Comandante. Éste, que ya estaba al tanto, se asomó a su oficina y le anunció mi llegada. Escuché la respuesta del Che: *Efectivamente, Negrín tenía reunión conmigo a las dos de la tarde, pero esa hora ya ha pasado.* Desde afuera le dije: “Comandante, me retrasé quince minutos en la cola del ascensor”. Entonces el Che, alzando su voz para que yo escuchara bien, me dijo: *¿Y las escaleras del edificio para qué están, por qué no las utilizaste?* Me marché avergonzado, pero me dio una lección que no he olvidado jamás.

Cualquier persona supersticiosa aseguraría que Negrín pasaba por una “mala racha” en esa época, porque llegado el día de discusión del informe de la empresa no le llegó la citación a tiempo. Se encontraba de recorrido por una fábrica cuando recibe una llamada

donde se le informa que el Consejo de Dirección del Ministerio esperaba por él para la discusión. Llegó de nuevo con retraso a la reunión y se sometió a la defensa del documento. Al decir de él, recibió una soberana paliza desde el principio hasta el fin.

No obstante su situación, un tanto desventajosa en la discusión, el Che supo darle la razón en ciertos puntos en que él discrepaba sobre determinadas directivas del Ministerio. De todas formas, Negrín estaba seguro de que al final de aquel balance de trabajo sería sustituido.

Uno de los últimos temas discutidos fue el relacionado con la seguridad de las fábricas ante los frecuentes sabotajes contrarrevolucionarios. Negrín defendió su solicitud de armamentos para la defensa de los objetivos de su empresa. El Che se echó a reír y le contestó:

Negrín, tú siempre estás llorando; estoy seguro de que tú tienes con qué defender tu empresa.

Negrín le responde:

“Mire, Comandante, cuando Fidel pronunció la famosa frase de ‘armas para qué’ y nos ordenó que entregáramos las que teníamos, yo entregué un arsenal y me quedé sin ninguna”.

En ese momento el Che cambia la expresión de su rostro, llama a uno de sus escoltas y le dice: *Ve a mi oficina, allí en la credenza* encontrarás una caja de color verde, hazme el favor de traérmela”.*

El soldado regresa con la caja, el Che le da instrucciones y éste la abre y le entrega a Negrín una pistola checa de 7.5 milímetros. El Che se ríe y le comenta:

Esto es para que no llores más, te la entrego con un solo compromiso: que vayas a estudiar a la Unión Soviética.

El Che se levanta de su asiento, se acerca a Negrín y le enseña a manipular la pistola que acaba de regalarle. Éste le comenta en voz baja: “Comandante, después del resultado de este informe, usted no estará insinuando algo al regalarme esta pistola”. El Che se ríe y le contesta: *Recuerda que tienes un compromiso conmigo.*

* Vocablo de origen italiano que significa aparador. En Cuba es utilizado en el argot oficinesco, como mueble para guardar útiles de oficina (N. de la E.).

A los pocos días Negrín recibe una instrucción del Che para que se incorpore a los estudios en la Escuela Superior del Partido Níco López.

Sobre el mencionado curso, Negrín expresa:

El curso me resultó muy importante y necesario, me dotó de los conocimientos fundamentales para la interpretación con más profundidad de las concepciones filosóficas de nuestra Revolución y me enseñó a mirar la vida con mayor objetividad. Culminé el curso entre los cuatro primeros expedientes. Creo que cumplí con el Che.

Después de terminar esos estudios, Negrín fue nombrado jefe de personal de la Empresa de Electricidad por decisión del Che. Allí recibiría otra de las últimas enseñanzas del Comandante Guevara.

El jefe de personal trataba de aplicar la legislación revolucionaria sin contemplaciones. El Ministerio del Trabajo había dictado una resolución donde se penalizaba con descuentos y otras sanciones a los trabajadores indisciplinados que cometían reiteradas ausencias al trabajo. La resolución no contemplaba excepciones de ningún tipo.

Había un grupo de trabajadores que no asistían al trabajo los sábados. Eran personas pertenecientes a la organización religiosa Adventistas del Séptimo Día.

Negrín le aplicó la resolución de marras a este grupo de trabajadores y estos apelaron la medida ante el Che.

Termina Jorge Negrín su narración, expresando que ésa fue la segunda vez que el Che le llamó personalmente por teléfono, para decirle:

Parece que tu estancia en la Escuela Nacional del Partido no te ha servido para analizar a profundidad los problemas que se te preentan en la vida. Aunque la resolución del Ministerio del Trabajo no hace excepciones, para eso están los cuadros revolucionarios, para discernir y aplicar con justicia las instrucciones recibidas de los niveles superiores.

El protagonista de estas vivencias concluye manifestando:

¡Qué gran privilegio fue trabajar con el Che y aprender de sus enseñanzas! Estamos en la obligación, antes de desaparecer, de recoger la mayor cantidad de experiencias vividas junto a él y brindarlas a las nuevas generaciones.



Jorge Negrín (1961)

EL ASESOR CHECO

Cuando se creó el Ministerio de Industrias en el año 1961, ya existían las condiciones organizativas mínimas para dar paso al desarrollo investigativo y tecnológico de las principales ramas industriales del país. De esta forma se trataba de asegurar el desarrollo industrial de Cuba sobre bases científicas. La concepción general de ese programa fue concebida por el Che y luego se fue concretando con la participación de los pocos especialistas y científicos existentes en el país, a los que se sumaron los asesores extranjeros que fueron contratados para esos fines.

Los colaboradores extranjeros procedían de diversos países, tanto socialistas como capitalistas, aunque obviamente la mayor parte de ellos llegaron del campo socialista.

Para llevar a cabo el programa mencionado, fue necesario crear distintos institutos de investigación, como el de Recursos Minerales, el de los Derivados de la Industria Azucarera, el de la Industria Química y otros.

Precisamente, el Instituto de Recursos Minerales se convertía en uno de los más importantes, dado que en Cuba no existía ninguna institución encargada de la prospección geológica. El país sólo contaba con un geólogo cubano y las pocas prospecciones

realizadas con anterioridad se habían llevado a cabo por parte de empresas norteamericanas.

Entre los especialistas extranjeros que arribaron a Cuba en aquellos primeros años se encontraba el checo Pedro Kveton, quien, además de los sólidos conocimientos en geología, contaba en su currículo con una larga experiencia práctica en otras materias, incluyendo varios años de trabajo como asesor en la explotación de recursos minerales en la República Popular China.

El asesor checo pronto se convirtió en uno de los más útiles de todos los que prestaron sus servicios en Cuba. Además de los trabajos de su especialidad, colaboró intensivamente en todo el proceso de reorganización industrial que se realizó en el país. Hombre entusiasta, muy trabajador y de carácter afable, se ganó el afecto de los cubanos en muy corto tiempo. Como asesor del Che estableció magníficas relaciones con su jefe, las que se facilitaron por la rapidez con que el checo aprendió el idioma español, aun cuando a su llegada a Cuba no hablaba una sola palabra en la lengua de Cervantes.

Al decir del Che, aquel simpático asesor perdió su apellido en Cuba, ya que todos los cubanos lo identificaban como *Pedro el Checo*.

Durante el proceso de aprendizaje del idioma español por parte del checo se produjeron no pocas situaciones humorísticas, debido a su deficiente pronunciación en nuestra lengua. El Che, entre otros, se divertía ampliamente cuando Pedro el Checo hablaba en cada una de las controvertidas discusiones técnicas que se producían en aquellos tiempos.

Entre las frases mal pronunciadas por el asesor se encontraba una que nunca llegó a corregir durante los años que permaneció junto a nosotros.

Entre las tareas desarrolladas por Pedro se encontraban ciertos estudios encaminados a eliminar “los estrangulamientos” en determinados procesos productivos. A esos estrangulamientos, los técnicos cubanos siempre los han llamado “cuellos de botella”.

Cada vez que nuestro asesor informaba sobre el trabajo que llevaba a cabo para la eliminación de los “cuellos de botella”,

pronunciaba esta última frase diciendo “culo de botella”. De inmediato todos los presentes, incluyendo al Che, formaban un coro de risas, difícil de controlar, porque junto a la frase mal pronunciada, el asesor ponía una cara ingenua y de asombro que estimulaba el risoteo de todos los burlones.

En más de una ocasión, el Che propiciaba alguna discusión donde Pedro se veía obligado a pronunciar la ocurrente frase, lo que confirma el sentido del humor que poseía el Che, en contraposición a lo que algunos biógrafos han escrito sobre él.

En 1963 se organizó un homenaje a los técnicos más destacados del Ministerio de Industrias. En esa ocasión, Pedro el Checo fue condecorado como el técnico extranjero más destacado por su trabajo en Cuba. Allí el Che hizo mención a la audacia de Pedro en el dominio del idioma español, señalando que eran tales “sus avances” en ese sentido, que era capaz de hacer de intérprete en determinados momentos.

Al terminar su trabajo de asesoría en el Ministerio de Industrias, el Che le ofreció una comida de despedida a Pedro el Checo. Allí volvimos a reír al escuchar de boca de nuestro amigo asesor la consabida frase de los “culos de botella”. El momento era más propicio para la risa; no existían las inhibiciones de las sobrias reuniones de trabajo y nuestro festín había sido amenizado por una que otra “botella” de ron y de cerveza que compartimos con nuestro querido asesor checo.



Pedro Kveton en una cena ofrecida
por el Comandante (1964)

EL PROFESOR HISPANO-SOVIÉTICO

El Che comenzó a elaborar un diccionario filosófico a la edad de diecisiete años, trabajo que luego continuó hasta conformar un valioso análisis sobre la materia, que actualmente se conserva en sus archivos personales en Cuba y que ha servido como material de estudio para distintos cursos y seminarios llevados a cabo en la Cátedra Che Guevara de la Universidad de La Habana.

Junto a los estudios filosóficos, el Che inició el análisis de la economía política del capitalismo y más tarde de la economía socialista. Antes de unirse a las fuerzas revolucionarias cubanas en la ciudad de México, ya el joven argentino contaba con ciertos conocimientos sobre economía marxista, que junto al análisis de la realidad latinoamericana lo distinguían como un revolucionario autentico, tal como se deduce de algunas cartas dirigidas a sus familiares en la Argentina.

A partir del triunfo de la Revolución Cubana varios de sus principales dirigentes, encabezados por Fidel, comenzaron a profundizar en los estudios teóricos sobre la economía marxista.

El primer seminario sobre *El Capital*, de Carlos Marx, se llevó a cabo en el Consejo de Ministros y en él participaron varios ministros

y otros dirigentes del Gobierno. Entre ellos, junto al Jefe de la Revolución, se encontraba el Che Guevara.

El profesor que impartió aquel seminario fue el hispano-soviético Anastasio Mansilla, quien viajó a Cuba procedente de la Unión Soviética para dirigir aquel programa de estudios.

Anastasio Mansilla fue enviado a la URSS por sus padres españoles a la caída de la República; se formó en aquel lejano país y llegó a alcanzar un doctorado en Economía Política, especializándose en la enseñanza de *El Capital*, en la Universidad de Lomonosov, en Moscú. Por su alta formación científica, y el dominio del idioma español, Mansilla fue designado por los soviéticos para desarrollar el seminario en Cuba.

Culminado el curso de *El Capital* en el Consejo de Ministros, el Che le solicitó al profesor Mansilla que impartiera un seminario sobre la materia en el Ministerio de Industrias. Participé como alumno en aquel curso junto al Che y otros compañeros de nuestro Ministerio.

Mansilla se trasladó a Cuba con su familia y permaneció dos años en el país, donde también impartió clases en la Facultad de Economía de la Universidad de La Habana.

Muchos son los recuerdos que conservamos sus alumnos cubanos sobre el abnegado profesor hispano-soviético.

A finales de la década de los 70, y una vez culminados mis estudios de Economía en la Universidad de La Habana, comencé mi doctorado en la Academia de Ciencias de la URSS y, nuevamente, acudí a Mansilla para profundizar en los estudios de *El capital*, de Carlos Marx, que como materia obligada debía examinar al comienzo de mi aspirantura a doctor en Ciencias Económicas.

Durante aquellas frías noches invernales en Moscú, me reunía con nuestro antiguo profesor en su casa, y mientras analizábamos el sistema de contradicciones del capital, recurriamos con frecuencia a las anécdotas sobre los seminarios en Cuba y sobre los más destacados alumnos a que tuvo que enfrentarse en aquellos tiempos.

Entre esos recuerdos, Mansilla me narraba lo sucedido en una ocasión con Fidel cuando se desarrollaba el seminario en el

Consejo de Ministros. Al terminar una de las clases, Fidel llamó al profesor y con mucha delicadeza le expresó que había encontrado un error en el texto de *El Capital* por donde estudiaban. El error en cuestión, según Fidel, se encontraba en las fórmulas de la reproducción del capital, analizadas por Marx en su monumental obra de economía del capitalismo.

Contaba Mansilla que él había estudiado minuciosamente las referidas fórmulas contenidas en la versión española que se utilizaba en el curso y estaba convencido de que no existía ningún error, como señalaba Fidel, y así se lo ratificó en más de una oportunidad.

Fidel no se dio por vencido y ante la negativa del profesor le suplicó que revisara nuevamente el texto, que se tomara el tiempo necesario para convergerse de que él tenía razón.

Mansilla decidió entrar en una acuciosa revisión de las controvertidas fórmulas y, luego de varias horas de estudio, encontró el tan disputado error señalado por Fidel. En la clase siguiente, el profesor le dio la razón a su alumno que, según él, puso cara de satisfacción ante el reconocimiento del error encontrado en el texto.

Continuando con sus recuerdos, Mansilla me manifestaba que el otro alumno más difícil al que se había enfrentado en toda su carrera como profesor, era el Che. “Tan difícil fue mi experiencia con él”, decía, “que aunque en muchas ocasiones no compartía sus opiniones, nunca pude demostrarle, científicamente, que no tenía la razón”.

Cuando Mansilla me narraba sus recuerdos, vino a mi mente una noche, durante el seminario en el Ministerio de Industrias, en que se produjo una prolongada discusión entre el Che y Mansilla. Dicha discusión versaba sobre la cuota media de ganancia y el papel de la Ley del Valor en el socialismo. El Che no aceptaba la explicación de Mansilla y cuando ya eran las cuatro de la mañana, el profesor se puso de pie, recostó su cuerpo contra la pared del aula, levantó sus manos en señal de rendición y le expresó al Che: “¡Lleve usted razón, Comandante!”, y así dio por terminada la clase de aquella agotadora noche de estudio.

Pasando a recuerdos más personales, el profesor me contaba que en varias oportunidades el Che lo visitaba en su casa en La Habana. Sus dos hijos pequeños sentían una gran admiración por el Che, y cada vez que el Comandante llegaba a su casa le pedían que les mostrara su pistola. Ante la insistencia de los chicos, en una oportunidad el Che le quitó el cargador a la pistola, la revisó cuidadosamente para asegurarse de que no ofrecía peligro alguno y se puso a jugar con los niños con la mayor naturalidad.

Una de las últimas noches que visité la casa de Mansilla y después de compartir con él otra jornada de recuerdos sobre su estancia en Cuba, decidí partir con destino al hotel donde me alojaba, pasada la una de la madrugada. El profesor insistió en que me quedara a dormir en su casa, pero me pareció un atrevimiento aceptar su invitación. Salí a tomar el metro de Moscú, pero ya estaba cerrado y no aparecía ningún taxi que me trasladara al hotel.

Sorpresivamente, una ambulancia se detuvo frente a mí y el chofer me preguntó hacia dónde me dirigía. Cuando le conteste que al Hotel Pekín, se ofreció para llevarme por el “módico” precio de ocho rublos.

Cuando recorría las nevadas calles de Moscú a bordo de aquella ambulancia “tarifada” por obra y gracia de su conductor, me recordaba de la insistencia del Che en no aceptar la aplicación indiscriminada de los mecanismos del mercado capitalista en el seno de la economía del socialismo.

EL AMIGO RUSSO

A principios del año 1960, cuando el Che ocupaba el cargo de jefe del departamento de Industrialización, se empezaron a formalizar los primeros contactos con la Unión Soviética, aunque aún no existían relaciones diplomáticas oficiales con ese país.

Por esa época llegó a Cuba el economista soviético Eugenio Korasev, acompañado por otro funcionario de apellido Merkulov, ambos encargados de iniciar las primeras conversaciones sobre las posibles relaciones económicas y comerciales entre Cuba y la URSS. La coordinación de aquella primera misión estuvo a cargo de Alexander (Alejandro) Aleixev, quien ya se encontraba en Cuba y que más tarde ocuparía el cargo de embajador de la Unión Soviética en nuestro país. Alejandro, como todos lo llamábamos, llegó a convertirse en un gran amigo de los cubanos.

Las conversaciones con aquellos primeros enviados soviéticos se llevaban a cabo de la forma más reservada posible, dada las incidencias que aquellos primeros contactos iban a tener en las futuras relaciones internacionales del Gobierno Revolucionario.

Eugenio Korasev estableció una estrecha relación amistosa con el Che y sus colaboradores, pertenecientes al Departamento de Industrialización. Muy pronto, las conversaciones del Che con

Korasev pasaron al ámbito puramente comercial o de colaboración económica, para adentrarse en discusiones de análisis acerca del acontecer en la sociedad soviética, sus logros y dificultades, así como sobre las experiencias acumuladas a lo largo de casi cuarenta años de socialismo.

Cuando a mediados de 1960 visité la URSS como miembro de la primera delegación económica que visitó aquel país, Eugenio Korasev nos prestó una valiosa colaboración en el desarrollo de nuestro trabajo y se esmeró en atenciones personales para que nos sintiéramos de la mejor forma durante nuestra visita.

Posteriormente, cada vez que visitábamos la URSS, solíamos encontramos con Korasev para intercambiar experiencias y actualizarnos acerca del quehacer en su país y en los demás países socialistas.

Pasaron varios años y Korasev tuvo que ocupar distintas responsabilidades en el servicio exterior de la Unión Soviética en diversos países del mundo. Su amistad con el Che se había consolidado de tal forma que en cualquier lugar que se encontrara establecía comunicación inmediata con él y continuaba sus intercambios conceptuales sobre la difícil tarea de la construcción del socialismo.

La familia del Che llegó a conocer a Korasev y éste siempre mantuvo correspondencia con la misma con cierta regularidad. Esa relación se ha mantenido hasta hoy, no obstante todos los cambios producidos a partir del derrumbe del socialismo en la URSS.

Durante la estancia de su amigo ruso en Cuba, el Che acostumbraba a bromear con él cada vez que se encontraban en una de sus reuniones de trabajo. Las bromas del Che con Korasev tenían varias lecturas, pero había una muy específica que estaba relacionada con la admiración que Korasev expresaba ante la belleza de las mulatas cubanas.

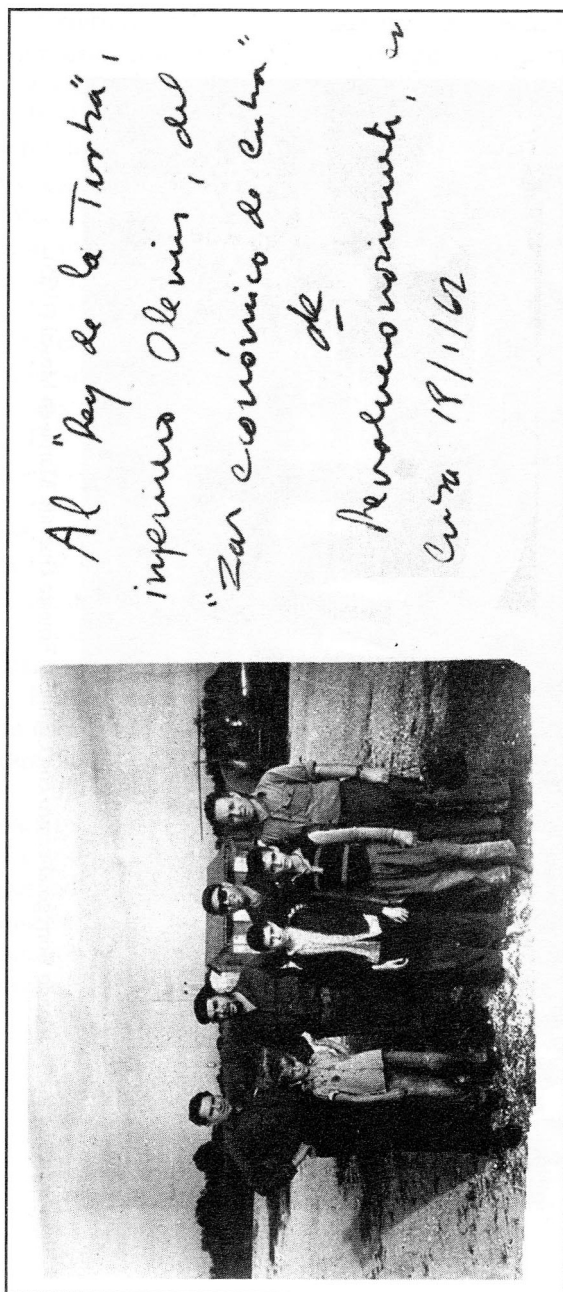
En el año 1985 visitó Moscú, donde se encontraban entonces Camila y Ernesto, los hijos del Che, estudiando en aquella ciudad.

Ernestico me acompañó a compartir con Korasev una comida en su casa, donde pudimos disfrutar de sus anécdotas sobre el Che durante la época en que se reunía con él en Cuba.

Allí conocimos que cuando el Che se marchó de Cuba en 1965 para ir a combatir en la guerrilla del Congo, tuvo un gesto de recuerdo y afecto para su amigo ruso. Le escribió una cariñosa carta de despedida acompañada de un *souvenir* que Korasev conserva como una valiosa reliquia en su modesta casa en la ciudad de Moscú: una preciosa talla estilizada en madera, que representa la figura escultural de una mulata cubana.



Orlando Borrego al centro con Camilo y Ernesto Guevara March
en Moscú (1983)



El Che, Eliseo de la Campa y otros amigos cubanos junto al ingeniero Olenin "El Rey de la Turba"

EL REY DE LA TURBA

Desde los primeros años que siguieron al del triunfo, el Gobierno Revolucionario comenzó sus esfuerzos por desarrollar cuantas investigaciones le fueron posible para resolver el problema energético de Cuba y no depender totalmente de las importaciones de petróleo.

Cuando el Che fue encargado del desarrollo industrial del país, le dio prioridad a las investigaciones energéticas y muy pronto solicitó la asistencia técnica necesaria a los demás países socialistas en ese campo.

Los primeros técnicos llegaron de la Unión Soviética y entre ellos arribó a Cuba un ingeniero de apellido Olenin, especializado en la explotación de depósitos de turba (material orgánico compacto, rico en carbono, que se forma como resultado de la putrefacción y carbonización parciales de la vegetación en el agua acida de las turberas), no sólo con fines energéticos, sino como material orgánico de posible uso en el mejoramiento de los suelos.

Olenin comenzó sus recorridos por la isla y con frecuencia le informaba al Che sobre los resultados de sus investigaciones. En esas oportunidades sus encuentros no sólo se limitaban al análisis del problema de la turba sino que polemizaban sobre otros temas económicos del interés del Che.

El Ministro de Industrias visitó algunas regiones del país acompañado del asesor soviético, con quien estableció una amistad que dio cabida a las bromas más diversas en relación con el trabajo que desarrollaba en nuestro país.

Al finalizar uno de aquellos recorridos, Olenin le solicitó al Che que se tomara una foto junto a él, Eliseo de la Campa y otros amigos que los acompañaban, incluyendo a algunos niños que se habían unido a la comitiva.

El Che accedió a la solicitud de su asesor ruso y la foto fue tomada inmediatamente. Cuando ésta fue revelada, Olenin se presentó ante el Che rogándole que se la dedicara.

La dedicatoria escrita por el Comandante Guevara dice mucho acerca de su sentido del humor y del tipo de relaciones que era capaz de establecer con sus asesores extranjeros:

Al Rey de la Turba, ingeniero Olenin,

Del "Zar económico de Cuba"

Che

Revolucionariamente, en Cuba. 18/1/62

RECUERDOS DE UN AYUDANTE

Casi todos los pasajes que se narran en este libro han sido extraídos de mis recuerdos personales, complementados y verificados, cuando ha sido necesario, con la mayoría de los que fueron sus protagonistas o que estuvieron presentes en los momentos en que sucedieron.

Como caso excepcional, los que a continuación escribo son producto de las vivencias personales de un gran amigo mío; la relación con él y su familia data desde hace más de cuarenta años, justo a partir del año 1959 en que nos conocimos. Se trata de Hernando López, quien fuera ayudante del Che durante los dos primeros años después del triunfo de la Revolución y que luego continuara trabajando bajo sus órdenes hasta que partiera de Cuba en 1965.

Con el interés de familiarizar a los lectores con algunos personajes que aparecen en mis relatos, diré que Hernando es una persona que siempre ha ejercido la crítica oportuna y en el lugar adecuado cada vez que lo ha considerado necesario.

Como pintor, es el crítico más mordaz de su propia obra. Como dibujante, no acepta una línea ni un trazo que deforme en un ápice la perspectiva o la percepción más nítida del espacio.

En cuanto a otros elementos más burdos de la vida cotidiana, se indigna cuando se encuentra un cepillo de dientes depositado sobre un lavabo donde existan partículas de un jabón usado, que puedan rozar las fibras cercanas del utensilio dedicado a la higiene bucal.

En relación con la naturaleza y las bellezas que la nutren, sufre lo indecible si observa una flor que se marchita, o un jardín que no cuente con la humedad suficiente para que las plantas que lo habitan sean la máxima atracción de la cultura ornamental.

Al evaluar otros rasgos representativos de las cualidades de mi amigo, hay que significar su gran sensibilidad humana, su concepto ancho y abarcador de la amistad, su lealtad a toda prueba y su gran sentido del humor.

Con todos esos atributos distintivos que lo han identificado toda la vida, Hernando López llegó a convertirse en uno de los amigos cercanos del Che. Quizás debido a su gran sensibilidad, fue uno de los que más sufrió la desaparición física del Comandante Guevara.

Han pasado cuatro décadas y Hernando siente la misma admiración y respeto por su jefe que cuando estaba junto a él, en los años en que tuvo el privilegio de ser su ayudante personal y de apoyarlo en las arduas labores administrativas de aquella inolvidable etapa de nuestra historia.

Mi amigo no es de los que más han exteriorizado sus valiosos recuerdos sobre el Guerrillero Heroico, durante todos los años transcurridos desde su muerte heroica en tierras de Bolivia.

Muchas son las anécdotas que Hernando se reserva sobre el Che. A fuerza de ruegos he logrado que me narre algunas que para él representan recuerdos imborrables sobre su compañero y amigo.

Como miembro del Movimiento 26 de Julio, casi al final de la guerra de liberación, fue responsabilizado con el traslado de Arnol Rodríguez, jefe de propaganda del Movimiento en La Habana, que acababa de salir de prisión, hasta la ciudad de Santa Clara en la provincia de Las Villas. Desde allí Arnol continuaría, con el apoyo del Movimiento, hasta la ciudad de Santiago de Cuba, capital de la antigua provincia de Oriente. Tan pronto arribó a su destino, Arnol fue apresado nuevamente al encontrarse con un esbirro de la tiranía que conocía sus actividades revolucionarias.

Significo que Arnol Rodríguez, en 1958, fue uno de los participantes del comando que llevó a cabo, en La Habana, el secuestro del campeón mundial de automovilismo Juan Manuel Fangio.

Adicionalmente, Hernando debía establecer contacto en Santa Clara con Bonifacio Hernández, responsable de propaganda del 26 de julio en Las Villas y por esa vía subir a las montañas del Escambray, donde se encontraba el Che.

La idea era aprovechar aquella oportunidad para fotografiar a los integrantes de la Columna 8 Ciro Redondo bajo el mando del Che y, dentro de lo posible también, algunas acciones de la guerrilla.

Una vez establecido el contacto con la columna guerrillera, Hernando fue guiado hasta ella, junto con una compañera simpatizante del movimiento revolucionario. A su llegada a un lugar llamado Manaquitas conoció al Comandante Guerrillero.

Pocos días después Hernando fue llamado por el Che para fotografiar las acciones que se llevarían a cabo para la toma del poblado de Fomento, tarea que realizó hasta el día de liberación de dicho pueblo.

Luego de aquella acción, la Columna 8 Ciro Redondo continuó liberando ciudades hasta la toma victoriosa de la ciudad de Santa Clara.

Años después del triunfo y cuando ya el Che se encontraba al frente del Ministerio de Industrias, Hernando llegó un día a su oficina y se encontró al Comandante dedicado a la lectura de una revista francesa.

Entre las noticias que leía el Ministro se encontraban las declaraciones de un traidor a la Revolución, muy conocido en el Ministerio de Industrias por haber trabajado hasta pocos meses antes en dicho organismo.

El Che comenzó a leerle a Hernando lo expresado desde el exterior por el traidor de marras. Hablaba pestes de varios líderes de la Revolución. En el caso del Che, comenzaba haciendo alusión a su austeridad personal, su espíritu de compañerismo y a lo equitativo que era cuando repartía de forma igualitaria los pocos alimentos existentes entre todos los guerrilleros de su columna.

A partir de esos “reconocimientos” se explayaba en críticas llenas de veneno contra el Che, calificándolo del peor de los comunistas y otras sandeces.

Cuando terminó su lectura, Hernando le salió con una de sus críticas, manifestándole en tono burlón: “Chico, yo no creo que tú fueras tan equitativo como dice este traidor en sus declaraciones tendenciosas, porque la noche de la toma de Fomento, tú estabas en lo que fue la comandancia, te trajeron comida y mientras que comías, yo tenía un hambre del carajo y no me brindaste, ni a mí ni a mi compañera”. El Che le respondió de inmediato a Hernando: *Eso es verdad, pero también es que tú ibas con una compañera y no me la brindaste tampoco.*

Después del triunfo, pronto comenzaron los ataques enemigos. Entonces, el Gobierno Revolucionario se vio obligado a adquirir armas en el exterior.

Todos los miembros del Ejército Rebelde andábamos a la caza de algunas de las nuevas armas recién llegadas al país. De Checoslovaquia se recibieron unas metralletas que resultaban bastante peligrosas ya que se disparaban tan sólo por un estornudo de sus portadores.

Hernando López cuenta lo que sigue:

Me fui a ver al Che solicitándole una de aquellas metralletas checas, diciéndole: “No hay cosa que me joda más que pedirte algo”, respondiéndome al instante: *Y a mí tener que dártelo.* De todas maneras, seguí insistiendo con lo de la metralleta y él negándose, argumentando que eran muy peligrosas. Ya molesto le dije: “Tú llevas muy recio a tu gente”. *Yo no tengo gente,* respondió de inmediato, y continuó: *ahora resulta que yo siempre soy el malo de la película. Algunas veces hay que imponer la disciplina aunque sea duro para uno.*

Llegado a este punto, Hernando hace especial énfasis en un breve relato que le hiciera el Che en esos momentos. Lo sucedido relacionaba al Comandante con la leyenda de hombre duro que se

había creado alrededor suyo. Le contaba, con la pena reflejada en el rostro, que al final de la invasión a Las Villas, su tropa mostraba un gran agotamiento y le preocupó que se pudiera producir un resquebrajamiento de la disciplina. Delante de él caminaba un muchacho, muy joven, que era uno de los más retrasados, y expresaba el Che:

Al observar como estaba, lo empujé con el caballo y el muchacho cayó en el fango boca arriba, mirándome fijamente. Jamás olvidaré la mirada de reproche de aquel combatiente.

Lo narrado, con evidente dolor, a su amigo, es fiel expresión de los nobles sentimientos del Che, aunque en ocasiones se viera obligado a demostrar lo contrario.

Como ya es conocido, estando el Che de presidente del Banco Nacional de Cuba, éste le encargó a Hernando que hiciera los dibujos para los nuevos billetes de banco que circularían en el país, cuando se hizo el cambio de la moneda.

El dibujante conoció cuál era el objetivo de sus dibujos cuando ya los billetes estaban en circulación. Cuenta que

estando un día con el Che, le dije: “Mira, Che, no me tires a bonche [broma] por lo que voy a pedirte. ¿Tú crees que pueda tener constancia de que yo participé con los dibujos para el cambio de la moneda?”. Vi en su cara una sonrisa picaresca. Salió de su despacho, donde nos encontrábamos, pasando por la oficina de Manresa, su secretario, y continuó hasta otro local.

Yo estaba seguro de que regresaría y que iba a tener una respuesta jodedora de su parte. Efectivamente, volvió a pasar por donde estaba su secretario, y en un tono grandilocuente, como de actor de teatro, le dijo: *Manresa, hazle un pergamino a Hernando donde se haga constar que por desconfianza política nunca le dije para qué eran los dibujos.* Continuó riéndose a carcajadas, hasta su despacho. Yo también tuve que reír, pero antes de entrar hizo un giro hacia Manresa, diciéndole con toda seriedad: *Manresa, haz la carta que quiere Hernando.*

Lo cierto fue que Manresa le pidió colaboración al economista chileno Jaime Barrios, que trabajaba como asesor del Banco, para que redactara la carta. Jaime luego pasó a otras funciones y más tarde se marchó a Chile donde años después fue asesinado a raíz del ataque pinochetista al Palacio de la Moneda.

La carta de Hernando nunca se llegó a redactar.

Continúa el ayudante del Che su relato, haciendo referencia a un hecho que califica como una de las muestras más expresivas del alto sentido de compañerismo de quien fuera su jefe:

Regresaba con él de la provincia de Matanzas y pasamos tan sólo a una cuadra de la casa de mi padre. Pasados unos minutos le comenté que hubiera deseado que llegáramos a mi casa, para que conociera a mi viejo. Entonces me dijo: *La próxima vez que venga a la provincia, vamos a ver a tu padre.*

Pasado un tiempo, mi viejo enfermó y fue necesario ingresarlo en el hospital Calixto García, para someterlo a una operación.

Estando convaleciente, pero con gravedad, le hablé al Che para que fuera a visitarlo; entonces me expresó, como aconsejándome:

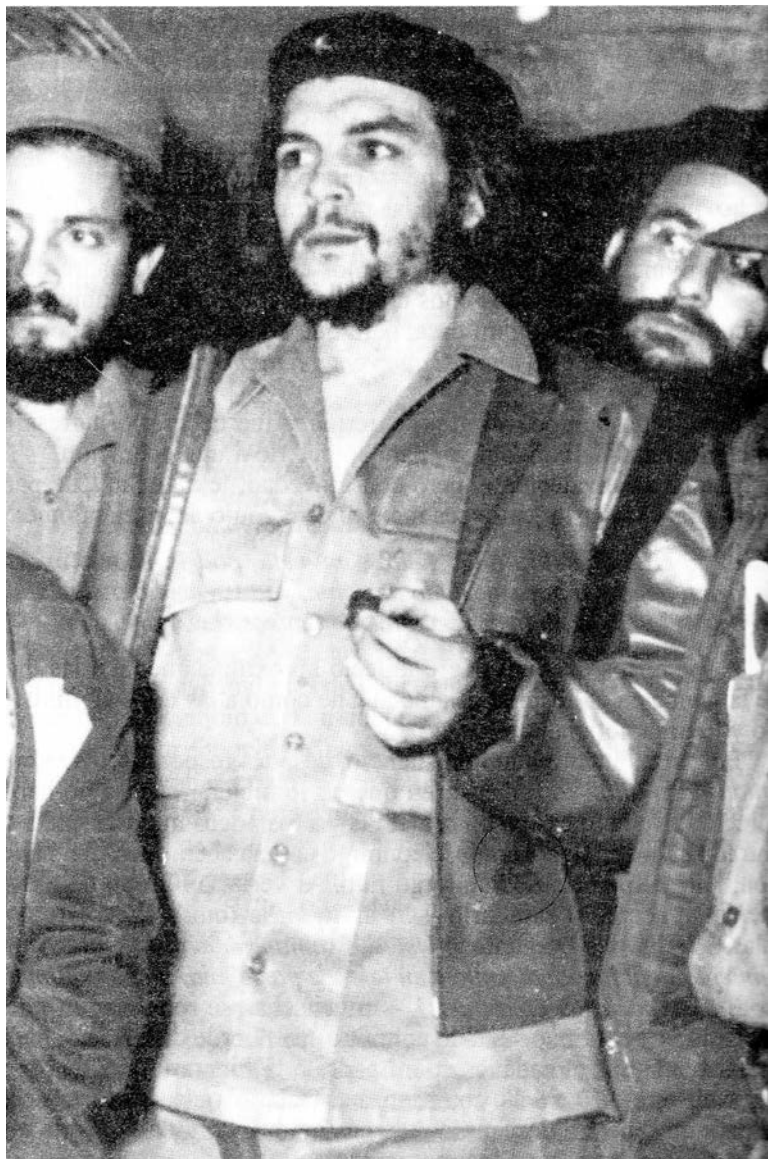
Mira, yo creo que si lo hago ahora, mi visita podría impresionarlo de forma negativa por su estado de salud; yo te prometo que cuando regrese a la casa, una vez restablecido, vamos a visitarlo.

A los pocos días, mi padre falleció aproximadamente a las diez de la noche en el hospital. Llamé al Che como a las doce al Ministerio y le di la noticia.

Por un momento hubo un silencio, después respondió: “Voy enseguida para allá”. Yo le insistí en que no lo hiciera, que ya no había solución. No hizo caso a mis palabras y a los pocos minutos hacía su entrada al hospital, y se sentó conmigo en una acera fuera del pabellón. Allí permanecemos un largo rato. Al verlo, un grupo de enfermeras se acercó a saludarlo y lo invitaron a tomar chocolate con ellas. El Che les preguntó: *¿Ustedes toman chocolate?, ese es un alimento deficitario. Díganle a su jefe, de parte mía, que ese alimento es sólo para los enfermos.* Las muchachas

se retiraron un poco apenadas. Él continuó sentado conmigo en el borde de la acera, hasta que trasladamos el cadáver de mi padre a la funeraria, donde quiso pasar el resto de la noche con nosotros. Trabajo me costó convencerlo para que fuera a descansar. Además me brindó toda la ayuda que fuera necesaria en aquellos momentos.

Poco después conocí, por otros compañeros, que el Che había comentado, con mucha pena, las veces que había prometido ir a conocer a mi padre y no pudo cumplir aquel compromiso.



Alberto Castellanos, El Che, Hernando López
y Hermes Peña (caído en la guerrilla de Salta)

EL AMIGO DELATOR

Dentro de las acciones más repudiables consideradas por los cubanos está la de que alguien se dedique a transmitir informaciones relacionadas con los asuntos personales de otros. Eso es a lo que tradicionalmente se le ha llamado “echar pa'lante” a una persona.

Tal mala costumbre de algunos ha hecho que cuando sucede algún caso de ese tipo, la gente complementa el calificativo de esa mala acción, pronunciando la frase “lo echó pa'lante, como un carrito de helados”.

Una noche calurosa del verano de 1961, alguien a quien consideraba mi amigo me “echó pa'lante” con el Che de la forma más “cariñosa” que nadie pudiera imaginarse.

Me encontraba a las once de la noche en mi oficina del Ministerio cuando una conocida amiga que acababa de graduarse en la Universidad de La Habana, me llamó por teléfono para invitarme a cenar con motivo de su graduación.

Me informó que tenía hecha una reservación en el restaurante El Monseñor y que en una hora aproximadamente podríamos cenar y volver a mi trabajo. Por suerte aquella noche no estaba sobrecargada de reuniones, como en otras ocasiones, y decidí darme una escapadita al famoso restaurante, que tenía los atractivos de

contar con buena gastronomía y la presencia del popular pianista Bola de Nieve, que actuaba todas las noches en aquel lugar.

El programa anunciado por mi amiga se cumplió con toda puntualidad. Salimos del restaurante, conversamos unos minutos fuera, ella tomó su auto y yo me encaminé al mío para regresar al Ministerio. A la una de la madrugada ya estaba en mi oficina continuando mi acostumbrada jornada nocturna.

Pasado un rato de mi llegada, el Che me llamó por el intercomunicador interno solicitándome que me presentara en su oficina. Tan pronto entré me indicó que me sentara y poniendo cara paternal y sonriente me expresó lo que sigue:

Te he llamado para advertirte de algo, anticipándote que lo hago como compañero y no como Ministro. ¿Por qué si tienes una novia con todas las formalidades para casarte con ella, y lo has anunciado, te estás exhibiendo con otra muchacha por la calle? Te acaban de ver saliendo de El Monseñor con ella y si tu novia se entera te vas a buscar un conflicto. No es para que te enojés, pero te sugiero meditar sobre el asunto.

La bomba que me había lanzado causó su efecto, no obstante sus advertencias. De entrada le pregunté quién había sido el hijo de puta que le había informado del asunto. Me miró con cara de picardía, afirmando: *Pues no te lo voy a decir.*

Tuve que reírme ante su expresión y le prometí firmemente que yo me encargaría de averiguarlo. Ya cuando salía de la oficina, siguió bromeando y asegurándome que no daría con el delator, que además, según él, aunque no era para elogiarlo, no creía que lo había hecho con mala intención.

Al día siguiente comencé mis investigaciones. Lo primero que se me ocurrió fue dirigirme a Manresa, el secretario del Ministro, para que me informara quién había visitado a su jefe durante las horas fatídicas ya explicadas. Estaba convencido de que si contaba con esa información tendría en mis manos al autor del hecho, pero ocurrió lo de siempre: Manresa me miró de frente y

haciéndose el desinformado me contestó que allí no había estado nadie a esas horas de la noche.

A partir de ese momento me convertí en Hércules Poirot, el famoso detective creado por Agatha Christie, y puse mis entenderas en función de analizar todos los pasos que había dado desde mi entrada al restaurante hasta mi salida para el Ministerio. Pronto, la reconstrucción de los hechos me llevó a la conclusión de que no existía ninguna persona sospechosa dentro del lugar, que le pudiese haber informado al Che.

Luego reconstruí la salida, la conversación durante unos minutos con mi amiga en las afueras del restaurante, para continuar hasta el momento en que abrí la puerta del auto para retirarme. Justo en esa punta del análisis vi la luz y recordé que cuando me despedía de la amiga y me dirigía al auto, había pasado un médico amigo que me había saludado muy eufórico. Até algunos cabos más, como la presencia del galeno en el Ministerio por algunas funciones de su profesión y me convencí absolutamente de que ése era el “delator”.

Tan pronto me fue posible me presenté ante mi jefe y le informé de los exitosos resultados de mis pesquisas. Reconoció que había dado en el blanco y entonces me explicó en más detalle cómo le había llegado la información.

Efectivamente, su colega lo había visitado la noche anterior. Según me explicó, el informante hizo algunos “elogios” sobre el agotador trabajo que realizábamos y que le había parecido muy bien el haberme encontrado en compañía de una bella muchacha saliendo de El Monseñor unos minutos antes. El Che me pidió que no fuera a provocar ningún incidente con el médico “comunicador” y que me olvidara del asunto, que no valía la pena.

Como sabía muy bien que mi jefe detestaba esas deslealtades, seguí sus recomendaciones parcialmente, ya que del asunto no me he olvidado hasta ahora. Siempre he considerado que aquel médico violó el código de ética de entonces y también el juramento hipocrático, ya que por menos de lo que él hizo cualquiera pudo ir a parar a un hospital en malas condiciones físicas.

Tampoco olvidaré la actuación del Che como jefe y amigo, advirtiéndome con tono bromista, pero con la carga educativa necesaria, sobre algo muy personal que pudo ser mal entendido, y que ya formaba parte de la nueva ética que debíamos practicar.

LA ÓRDENES SE CUMPLEN

Me encontraba en recorrido de trabajo por Santiago de Cuba cuando arribó el Che a la Ciudad Heroica a bordo del avión del Ministerio de Industria. Asistiría a una reunión con los dirigentes del gobierno de dicha provincia.

Aproximadamente a las cuatro de la tarde terminó el encuentro y acompañé a mi jefe al aeropuerto para su partida con destino a La Habana.

El avión estaba situado a un extremo de la pista donde normalmente se ubicaban las naves no comerciales, por lo que debíamos entrar por una puerta lateral más cercana al avión. En dicha puerta estaba situado un soldado a cargo de la seguridad del lugar.

Cuando nuestro autos se detuvieron frente al soldado, solicitándole permiso para pasar, éste respondió que no estábamos autorizados para hacerlo por allí, que deberíamos entrar por la terminal del aeropuerto por donde lo hacían los pasajeros de los aviones comerciales.

El jefe de la escolta del Che se bajó del auto y dirigiéndose al soldado le explicó que se trataba del Comandante Guevara. El soldado respondió que el conocía perfectamente al Che, que lo lamentaba

mucho, pero que por allí no podía pasar que él cumplía órdenes superiores y que no podía incumplirlas de ninguna forma.

Nuestro Ministro llamó al jefe de la escolta y le exigió que subiera al auto para dirigirnos a la terminal como nos había ordenado. Los demás miembros de la escolta que nos acompañaban protestaban airadamente por la actitud asumida por el soldado. El comentario hecho por el Che, en esa oportunidad, lo dice todo: *Ojalá que todos los soldados sepan actuar como ese muchacho. Cuando se da una orden militar, sin excepción, hay que cumplirla.*

TAQUÍGRAFO, TRADUCTOR Y REVOLUCIONARIO

El Che, como cualquier otro ministro o alto dirigente del Gobierno, tenía que hacer uso con frecuencia de un intérprete para sus encuentros con personalidades diplomáticas o personas de otras lenguas que lo visitaban. En el caso del idioma francés no era necesario el auxilio del intérprete ya que el Comandante Guevara lo hablaba con fluidez.

Para el caso del inglés, el Che se apoyaba en Eugenio Busott, que aunque ocupaba un cargo de director en el Ministerio de Industrias, también le hacía de intérprete para algunas entrevistas, o de traductor de sus artículos o discursos, cuando lo requería.

Busott, además de meticuloso en su trabajo, sentía un gran respeto y admiración por el Che. No concebía que alguien que no fuera muy allegado al Comandante se permitiera determinadas confianzas con él sin la debida justificación. Esos rasgos de su personalidad le crearon ciertos momentos difíciles en su labor como intérprete o traductor.

En ocasión de una entrevista del Che con un visitante procedente de Gran Bretaña, este último tuvo un comportamiento en sus conversaciones con el Ministro que Busott consideró que no estaba

a las alturas de la educación y tradición inglesas. Molesto ante esa situación, Busott decidió agregarle algunas palabras de su cosecha a las expresadas por el Che a su visitante. Todo con marcada intención, para frenar el comportamiento observado.

Aunque el Comandante no hablaba perfectamente el inglés, era capaz de entenderlo sin la mayor dificultad y, de inmediato, le exigió a Busott que se limitara a traducir exactamente lo expresado por él.

Al retirarse el visitante, el interprete justificó su actitud ante el Comandante con las siguientes palabras:

Comandante, le pido excusas por tomarme el atrevimiento de agregar algo a lo que usted había expresado, pero no pude contenerme. Ese señor no sería capaz de comportarse ante la Reina de Inglaterra como lo ha hecho con usted.

Entre otros recuerdos inolvidables de Busott está lo sucedido en los primeros días de diciembre del año 1964 cuando el Che le dictaba el discurso que debía presentar como delegado de Cuba ante la XIX Asamblea General de las Naciones Unidas.

En esta oportunidad, Busott actuó como taquígrafo de su jefe. El caso es que el Che se encontraba en un momento de máxima inspiración y, según Busott, sus palabras fluían con tal facilidad, profundidad y belleza que él se quedó extasiado escuchando al Comandante sin tomar dictado alguno.

Al cabo de unos minutos el Che reaccionó sorprendido y dirigiéndose a su taquígrafo le gritó:

Coño, Busott, ¿qué te sucede que hace unos minutos que no escribes nada? ¿Te has quedado dormido?

Si buena fue la pregunta, mejor fue la respuesta:

“No, Comandante, estoy totalmente despierto, lo que sucede es que es muy difícil ser taquígrafo y revolucionario al mismo tiempo”.

El Che echó una carcajada y muy a su pesar tuvo que retomar su discurso, nuevamente, para que pudiera ser tomado por su eficiente taquígrafo.

DELEGADO PROVINCIAL

Las delegaciones provinciales del Ministerio de Industrias jugaban un importante papel en la concepción organizativa que el Che había implantado con vistas a mantener el equilibrio adecuado entre los conceptos de centralización y descentralización de las funciones de dirección.

Los delegados eran los responsables de garantizar la coordinación de la política del Ministerio con las distintas autoridades a ese nivel. También tenían subordinadas algunas industrias locales, que por el volumen de su producción y área de consumo de sus productos no resultaba lógico subordinarlas a empresas de nivel nacional.

Al actuar con ese tipo de representación en cada provincia, los delegados tenían un nivel de autoridad relativamente superior al de los directores nacionales de las empresas industriales. Sin embargo, no tenían facultades ejecutivas para tomar decisiones sobre las fábricas pertenecientes a una empresa nacional que estuvieran ubicadas en su provincia. En tal caso, debían contar con la aprobación previa de los directores correspondientes.

En cuanto a la coordinación con las autoridades locales, el trabajo de un delegado se hacía mas complejo, por cuanto debía saber

conjugar los intereses de la política ministerial y de las empresas nacionales con los intereses de otros organismos representados en la provincia, así como con las proyecciones de trabajo de las organizaciones políticas y de masas a ese nivel.

Obviamente, la máxima autoridad política a nivel provincial era el Secretario del Partido, con quien el delegado debía establecer una estrecha relación de trabajo a fin de cumplir con las funciones asignadas por el Che nacionalmente y recibir y cumplir las orientaciones políticas provinciales.

Por la gran cantidad de trabajo que debían desarrollar los delegados y por lo complejas que resultaban sus funciones, algunos bromistas decían que para ser delegado del Ministerio en una provincia era necesario estar graduado de “malabarista”.

Cuando por cualquier razón surgían problemas de coordinación a nivel provincial, el Che le exigía cuentas en primer lugar a su delegado. Otras veces el propio delegado podía ser cuestionado por las autoridades provinciales si no era capaz de ejercer sus funciones con la capacidad e inteligencia que requería su cargo.

Esta última situación fue la que se produjo a mediados del año 1963 en el caso del delegado del Che en la provincia de Matanzas. Fue precisamente la organización provincial del partido la que cuestionó el trabajo del delegado, presentándole al Che sus quejas sobre un conjunto de deficiencias de su representante en la provincia.

Como era su costumbre en casos como aquél, el Ministro se presentó en Matanzas y sostuvo una larga conversación con los dirigentes provinciales del partido acerca de los señalamientos a su delegado. Al final de aquella reunión de análisis, el Che no quedó convencido de los argumentos expuestos por los compañeros del partido y planteó la necesidad de hacer una investigación más profunda sobre el particular, comprometiéndose a ordenar la realización de ésta y volver a reunirse con ellos cuando se tuvieran los resultados correspondientes.

Pocos días después, el Che solicitó reunirse nuevamente como lo había anunciado. Ya contaba con los resultados de la investigación en sus manos. Sus palabras iniciales en este segundo encuentro fueron las siguientes:

Después de investigar, en detalle, los señalamientos presentados por el partido en Matanzas contra el delegado provincial del Ministerio de Industrias, he llegado a la conclusión de que ustedes tienen toda la razón. Las deficiencias del delegado son tan o más graves que las señaladas por el partido, por lo que, además de sustituirlo, esto nos servirá de experiencia a todos nosotros en el Ministerio de Industrias para perfeccionar los sistemas de selección para cargos de tan alto nivel de responsabilidad.

Entre los dirigentes provinciales del partido en Matanzas en aquella época y presente en las discusiones, se encontraba Joaquín Benavides, quien actualmente recuerda aquel caso como una prueba más de la acertada política de cuadros que el Che aplicaba en su Ministerio y que luchaba porque fuera extendida a todos los sectores del país.

Benavides era muy joven en aquel entonces y había tenido una participación muy activa en la discusión con el Che sobre el caso de su delegado en la provincia. Al retirarse el Comandante del lugar donde estaban reunidos, Benavides lo acompañó hasta la salida. Fue entonces cuando el Che le preguntó: *¿Y tú qué hacías antes del triunfo de la Revolución?*

Joaquín Benavides había combatido en las filas del Movimiento 26 de Julio en Matanzas y por esa razón tuvo que abandonar sus estudios de Medicina en la Universidad de La Habana. Después del triunfo intentó volver a su carrera en más de una ocasión, pero al tener que asumir distintas tareas de dirección en su provincia, no pudo hacerse médico, y así se lo explicó al Che, muy brevemente. Éste le contestó, acompañando su respuesta con uno de sus gestos irónicos característicos:

Fuiste muy disciplinado, cumpliste con tu deber, eso es verdad, pero si hubieras retomado los estudios de Medicina después del triunfo, sería mejor, ya que ahora hacen falta más médicos que políticos.

Pasó el tiempo y Benavides continuó ocupando otros cargos políticos y de gobierno en nuestro país. En todo ese proceso parece que también fue cambiando su vocación por la medicina, ya que en 1975 recibió el título de licenciado en economía en la propia Universidad de La Habana.

BROMA IRÓNICA

Después del triunfo de la Revolución y ante la necesidad de realizar profundos cambios en la conducción de la sociedad, se optó por la aplicación de nuevos métodos en la administración de la economía del país. En aquellos momentos algunos abogaban por aplicar las experiencias de los demás países socialistas de Europa, y en especial el modelo de dirección económica que se utilizaba en la Unión Soviética.

Entre los defensores del modelo soviético se encontraba Carlos Rafael Rodríguez, quien, al igual que el Che, formaba parte de la alta dirección de la Revolución.

El Che, que había venido estudiando y profundizando acerca de los aspectos teóricos y prácticos de la economía socialista, no compartía el criterio de Carlos Rafael.

El modelo de dirección aplicado en la URSS y los demás países socialistas recibió el nombre de Cálculo Económico, y en él se utilizaban los mecanismos de la ley del valor y del mercado de la sociedad capitalista.

El Che afirmaba que para la construcción de la nueva sociedad y la formación de un hombre nuevo, no se debían utilizar “las armas melladas del capitalismo”. Insistía en que ello conduciría a

un sistema híbrido que facilitaría el regreso al capitalismo. Para ello propuso el diseño de un nuevo modelo, acorde con las nuevas condiciones y las características de la sociedad cubana. A ese modelo se le llamó Sistema Presupuestario de Financiamiento.

Alrededor de estos dos modelos se desarrolló una polémica teórica en la que participaron varios compañeros.

Por esa época Carlos Rafael ocupaba el cargo de presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) mientras que el Che se desempeñaba como ministro de Industrias (MININD).

La dirección de la Revolución decidió que en el INRA se aplicara el modelo de Cálculo Económico en una versión restringida del mismo, y que en el MININD se desarrollara la experiencia con el Sistema Presupuestario de Financiamiento.

Al margen de la polémica conceptual, entre el Che y Carlos Rafael existían las relaciones más fraternales. Con frecuencia los dos ministros intercambiaban bromas sobre las ventajas de cada uno de los dos sistemas que defendían.

En una oportunidad, Carlos Rafael invitó al Che a un recorrido por la provincia de Pinar del Río con el objetivo de que el Ministro de Industrias conociera algunos logros del Sistema de Cálculo Económico en la agricultura.

Poco tiempo después de la muerte del Che, Carlos Rafael me contaría las incidencias de aquel recorrido con su compañero y amigo.

El Che aceptó gustoso la invitación y partieron juntos hacia los campos pinareños.

Entre los principales logros que Carlos Rafael decidió mostrarle al Che estaba una gran siembra de pimientos con varias hectáreas de extensión. El Che recorrió la plantación junto a su amigo dando muestras de evidente admiración por los resultados alcanzados en la frondosa siembra de ajíes.

Al final de la visita, Carlos Rafael le pidió al Che que le diera su opinión sobre lo que había presenciado. El Ministro de Industrias puso cara de escepticismo y le respondió:

En verdad, está muy hermosa tu plantación de pimientos, pero como defensor del Sistema Presupuestario de Financiamiento y su único representante en la Tierra, debo decirte que cuando recojas la cosecha sólo obtendrás un gran tonelaje de aire. Los pimientos sirven de muy poco si no están rellenos de carne. Si en lugar de aplicar el Cálculo Económico en la agricultura hubieras implantado el Sistema Presupuestario de Financiamiento, con seguridad me hubieras mostrado una granja ganadera con gran producción de carne para rellenar tus pimientos.

La respuesta del Che no sorprendió a Carlos Rafael, quien estaba bien acostumbrado a las bromas irónicas de su agudo contrinicante. El presidente del INRA tuvo que reír, y como le sobraba agilidad mental para responder, le contestó:

Mi devoción por el Cálculo Económico tiene bases terrenales muy superiores a tu sistema presupuestario y no sólo produce pimientos en abundancia sino que producirá carne suficiente para el futuro.

Pasaron varios años, el Che se marchó al Congo, luego permanecería unos meses en Praga y allí escribió sus famosos cuadernos donde sentenció a manera de afirmación “herética” que la Unión Soviética, con su Cálculo Económico y otras deformaciones, estaba regresando al capitalismo.

Lamentablemente, la sentencia del Che se cumplió: la Unión Soviética se derrumbó arrastrando tras de sí a los países socialistas de Europa.

Lo que no se derrumbó fue la Revolución Cubana, que sigue hoy marchando hacia delante bajo la conducción y el liderazgo de Fidel.

Tanto el optimismo del Che como el de Carlos Rafael Rodríguez demostraron tener bases terrenales, aunque partiendo de puntos de vista diferentes. Cuba continúa produciendo alimentos para su

pueblo, a pesar del bloqueo económico de los Estados Unidos y del derrumbe del socialismo europeo.

La economía cubana se sigue perfeccionando, utilizando muchas de las ideas del Che, que por su vigencia indiscutible son aplicables en la actualidad.

En un momento histórico, los dos reinos —el terrenal y el eterno— libraron una guerra abierta en varios frentes; eso sucedió en el siglo xvii. Hoy, en el siglo xxi, las ideas terrenales del Che renacen con más fuerza que nunca y se han convertido en banderas de lucha en todos los frentes, librando mil batallas contra el imperialismo neoliberal en América Latina y en todo el mundo.

GUSTO ESTÉTICO

Aunque el Che, personalmente, nunca expresó preocupación alguna por su vestuario personal ni por otros detalles que mostraran el más mínimo apego por las cosas materiales, contaba con suficiente cultura y sensibilidad como para saber valorar, con amplio espectro, todo lo que estuviera acorde o pugnara con el buen gusto estético.

Alberto Granado, su gran amigo argentino, nos traslada algunos recuerdos de esos rasgos, en ocasión de presenciar la partida del Che de Buenos Aires para su segundo viaje por America Latina:

Lo veo vestido con la ropa de “fajina” del Ejército argentino, pantalón estrecho, camisa rústica y borceguíes con los cordones seguramente desamarrados, no por un signo de desidia, sino para ser consecuente con su escala de valores, donde el atuendo no es lo más importante.

Esta característica suya sabría conjugarla más tarde con su análisis incisivo a la hora de admirar los murales de Siqueiros y Orozco y luego las fascinantes pirámides aztecas, o cuando en Mérida comienza su descripción de los templos y otras construcciones de la antigua ciudad maya de Chichén Itzá.

Al final de su estancia en México casi todo su tiempo estaría dedicado a los preparativos para la expedición a Cuba en el yate Granma, pero aún en medio de esos trajines revolucionarios, tuvo la suficiente sensibilidad para la evocación poética en los momentos de aquella histórica partida.

Pocos meses después de terminada la guerra de liberación en nuestro país y al ser responsabilizado con el desarrollo industrial en Cuba, puso toda su atención a la exigencia por la calidad de la producción en forma integral. Es decir, desde su calidad intrínseca hasta el diseño externo de los productos.

Luego, en el Ministerio de Industrias, decidiría crear un Departamento de Estudio de Productos dedicado al análisis integral de las nuevas producciones industriales desde su fase de diseño hasta su etapa final de comercialización. Al Departamento se le asignaron importantes responsabilidades orientadas a la satisfacción de la demanda de la población, haciendo énfasis en el desarrollo de una cultura de consumo con amplias aspiraciones estéticas.

Con el diseño del producto se comenzaba la lucha por la calidad. Prácticamente, todos los atributos que hoy se le otorgan al *marketing* de comienzos del siglo XXI, con acepciones diferentes, constituían responsabilidades del Departamento de Estudios de Productos y de sus especialistas.

En no pocas ocasiones el Che puso en función su crítica mordaz al observar un producto sin la calidad adecuada o de pobre diseño industrial.

Si se trataba de artículos de uso personal, especialmente para uso femenino, entonces era más exigente y cuidadoso, siempre alertando cómo apreciarían las mujeres del país el trabajo de nuestras industrias nacionales.

No aceptaba, por otra parte, que como Ministro se le presentaran para toma de decisiones, asuntos relacionados con el diseño de ropa de vestir o cualquier otro producto de la industria ligera que tuviera que ver con el consumo directo de la población. Siempre instruía que el asunto se tratara con los diseñadores u otros especialistas en la materia.

Argumentaba que un Ministro no podía ser el encargado de decidir cómo debían estar vestidos los habitantes de cualquier país y mucho menos las mujeres. Por otra parte, insistía en la preocupación que debía tenerse por parte de las distintas instituciones especializadas a fin de orientar un trabajo educativo que permitiera ir desarrollando, gradualmente, una cultura de buen gusto en la población.

Como observador acucioso que era, expresaba con frecuencia comentarios o hasta burlas sutiles contra el mal gusto estético o cualquier manifestación de ridiculez en algunas personas.

En una de las tantas reuniones del Ministerio de Industrias donde se analizaban los problemas de la calidad, el diseño y la forma de vestir, expresaba:

Hay mujeres que se ponen dos trapitos encima, muy modesticos, y están de lo mejor vestidas, y otras que se ponen setenta collares y cuarenta cosas más y nunca llegan a arreglarse como la gente.

Es bien conocido que, desde muy joven, el Che manifestaba su rechazo por las actividades protocolares y cada vez que podía eludir la asistencia a un acto de ese tipo, lo hacía. Sin embargo, cuando ya ocupaba cargos de alto nivel en Cuba, era casi obligada su asistencia a algunos de ellos en razón de las responsabilidades que desempeñaba.

Cuando asistía a determinadas recepciones de cualquier embajada representada en el país no eludía el intercambio diplomático y sabía practicarlo con el refinamiento y el protocolo establecido, acorde con su cultura y educación de origen.

Por otra parte, como cualquier otro ser humano, el Che hacía notar sus preferencias por platicar o relacionarse con determinadas personas, y ese rasgo suyo pudimos apreciarlo muchos de sus compañeros durante su estancia en Cuba.

Ese tipo de interrelación personal podía observarse en el seno del propio Ministerio de Industrias, o en otros contextos donde se encontrara por razón de su trabajo o de otras actividades cotidianas; cuando asistía a una recepción era muy frecuente que después de

cumplir con las exigencias protocolares, tratara de ponerse en comunicación con aquellas personas que le eran de su agrado. Entre esas personas estaba la compañera Ruby, esposa del compañero Arnol Rodríguez, que en aquellos primeros años ocupaba el cargo de vicescanciller de la República, y que por las mismas responsabilidades que ostentaba tenía que asistir a aquellas actividades.

La afinidad del Che con aquel matrimonio estaba bien justificada: eran dos conocidos combatientes revolucionarios y en más de una ocasión Arnol Rodríguez había tenido que encontrarse con el Che por razones de su trabajo.

También era conocido que al Che le resultaba muy agradable conversar con la esposa de su amigo, no sólo por su amplia cultura, sino por su alto sentido del humor y su particular manera de hacer funcionar su agilidad mental en cualquier plática con él.

Desde su juventud en la Argentina se conoce cómo el Che manifestaba su rechazo hacia todas aquellas personas que hicieran ostentación de pertenecer a las llamadas clases más altas de la sociedad.

Para mostrar ese rechazo, a veces hacía uso de formas muy concretas para manifestarlo, como el conocido pasaje de haber asistido a una fiesta de la alta aristocracia cordobesa con un par de zapatos de distinto color.

En ocasión de una recepción en el Palacio Presidencial en La Habana en los primeros meses del año 1962, el Che llegó acompañado de su esposa y, después de cumplir con los compromisos protocolares, se encontró con Arnol Rodríguez y su esposa Ruby. A los pocos minutos, los dos matrimonios se encontraban enfrascados en animada charla en medio de la recepción.

El Che dio inicio a su conversación con Ruby haciendo alusión a ciertas extravagancias de algunos de los asistentes, como provocándola para disfrutar de su agudas observaciones.

En determinado momento hizo su entrada en la recepción una bien maquillada dama que llamó la atención de algunos de los presentes por su elegantísimo vestuario. El Comandante se dirigió a Ruby y le hizo la siguiente pregunta, acompañada de ciertos movimientos gestuales:

Ruby, tú que eres un poco asíii... —moviendo su mano derecha como dando a entender cierta ambigüedad—, dame tu opinión sobre el mink que luce la dama que acaba de entrar.

Ruby se volvió hacia el Comandante con evidente finura y tomando pose muy formal para la respuesta, le contestó:

“Mire, Comandante, con mucho placer le contestaré su pregunta, pero debo hacerlo en dos partes: en primer lugar quiero decirle que lo de si soy un poco asíii..., dígaselo a su abuela y no a mí, que estoy muy clara”.

Mientras el Che se reía a más no poder, Ruby ensayaba mentalmente la segunda parte de su respuesta, poniendo cara muy seria y distraída, como para que los presentes no se dieran cuenta de aquella curiosa conversación con el Ministro de Industrias.

Luego continuaría explicándole al Che que la cuidadosa selección del vestuario contribuye a transmitir la identidad del personaje que lo usa, así como de la atmósfera donde se desenvuelve la persona que lo porta.

Agregaría que la mayoría de las personas presentes en la recepción, en raras ocasiones se habían visto obligadas a asistir a actividades como aquéllas, por lo que resultaba lógico que, en su momento, se les fuera la mano usando prendas como las que lucía la recién llegada.

Efectivamente, como él afirmaba, lo que usaba la dama era un *mink* auténtico (abrigo de visón americano) que no estaba a tono con el contexto de aquella recepción, ni con el conjunto del vestuario de su portadora.

El Che disfrutaba de la explicación de Ruby conteniendo la risa para no dar muestras de malos modales en la solemne recepción.

Han pasado más de cuarenta años y, al recordar con su narradora este pasaje, ella confiesa que lo que más le llamó la atención en aquella furtiva plática con el Che no fueron sus comentarios burlones, sino la precisión del Comandante Guerrillero al identificar el origen y la calidad del *mink* que vestía la dama objeto de sus observaciones estéticas.

Pocos días después de redactar este pasaje se lo presenté a mi querida compañera y amiga Ruby para que lo revisara y me diera su aprobación para publicarlo. Así lo hizo.

Conocía que estaba enferma de gravedad pero nuestro encuentro transcurrió alegremente como al visitarla en múltiples ocasiones anteriores.

Dos días antes de entregar este libro a la editorial para su publicación, Arnol me llamó por teléfono para informarme que Ruby había fallecido.

La dolorosa noticia sobre su muerte se suma a la de otros seres humanos muy queridos, pero en este caso su desaparición me impactó de manera muy particular por tratarse de una persona por la que siempre sentí un gran cariño y admiración desde que la conocí en los primeros años de la Revolución.



Arnol Rodríguez, el Che y José Manuel Manresa, en Argelia (1965)



EL VIAJE DEL VICECANCILLER CON EL CHE

Arnol Rodríguez fue un activo combatiente clandestino del Movimiento 26 de Julio y, como se ha dicho, llegó a ser jefe de Propaganda de la organización en La Habana. Estuvo preso en más de una oportunidad y después del triunfo de la Revolución ocupó distintos cargos en el Gobierno, hasta ser nombrado vicescanciller de la República en el año 1962, posición que mantuvo hasta 1967.

Arnol aceptó sumar sus recuerdos a los de su querida compañera, y narrar las peripecias de un largo viaje que hiciera con el Che pocos meses antes de que éste se marchara de Cuba rumbo al Congo.

Recuerda que en febrero de 1965 tuvo que viajar a Argelia para una reunión con los embajadores cubanos acreditados en África. Esto hizo que coincidiera allí con el Che, que había regresado de la República Popular China para participar en el Segundo Seminario de Solidaridad Afroasiático, que se celebró en Argel.

El Comandante Guevara participó en la reunión con los embajadores cubanos y al decir de Arnol “les definió con precisión sus funciones y les mostró los aciertos y las debilidades en su trabajo”.

Continúa explicando que el Che realizó en Argel una activa labor diplomática. Fueron frecuentes sus entrevistas con dirigentes

argelinos. Recorrió las calles de la ciudad como un ciudadano común y en más de una ocasión utilizó autos de alquiler para trasladarse.

Sobre esto último, manifiesta:

Ante esos hechos que creía riesgosos para su persona, y cuestionándome cómo trasladarle mi preocupación, se me ocurrió entrarle de forma indirecta y le comenté que por lo visto Argelia había alcanzado una estabilidad política superior a Cuba y que allí existía más seguridad para él que en La Habana.

Arnol expresa que el Che lo miró como sorprendido, pero antes de que pronunciara palabra alguna, él le aclaró:

“Aquí lo vemos utilizar autos de alquiler y andar completamente solo, lo que en Cuba no hace”

El Che cambió su expresión y con reticencia comentó:

Los que pudieran querer hacer algo no tienen condiciones propicias y los que pueden hacerlo, no creo que tengan interés.

Arnol afirma que él pensó que el Che se refería a los norteamericanos y a los franceses.

El ex vicecanciller destaca que la figura del Comandante Guevara siempre lo impresionó por su historia y su carisma, por lo que sentía por él un gran respeto y admiración. Era, nos dice, como si su conducta irradiara una especie de compromiso tácito que inducía a los que lo rodeaban a ser más exigentes consigo mismos.

Esos reconocimientos hacia el Che influyeron de manera determinante para que él se hiciera el firme propósito de no incurrir en ningún error en su papel de acompañante del Comandante.

Confiesa que una de las cosas que más le impresionó desde el comienzo del periplo fue la manifiesta educación y expresión de los mejores modales protocolares por parte del Che: “Actuaba como un diplomático de carrera, a diferencia de muchos de nosotros, que éramos diplomáticos a la carrera”.

El primer percance que enfrentó Arnol con el Comandante fue a la salida de Argel en el propio aeropuerto.

El Che había llegado con anterioridad al salón de protocolo de la terminal aérea y cuando él hizo su entrada, unos minutos después, llevaba un sobretodo y un portafolio en la mano izquierda y un pesado maletín en la derecha.

Arnol trató de localizar a su delegación dentro del conjunto de personas que se encontraban allí, hasta que se enfrentó cara a cara con el Che, que en esos precisos instantes, lo estaba “crucificando” con una mirada acusadora.

El joven vicecanciller se autoexaminó de inmediato tratando de saber a qué se debía aquella mirada de reproche. Su agilidad mental le sirvió de auxilio para darse cuenta de que todo se debía a la sobrecarga que llevaba en sus manos, pues con ellas ocupadas no podría estrechar las de ninguna otra persona.

El vicecanciller se acercó a la ventanilla de la compañía aérea y despachó su pesado maletín con destino a El Cairo, retornando al lugar donde se encontraba el Che junto a otras personas que le acompañaban. El Comandante Guevara mostró una sonrisa y dirigiéndose a él le expresó:

Menos mal que usted se dio cuenta a tiempo; de lo contrario no podría estrecharle la mano a sus colegas diplomáticos a su arribo a El Cairo.

Si de aquel primer incidente salió airoso nuestro vicecanciller, no resultó lo mismo en el segundo y mucho más penoso, sucedido durante una escala en la ciudad de Shannon, en Irlanda del Norte.

Y continua Arnol su relato:

Salimos de Argel y ya en el avión, una de las aeromozas, bella exponente de la mujer egipcia, se vio ganada por la figura del Che, que vestía su habitual uniforme militar de campaña, y al que trató de buscarle conversación ofreciéndole fuego cuando iba a encender su habano, lo que el Che aceptó, no de buen talante, aunque sin dejar de ser amable. Esa escena con sus variantes volvió a repetirse, ya que la nave que nos conducía hizo varias escalas en las cuales el Che dejaba el tabaco apagado en el cenicero del asiento

mientras permanecíamos en tierra para luego encenderlo nuevamente cuando retomábamos el vuelo.

En la segunda ocasión, el Che, muy cortésmente, no permitió la gentileza de la aeromoza. Ante la gentil insistencia de la joven el Comandante explicó que no podía aceptarlo porque se lo impedía su religión. La muchacha, con femenina curiosidad, le preguntó cuál era esa religión. *El marxismo-leninismo*, respondió el Che, seguido de un corto dialogo sobre el socialismo, Cuba y la RAU. La muchacha, si no convencida, pareció complacida y no volvió a insistir en lo de encender el habano.

Durante nuestra estancia en Egipto el Che recibió varios regalos, los cuales entregaba más adelante, por no considerarlos como cosa personal. Solamente lo vimos encariñarse con uno solo de los recibidos: un soberbio gajo repleto de higos que le obsequiaron en el desierto y lo trajo personalmente en la mano hasta Cuba para Fidel.

De El Cairo, el Che y su delegación, salieron para La Habana, vía Praga.

Y continúa Arnol su narración:

En el aeropuerto de Praga se nos unieron Osmany Cienfuegos y Roberto Fernández Retamar, que también regresaban a la isla.

En la última escala, en el aeropuerto de Shannon, tuvimos que permanecer dos días por desperfectos del avión. Por iniciativa del Che, una noche salimos a la ciudad en busca de una película de *cowboys*, que el Comandante quería ver, y que, después de mucho caminar, no encontramos.

Un poco por curiosidad y un poco para matar el tiempo, entramos en una taberna y pedimos una jarra de cerveza para cada uno.

Arnol Rodríguez tomó asiento junto al Che y comenzó a disfrutar de una animada charla con sus compañeros. Como todo cubano, conversador y gestual, a los pocos minutos, el viced Canciller hizo un brusco movimiento con sus manos sobre la mesa y volcó todo el contenido de su jarra de cerveza encima del Che.

Mientras Arnol pedía excusas, totalmente avergonzado, el Che tomaba una servilleta y trataba de secarse su pantalón, manifestándole:

Yo creía que usted era un compañero más decente, ahora todo el mundo va a pensar que yo me he orinado en los pantalones.

Arnol se quedó mudo y no se le ocurrió solicitar otra cerveza. La iniciativa la tomó el Che, quien dirigiéndose al camarero que los atendía, le solicitó otra jarra de la bebida para el vicescanciller. Se volvió hacia su compañero, con la mayor cortesía, y le dijo:

Eso es para que usted vea que yo no le guardo ningún rencor por el baño de cerveza que me ha propinado.



ASCENSO SIN AVISO PREVIO

Desde la comunidad primitiva y desde que surgió la primera división del trabajo hasta el presente, todos los regímenes socioeconómicos, una vez consolidados, establecieron ciertas reglas o procedimientos para los ascensos a determinados cargos públicos o privados dentro de las jerarquías establecidas.

Sólo las revoluciones profundas en sus inicios se han visto obligadas a romper en ocasiones con esas tradiciones. La Revolución Cubana no fue la excepción de la regla.

Como se conoce, en los primeros años carecíamos de personal calificado para determinados cargos y fue necesario improvisar, nombrando y ascendiendo a muchos inexpertos.

La historia también demuestra que cuando una persona es reconocida con un ascenso a un cargo superior, por lo general, le sirve de estímulo, ya sea desde el punto de vista moral o material.

En el año 1964, pocos meses antes de que el Che se marchara de Cuba, me sorprendió con el anuncio de uno de esos ascensos que rompen las reglas tradicionales. Me llamó un día a su casa y me informó que la noche anterior me habían nombrado Ministro de la Industria Azucarera. El autor de la proposición para ese

nombramiento había sido él mismo y me lo estaba informando en aquellos momentos.

Cuando le riposté, manifestándole que no se me había consultado para conocer sobre mi aceptación o no para ese cargo, me contestó irónicamente: *Vamos, que un carguito de Ministro le gusta a cualquiera*. En verdad, aunque aquello representaba un estímulo moral para mí, me dolía sobremanera abandonar el querido Ministerio de Industrias.

A partir de aquel momento me sumergí en mi trabajo con la mayor pasión, pero nunca me sentí con los atributos de Ministro que oficialmente se me habían otorgado. Quizá los errores que cometí, que pienso fueron muchos, tuvieron algo que ver con esa actitud.

El Che, a quien siempre he considerado como un clásico en materia de dirección, aplicó un método muy particular en sus relaciones conmigo a partir de mi nombramiento.

Me trataba como un colega más del Gobierno y, en no pocas ocasiones, utilizaba sus bromas irónicas para reforzar las formalidades de mi “independencia” administrativa en las nuevas circunstancias. Los ejemplos que siguen ilustran esta afirmación.

Un mes después de mi designación, los “azucareros” acordamos retar al Che como Ministro de Industrias a una campaña de trabajo físico para demostrar cuál de los dos organismos hacía más horas de trabajo voluntario en un semestre. A ese reto se unió el Ministerio de Justicia con el Ministro Alfredo Yabur al frente.

El Che aceptó el reto y propuso que fuera formalizado en un acto en la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), donde se firmaría el acuerdo sobre la competencia fraternal entre nuestros organismos.

Al acto asistieron todos los trabajadores de los tres Ministerios y el ambiente vibraba de entusiasmo, en espera de las palabras del Che. Comenzó expresando:

Nos reunimos con el compañero Borrego, del Ministerio de la Industria Azucarera; con el compañero Yabur, del Ministerio de Justicia, que es especial para trabajar en labores manuales, porque ya es la ligazón completa del trabajo no productivo, el trabajo de

los servicios, el trabajo intelectual, con el trabajo productivo, y regentado por la CTC, que orientó y dirigió eso, establecimos un comunicado conjunto entre nosotros cuatro(...) Ya el compañero Borrego, como un mal hijo del Ministerio de Industrias, ha retado a sus padres y ha establecido ahí un tremendo reto de batallones voluntarios.

Confieso que aquella broma fraternal en la que me calificaba como un mal hijo del Ministerio de Industrias la recibí con un raro sentimiento de nostalgia hacia mi querido trabajo anterior al mando del Che en aquel organismo.

Tres meses después volvería a hacer patente su refinada ironía en relación con mi nuevo cargo.

En su viaje por África, durante una breve estancia en Roma, me envió una tarjeta postal del Coliseo con la siguiente lectura:

Ministro:

*Me complace en presentarle mis respetos
desde la ciudad eterna y desearle
una feliz zafra y próspera limpia.
Che*



Tarjeta postal del Coliseo enviada desde Roma,
por el Che, a Orlando Borrego

A lo largo de toda su vida, el Che dio muestras de una excepcional voluntad por la superación permanente. Cuando ya ocupaba importantes cargos en el Estado cubano, distribuía su tiempo de trabajo de tal forma que le permitiera continuar sus estudios en distintas materias.

Tan pronto fue designado Ministro de Industrias sintió la necesidad de estudiar contabilidad para poder analizar la gestión empresarial bajo su mando. Seleccionó a uno de los mejores profesores de contabilidad del país y comenzó a ejercitarse en esa materia con la mayor disciplina y dedicación.

Poco tiempo después se había convertido en un experto analista de los balances financieros, la contabilidad de costos y los estados de pérdidas y ganancias.

Al avanzar en sus estudios de economía, el Che consideró que para ser un buen economista era imprescindible el dominio de las matemáticas superiores. En ese empeño contó con la colaboración de Salvador Vilaseca, un reconocido profesor de matemáticas de la Universidad de La Habana.

Al contar con estudios universitarios, clara inteligencia y gran vocación por las matemáticas, avanzó aceleradamente en sus estudios.

Llegado un momento, su profesor le manifestó que ya le había enseñado todo lo que sabía, por lo que debía continuar con otro profesor. Entonces el Che lo invitó a estudiar programación lineal e investigación de operaciones, materias éstas que ya se consideraban herramientas fundamentales para la organización de la industria y otros sistemas complejos.

Cuando terminó esos estudios le propuso a sus colaboradores más cercanos servirles de profesor de investigación de operaciones, labor que llevó a cabo con la mayor modestia y espíritu de compañerismo.

Entre los colaboradores del Che nos encontrábamos algunos que ni por asomo teníamos el dominio de las matemáticas que había alcanzado nuestro Ministro. En mi caso personal, sólo tenía conocimientos de álgebra elemental, por lo que me dediqué al repaso intensivo de lo poco que había estudiado con el interés de luego adentrarme en las matemáticas superiores. Por ello solicité la colaboración de un profesor para que me apoyara en mis estudios, los cuales realizaba en horas nocturnas ante la imposibilidad de llevarlos a cabo en el horario normal de trabajo.

El Che visitaba mi oficina con relativa frecuencia y cada vez que llegaba a ella se dirigía a la pizarra donde aparecían mis ejercicios elementales de álgebra. Con una sonrisa irónica reflejada en el rostro, tomaba la tiza y comenzaba a hacer correcciones sobre los ejercicios, haciendo comentarios alusivos al carácter tan elemental de los mismos. Simulaba desconocer quién era el alumno que los había desarrollado y comentaba: *Yo no sabía que te dedicabas a profesor de álgebra elemental, pensaba que ya tenías conocimientos de matemática superior.*

Como sabía que aquellos comentarios llevaban su carga irónica, nunca le di el gusto de decirle que el desaventajado alumno era yo. Lo más que se me ocurrió decirle un día fue:

“Como no tuve el privilegio de pertenecer a una familia burguesa que me pagara los estudios universitarios, por eso no pude

alcanzar el alto nivel matemático que tienen otros que sí contaron con esos recursos”.

Me contestó:

Eso lo dices por envidia con esos privilegiados.

Después de la partida del Che de Cuba comencé mis estudios de economía en la Universidad y logré dominar, con no pocos esfuerzos, lo fundamental sobre las matemáticas superiores. Entonces añoraba aquellos encuentros con el Che en mi oficina “burlándose” de mis escasos conocimientos matemáticos.

Fue la fuerza de su ejemplo la que nos impulsó, por tracción paralela, a seguir, aunque con retraso, el camino de la superación personal.



Orlando Borrego, el Che y detrás Harol Anders,
profesor de contabilidad del Che



SAN ANDRÉS 1

Después de terminada su misión en la guerrilla congoleña, el Che permaneció unos meses en Checoslovaquia y luego se trasladó a Cuba para la preparación de la campaña en Bolivia.

Tanto los preparativos del regreso, como el viaje hasta La Habana y la estancia en la isla, se mantuvieron en el más absoluto secreto dadas las implicaciones de aquella operación y la necesidad de garantizar a toda costa la seguridad del Che y de los demás que lo acompañarían en la nueva contienda guerrillera.

Los principales detalles organizativos y el entrenamiento de los combatientes se llevaron a cabo, en lo fundamental, en un lugar llamado San Andrés en la provincia de Pinar del Río. Allí estaban creadas las mejores condiciones materiales y de seguridad para garantizar los objetivos que se había impuesto el Che.

Si alguien me preguntara cuál fue el mayor estímulo moral que recibí del Comandante Guevara en los años que tuve el privilegio de estar a su lado, contestaría, sin dudas de ningún tipo, que el haberme permitido compartir parte de su estancia en San Andrés.

Fueron días inolvidables donde se alternaban las preocupaciones por los preparativos de la salida para Bolivia, los entrenamientos en las montañas, las conversaciones sobre la mejor forma de

construir una nueva sociedad, hasta los detalles de la convivencia entre los combatientes que se encontraban participando de aquella etapa, plena de expectativas para el futuro revolucionario de América Latina.

No hay actividad humana que integre e identifique más a un grupo de hombres que la participación en un proyecto donde ponen en juego su vida, con el objetivo de alcanzar cambios profundos en la sociedad en beneficio de los demás seres humanos.

En el caso del contingente de combatientes cubanos que acompañaron al Che a Bolivia se daba una condición particular: eran hombres que habían participado en la lucha revolucionaria en Cuba, incluyendo algunos que también participaron en la campaña guerrillera del Congo. Sus vidas estaban marcadas por todas las vicisitudes de los combates en montañas y ciudades. Muchos de ellos habían sufrido prisión y pasado por los maltratos en manos de los esbirros de la tiranía batistiana.

En los cuerpos de una buena parte de aquellos jóvenes aparecían frescas las huellas de las heridas de combate en los distintos escenarios donde habían combatido. Todos sin exclusión habían alcanzado una formación política forjada durante la guerra y después del triunfo de la Revolución en Cuba.

Algunos combatientes habían alcanzado el grado de comandante, el más alto dentro de la jerarquía del Ejército Rebelde. También se encontraban los que habían ocupado altos cargos militares o en distintos organismos del Estado. Ninguno de ellos hacía ostentación de esos atributos tan merecidos.

Al llegar a San Andrés hicieron dejación de los méritos pasados para convertirse de nuevo en soldados, dispuestos a reiniciar otra etapa de riesgos y sacrificios en bien de la humanidad.

El programa de actividades diarias en el campamento era intenso y variado, desde prácticas de tiro, largas caminatas por las montañas hasta clases de quechua.

En los tiempos de descanso solían organizarse los más diversos coloquios y en ocasiones se juntaban los más afines para recordar anécdotas de la guerra o para contarse las añoranzas familiares más diversas.

En una de mis visitas a San Andrés formé parte de una de aquellas tertulias, en medio de un bosquecito cercano al lugar donde nos alojábamos.

Unos sentados en los troncos de los árboles y otros en el suelo, escuchábamos las simpáticas narraciones de uno de los compañeros mejor dotados del sentido del humor: Antonio Sánchez (Pinares). Contaba las travesuras infantiles de uno de sus hijos, a quien apodaba el Perezoso.

Pinares le atribuía al muchachito las más ingeniosas respuestas cuando alguien de la familia le hacía alguna pregunta. Toda su narración estaba “condimentada” con los mejores ingredientes hiperbólicos de que es capaz un buen cuentista.

Al lado de Pinares se encontraba, recostado en un tronco, Leonardo Tamayo (Tamayito en Cuba, y luego Urbano, en Bolivia). Este último siempre se ha caracterizado por ser muy avispado, sumamente afectuoso y de marcada sagacidad. En una pausa del relato hecho por Pinares, Tamayito puso en duda ciertas partes de la enjundiosa narración.

Pinares cambió bruscamente la expresión de su rostro y mirando fijamente a su compañero le replicó: “Ven acá, muchachón, entonces tú quieres decir que Perezoso no es tan - tan como yo digo”. “Yo no he dicho eso”, le contestó Tamayito, “lo que quiero decir es que usted, compañero Marcos, le está agregando cosas a lo que hace o dice su hijo, y a mí no me gusta que me metan ‘guayabas’ (mentiras)”.

Pinares perdió la calma y retó a Tamayito para que fuera a conocer a su hijo, oportunidad en que, según él, podría confirmar todo lo que había narrado.

Como ya la discusión entre los dos compañeros se estaba caldeando demasiado, intervino Suárez Gayol (*el Rubio*) para aliviar las tensiones, afirmando que no estaba de acuerdo con el escepticismo de Tamayito y que él consideraba a Perezoso un niño sencillamente genial. Pinares rió satisfecho, miró a su contrincante y señalando a Suárez Gayol, exclamó: “Usted ve, muchachón, éste sí es un hombre inteligente”. Y allí terminó la disputa, que no por interrumpida sería la única entre Pinares y Tamayito.

El Rubio, que no se quedaba atrás en el círculo de los humoristas, aprovechó mi presencia para pedirme que contara un incidente ocurrido pocos meses antes en ocasión del fin de año.

Con el ánimo de cooperar con mi amigo en su labor persuasiva entre Pinares y Tamayito, acepté narrar lo ocurrido.

Un grupo de compañeros “azucareros” habíamos alquilado una casa en la playa de Santa María del Mar para celebrar el fin de año junto con nuestras respectivas familias.

En los primeros años de la Revolución, cuando no todas las personas tenían la experiencia suficiente en el manejo de las armas de fuego, se escapaban con frecuencia algunos disparos provocando accidentes a veces fatales, y, por ello, se había dictado una disposición de no hacer uso de las armas en los festejos de fin de año.

En medio de la música y los tragos esperábamos el nuevo año en la casa de Santa María.

Suárez Gayol, que también era propenso a lo que llamamos el “gatillo alegre” estaba deseoso por disparar sus tiritos cuando llegaran las doce de la noche. Tan pronto se escuchó el Himno Nacional anunciando esa hora, salió al patio de la casa y tomando su pistola hizo varios disparos al aire.

No habían pasado cinco minutos cuando se apareció en la casa un patrullero de la policía con varios agentes indagando quién había sido el infractor de la prohibición. Todos nos miramos indecisos y sólo uno de los presentes trató de justificar la violación basándose en el entusiasmo reinante por las Navidades.

Los policías no se tragarón el discurso y exigían la identificación del responsable. Entonces, Suárez Gayol dio un paso hacia adelante y contestó que él había sido el autor del tiroteo y que se hacía responsable de lo sucedido.

El jefe del operativo policial actuó en consecuencia y le solicitó que lo acompañara a la estación de policía.

La fiesta se paralizó y todos quedamos sumidos en la mayor preocupación por la detención del infractor. La angustia de amigos y familiares era que el detenido no pudiera participar de los festejos después de haber culminado un año de tan intenso y agotador

trabajo. Los comentarios giraban acerca de cuánto demorarían en ponerlo en libertad y si sería sancionado por el hecho cometido.

En fin, se había arruinado la fiesta por aquella indisciplina y, lógicamente, todos nos preocupábamos a más no poder por el detenido.

Entonces ocurrió algo inesperado: por la puerta trasera de la casa se nos apareció sonriente y jubiloso Suárez Gayol, gritando a todo pulmón: “¡Coño, me le volví a escapar a la policía!”, haciendo alusión a ciertas ocasiones en que se había escapado de la policía del régimen de Batista, al ser detenido por sus actividades revolucionarias.

Todo volvió a la calma en nuestra fiesta de fin de año, aunque algunos seguíamos preocupados ante la posibilidad de que la policía volviera por el escapado, en cuyo caso se agravaría su situación. El Rubio explicaba que al llegar a la estación lo hicieron esperar demasiado para atender otros casos similares y entonces decidió tomarse las de villadiego. No sucedió nada más y continuamos el jolgorio sin ninguna dificultad.

Cuando terminé mi relato, éste tampoco resultó creíble para el incrédulo Tamayito, que exclamó: “¡Otra ‘guayaba’, compadre!”.

Las carcajadas de los presentes retumbaron en el bosque. Yo tuve que intervenir nuevamente para aclarar que todo era absolutamente cierto. Tamayito se quedó en suspenso ante la terminación del horario de descanso de ese día.



El Che y Orlando Borrego en San Andrés.
Foto tomada por el Che con una cámara automática

SAN ANDRÉS 2

En otra de mis visitas a San Andrés fui invitado por el Che a una de las acostumbradas caminatas por las resbaladizas montañas de los alrededores. En la tarde regresamos al campamento y luego de un corto descanso, el Comandante decidió hacer una práctica de tiro en una quebrada cercana. Hacia allí nos trasladamos todos y pronto se dio paso a la colocación de varias siluetas en una alambrada para comenzar el ejercicio programado.

En un momento en que por pura casualidad se habían concentrado los hombres para inspeccionar las siluetas, tomé la cámara fotográfica del Che, que la había situado en un árbol y le pedí a los presentes que accedieran a que les tomara una foto. Escuché un “¡ah!” como de rechazo, pero aceptaron mi solicitud.

Me las arreglé para tomarle una al Che solo y cuando intenté tomar otras más, éste me ordenó que terminara, ya que le iba a acabar el rollo fotográfico.

Luego le entregué la cámara sin extraer la película, seguro de que encargaría el revelado a manos seguras y de esa forma, sin que él se lo propusiera, aquellas fotos podrían ser preservadas en Cuba para la posteridad.

Poco tiempo después tuve conocimiento de que aquellas reliquias estaban en manos de Osmany Cienfuegos, quien las guardaba con todo el celo y cuidado que requerían.

Dejo constancia de mi poca o casi ninguna habilidad para la fotografía. Si me animé a tomar aquellas fotos fue porque valoré la necesidad de conservar una constancia gráfica de aquel grupo de revolucionarios que ya estaban a punto de partir hacia Bolivia, llevando con ellos la consigna de vencer o morir por una causa justa. No me lamento de haber tenido aquella iniciativa, ya que no conozco de otras fotos donde aparezca el Che en San Andrés, junto a una gran parte de sus compañeros en plena preparación de sus actividades guerrilleras.

Días después del ejercicio ya señalado se volvió a confirmar mi ignorancia sobre el arte fotográfico. El Che había recibido una nueva cámara, en este caso automática, de manos de la querida compañera Celia Sánchez. Habíamos terminado de comer y nos retiramos al portal de la casa para la sobremesa.

Tenía la nueva cámara en sus manos y la examinaba embelesado.

Estábamos de pie, y yo me encontraba mirando hacia los alrededores cuando escuché que me gritaba repetidamente: *¡Siéntate rápido, siéntate rápido!* Como no me había percatado de qué se trataba, le pregunté qué sucedía. Me contestó, precipitadamente: *¡Qué bruto eres, no te das cuenta que nos están tirando una foto!* Había situado la cámara en el brocal de un pozo frente a dos sillones que estaban al lado de nosotros.

Al percatarme del asunto, me tiré velozmente en uno de los asientos, pero al hacerlo bruscamente éste se quebró por un lado. Nos reíamos del incidente cuando el aparato terminaba su ejecución. El Che se puso de pie y me expresó, lacónicamente: *Para que te quede de recuerdo.*

Si bien aquel gesto me llegó muy profundo como expresión de nuestra amistad, lo recibí como el anuncio de su despedida definitiva. Ya para esa fecha habíamos llegado al acuerdo de que si Fidel lo aprobaba yo me incorporaría a la guerrilla boliviana más adelante, dadas las responsabilidades de trabajo que debía cumplir en Cuba en aquellos momentos. Me había confirmado además

que de aprobarse mi salida me iría en compañía de mi querido amigo Enrique Acevedo, a quien él había seleccionado para la nueva campaña.

En suma, aquella llamada foto de despedida era signo de malos augurios para nuestra soñada partida.

No consideré prudente informarle a Enrique sobre el caso de la foto y nos quedamos esperando un “hasta luego” que nunca llegó a convertirse en realidad debido a todo lo que más tarde sucedió en Bolivia y que ya es suficientemente conocido.

Pasaron los días y comenzaron a salir algunos combatientes hacia sus casas para estar unos días con sus familias antes de partir a Bolivia. Lo hacían en forma relativamente espaciada y en parejas.

Cuando aún quedaba un grupo numeroso en San Andrés se decidió hacer una comida de despedida a la que fui invitado. Se hicieron todos los preparativos gastronómicos al efecto y a mí me tocó ser el intermediario que transportaría una gran caja (preparada con hielo seco) repleta de helados *Coppelia* enviados por Celia Sánchez desde La Habana.

Durante todo el trayecto hasta San Andrés mantenía fijo el presentimiento de que aquella comida de despedida se debía a la partida inmediata del Che.

A la llegada al campamento me encontré a todos los compañeros en plan de actividad festiva.

Llegado el momento del almuerzo, ocupamos asientos alrededor de una larga mesa y todos nos dimos al disfrute del convite. Entre plato y plato no faltaron los chistes de todo tipo.

Cuando casi habíamos colmado apetitosamente nuestros estómagos, llegó el momento de los postres, con una soberbia tanda de helados de distintos sabores. No podía imaginarme que se me venía encima un momento desagradable en ocasión tan particular como aquélla.

Siempre he tenido especial preferencia por los helados y, tratándose de sabores, mi primera selección es por el de fresas.

Ocurrió que entre los comensales de ese día en San Andrés no había muchos que tuvieran una preferencia igual a la mía, de tal forma que el sabor de fresa fue uno de los menos apetecidos. Así

que aproveché la feliz ocasión para ir por la segunda vuelta con los helados.

Tenía al Che sentado frente a mí, y cuando ya comenzaba la maniobra para la nueva provisión de helados, éste se me anticipó advirtiéndome o cuestionándome:

Borrego, no sé por qué te sirves tantos helados si tú te quedas en Cuba. Déjalos para que los compañeros que se van puedan disfrutarlos.

Sentí como que me catapultaban de la silla y percibí que las orejas me ardían. Me levanté de la mesa y me dirigí al corredor exterior de la casa. Allí me senté, respiré profundo y trataba de tranquilizarme cuando escuché la risa de algunos de la mesa que ya habían reaccionado ante el motivo de mi retirada.

A los pocos minutos de estar allí meditando y maldiciéndome por mi error o por mi desmesurado gusto por las fresas, sentí unos pasos que venían del comedor. Pensé que si se trataba de algún bromista que venía a burlarse de mi situación tendría que vérselas conmigo. Pero resultó que era el Che. Me tocó en el hombro y como disculpándose me dijo que había sido una broma, que no había razón para que me enojara de esa manera. Le respondí que esa broma era muy pesada y que no me hacía ninguna gracia. Desvió la conversación y abordamos otro asunto relacionado con la partida de otros dos combatientes que viajarían próximamente a Bolivia.

EL DÍA DE LA PARTIDA

Realizaba lo que suponía era mi última visita a San Andrés en aquellos tiempos. Al acercarse la noche del día anterior a mi llegada, tenía que regresar a La Habana para continuar mis labores cotidianas. El Che me despidió con un abrazo que fue la confirmación de que había llegado el momento de su partida para Bolivia.

Mientras regresaba a mi casa y hasta el día siguiente se agolpaban en mi mente los más controvertidos pensamientos. Me preguntaba si volvería a encontrarme con él y los demás en la nueva campaña, como era mi más ferviente deseo.

Encerrado en mis elucubraciones comencé mi nueva jornada de trabajo y fuera de lo acostumbrado regresé a mi casa más temprano.

Aproximadamente a las ocho de la noche, recibí una llamada telefónica donde se me instruía para que me presentara en una dirección determinada del reparto Siboney. Por las características de la llamada y de la persona que la había hecho, percibí que se trataba de algo relacionado con el Che. En esa época todavía usaba el uniforme militar, pero salí disparado con la ropa de civil con que descansaba en esos momentos.

Al llegar a la dirección indicada, me esperaba un soldado que me llevó hasta una casa un poco alejada de la calle, donde entré sin saber qué me esperaba.

Recibí otra gran sorpresa a prueba de infarto del miocardio. Allí se encontraba Fidel junto al Che, Osmany Cienfuegos, Alberto Fernández Montes de Oca (Pachungo) y otro reducido grupo de compañeros. El Comandante Guevara ya se estaba preparando con la nueva indumentaria que lo llevaría hasta Bolivia. Era la noche de su partida de Cuba.

Todos nos concentramos a escuchar a Fidel que estaba enfrascado en mil preocupaciones acerca de la seguridad del Che y la eventual posibilidad de que pudiera ser detectado en el trayecto hasta su destino.

Llegado un momento, en medio de la conversación, Pachungo me llamó hacia una habitación contigua donde se estaba vistiendo para hacerle compañía al Che en el arriesgado y largo viaje que los llevaría hasta Bolivia. Él era el compañero responsabilizado de la seguridad de su jefe hasta dicho lugar.

Observé la ropa que ya se había puesto y no estuve de acuerdo con unos *jeans* que se acababa de poner. Me pareció un “disfraz” un tanto sospechoso para el viaje y le sugerí que se los cambiara. Accedió ante mi insistencia. Me quité mi pantalón, un poquito más convencional que el de mi amigo y al probárselo le quedó como mandado a fabricar a su medida. Hasta hoy desconozco si viajó con aquella ropa o si sólo aceptó el cambio para complacerme.

Me vestí con el pantalón de Alberto, que además me quedaba corto y nos reintegramos a la conversación con Fidel. El Jefe de la Revolución seguía preocupado por la posible detección del Che.

De pronto Fidel se valió de una de sus dotes de experimentado combatiente clandestino. Dirigiéndose al Che le preguntó si estaría de acuerdo en recabar la presencia de alguien totalmente confiable para hacer una comprobación acerca de su identidad. El Che estuvo absolutamente de acuerdo y sin mostrar la más mínima preocupación. El seleccionado por Fidel fue José (Pepe) Llanuza, muy allegado también al Che, y que desconocía la presencia de este último en Cuba. El Che también estuvo de acuerdo con el compañero seleccionado.

El procedimiento diseñado por Fidel consistiría en que al arribo de Pepe al lugar donde nos encontrábamos, él le presentaría al

Che como si fuera un amigo extranjero que recién había llegado de visita al país. Hecho todos los arreglos del caso, Fidel instruyó a otro compañero para que fuera por Llanuza.

Al rato hizo su entrada en el recinto el conocido y “altísimo” ex basquetbolista. Fidel lo saludó muy formal y de inmediato procedió a la presentación anteriormente planificada.

Llanuza le tendió la mano al Che con circunspección y éste le correspondió con una risa reprimida. Fidel observaba cuidadosamente todos los gestos de los presentados, hasta que el Che “explo-tó” con su risotada asmática, acompañada de una conocida broma al recién llegado. Entonces Pepe lo reconoció y saltando de su asiento, al tiempo que también lo hacía el Che, se intercambiaron un fuerte abrazo. Fidel rió con tranquilidad y, al parecer, se convenció de la efectividad del disfraz adoptado por el Che.

Así terminó nuestra nueva despedida al Che Guevara en tierras cubanas y varios de los que nos reunimos allí nos retiramos cabizbajos, dejando a Fidel ultimando los detalles de la partida de su entrañable compañero de luchas.

Una de las imágenes de toda la época revolucionaria que mantengo más fuertemente grabada en mi memoria, es la de aquellas últimas horas del Che en Cuba junto a Fidel. En un segundo plano permanecen imborrables, entre otros, los recuerdos específicos de la última foto en San Andrés, con su cámara automática, y el curioso incidente de los inoportunos helados de fresas.



El Che, junto a Fidel y el autor horas antes de su partida para Bolivia
(foto hasta ahora inédita)

AMOR A SU FAMILIA

En *El socialismo y el hombre en Cuba*, escrito en 1965, el Che expresa:

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizá sea uno de los grandes dramas del dirigente: éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita.

Los dirigentes de la Revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la Revolución a su destino; el marco de los amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de la Revolución. No hay vida fuera de ella.

En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad pa-

ra no caer en extremismos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización.

Personalmente considero que en este fragmento de la ya famosa carta a Carlos Quijano, el Che expresa lo más profundo de sus sentimientos como ser humano y como revolucionario.

Cuando se encontraba en San Andrés y en ocasión de estar discutiendo algunos problemas relacionados con ciertos aspectos teóricos sobre la construcción de la nueva sociedad, me expresó un día que consideraba *El socialismo y el hombre en Cuba* como uno de sus trabajos más acabados.

A propósito de lo escrito por el Che en este fragmento guardo, entre mis recuerdos, un hecho que me impactaría de tal forma como para considerarlo uno de los que más me impresionó desde que lo conocí. Sabía del amor del Che por su mujer y sus hijos. También había observado durante años cómo era capaz de conjugar el concepto del amor a la humanidad y a la causa revolucionaria con el amor hacia sus seres más queridos.

El tiempo dedicado por el Che a su familia era, como se conoce, muy poco. Prácticamente, disponía solamente de un mediodía a la semana para estar junto a su mujer y sus hijos. Sin embargo, buscaba cualquier oportunidad posible para estar junto a ellos cuando el trabajo se lo permitía.

A su hija mayor, Hildita, la hacía venir al Ministerio con relativa frecuencia y en no pocas oportunidades se hacía acompañar de ella en sus visitas a algunas fábricas o al trabajo voluntario los fines de semana. Igualmente lo hacía con Aleidita y Camilo, en la medida en que fueron creciendo y lo podían acompañar a esos lugares. En su oficina del Ministerio de Industrias siempre lo acompañaron dos fotos situadas en la pared a las espaldas de su mesa de trabajo: la de su entrañable compañero guerrillero Camilo Cienfuegos y la de su hija Hildita.

Todos los allegados al Che pudimos constatar el gran amor que le transmitía a sus hijos y la ternura con que les expresaba su cariño.

Cuando el Che se marcha de Cuba con destino al Congo, sus hijos Celia y Ernesto eran muy pequeños, la primera con dos años y el segundo, recién nacido. Terminada la campaña en el Congo regresa a Cuba. Hacía un año que no veía a sus hijos.

Es de suponer lo que significaba para un padre amoroso como el Che, volver al lugar donde se encontraban sus hijos y no poder compartir todo el tiempo con ellos como lo deseaba. Los dos mayores, Aleidita y Camilo, podían reconocerlo.

Aquí se hace patente el carácter indivisible de su amor por la humanidad. Adora a sus hijos, pero no puede anteponer el amor por ellos al de la causa por la que ha de luchar hasta los últimos días de su existencia.

El Che sufrió ese dolor durante los primeros meses que permaneció en Cuba. Al final de su estancia en San Andrés, decidió hacer venir a su pequeña hija Celita y a Ernesto para pasar unas horas con ellos. Por supuesto que los niños no podían reconocerlo, no sólo por su corta edad, sino porque para esa fecha ya él había cambiado parte de su fisonomía.

Precisamente en una de mis últimas visitas a San Andrés, coincidí con la estancia de Celita junto a su padre en aquel lugar.

Poco antes, en una carta a sus padres, el Che les expresaba que se había forjado una voluntad con delectación de artista. Aquel día pude confirmar lo verdadera que resultaba esa frase. El Che jugaba con la niña, con todo el amor de un padre, que había soportado una larga ausencia sin verla, al igual que a sus demás hermanos.

Observé aquella escena entre padre e hija y me caló profundamente. En ningún momento pude observar un gesto de flaqueza en su rostro. Era consecuente con lo expresado un año atrás en *El socialismo y el hombre en Cuba*.

Casi al final de su estancia en la isla estuvo unas horas con todos sus hijos, menos con Hildita que era mucho mayor. Para entonces había cambiado totalmente su fisonomía, pero no podía cambiar su condición de padre ni el amor incommensurable a sus hijos. Su gran amor a la humanidad viviente se había transformado en hechos concretos.



El Che con su esposa Aleida March y sus hijos



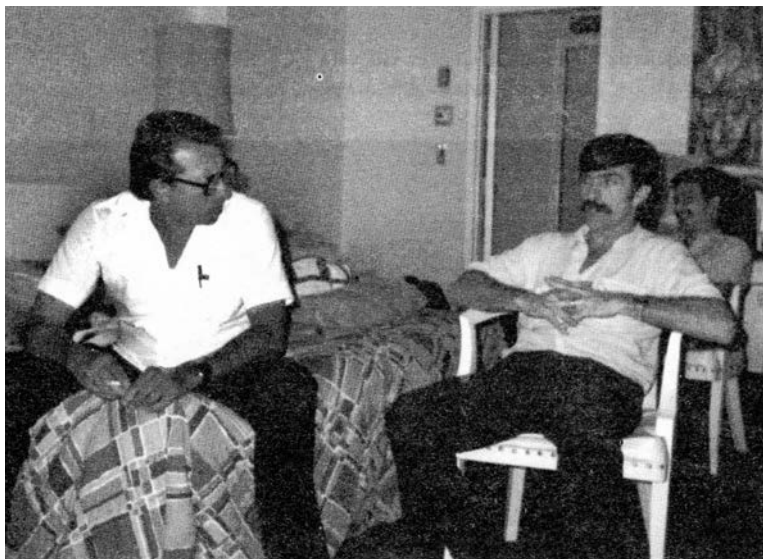
Hilda Guevara Gadea (Hildita) junto a sus hijos Canek y Camilo.
A la izquierda Juan Ramón Cávez Guevara y Camilo Guevara March.



Hilda Guevara Gadea junto a la tumba de dos mártires
de la Revolución Cubana



El Che con sus padres Ernesto Guevara Lynch y Celia de la Serna
en La Habana (1959)



Orlando Borrego y Juan Martín Guevara. Detrás Roberto Guevara Lezica
en La Habana

LA FAMILIA ARGENTINA DEL CHE

Al arribar a las últimas páginas de estos recuerdos he sentido la necesidad interior de referirme a ciertos pasajes relacionados con la familia argentina del Che. Una primera razón me conmina a esa referencia: en múltiples ocasiones muchas personas que visitan nuestro país o que he conocido en mis viajes a otros países se han interesado por conocer acerca de esos familiares del Che, de sus vínculos con Cuba, de su quehacer en la vida y de otros detalles vinculados al Comandante Guevara.

Por otra parte, los nexos de la familia argentina del Che con Cuba han puesto de relieve ciertas características suyas, que en conjunción con las de los cubanos, se avienen a hechos anecdóticos de marcada variedad y, en no pocas ocasiones, con matices humorísticos.

El primer reencuentro del Che con parte de su familia de Argentina fue en los primeros meses del año 1959. Según me explicara el Che, el promotor del viaje de sus familiares a Cuba fue el Comandante Camilo Cienfuegos, su gran amigo guerrillero. Camilo hizo los arreglos del viaje, consciente de las aprensiones del Che por no hacer gastos a costa del presupuesto del Gobierno Revolucionario.

En esa primera ocasión viajaron a Cuba: Ernesto Guevara Lynch y Celia de la Serna, padres del Che, junto a sus hijos Celia y Juan Martín. También los acompañó en ese viaje el esposo de Celia Guevara, Luis Rodríguez.

A partir de entonces la única persona de la familia que viajaría con cierta regularidad a Cuba fue la madre del Che, quien pronto conoció e hizo amistad con los compañeros cubanos de su hijo. Persona culta, carismática y de fuerte temperamento, siempre ha sido recordada con especial aprecio por todos los que la conocimos en aquellos años.

Después de la muerte del Che, prácticamente todos los familiares del Comandante Guevara visitaron nuestro país, llevados por su adhesión a la Revolución Cubana. No conozco de ningún caso que lo hayan hecho por otras razones que no fueran las de sus posiciones políticas frente a la criminal represión desatada en su país por las dictaduras militares. La propia madre del Che sufrió prisión y muy enferma falleció cuando su hijo se encontraba combatiendo en el Congo. El segundo miembro de la familia que fue perseguido y luego permaneció preso durante varios años fue Juan Martín. A la salida de la prisión arribó a Cuba y permaneció algún tiempo en la isla para luego regresar a la Argentina donde se encuentra actualmente. Parte de sus hijos se educaron y viven en Cuba junto a su madre, María Elena Duarte.

Luego llegarían Ana María Guevara y su esposo Fernando Chávez, quienes vivieron largos años en Cuba con toda su familia. Ana María trabajó como arquitecta en la isla, murió en nuestro país y hoy todos sus hijos viven en La Habana.

Don Ernesto Guevara Lynch decidió residir en Cuba con su nueva esposa, Ana María Erra, luego de la muerte del Che. De este matrimonio de don Ernesto nacieron tres hijos que alcanzaron su grado universitario en la Universidad de La Habana y viven en Cuba. Don Ernesto murió en nuestro país a la edad de 87 años.

Celia Guevara, hermana del Che, ha permanecido durante varias etapas trabajando en Cuba, actualmente vive en la Argentina y viaja con regularidad a la isla.

Roberto Guevara nos ha visitado en varias ocasiones y dos de sus hijos, Roberto y Rafael, estudiaron sus carreras universitarias en Cuba. Roberto es licenciado en economía, tiene tres hijos cubanos y vive en La Habana. Rafael se graduó de médico en la Universidad de La Habana, se casó en Cuba, tiene un hijo de ese matrimonio y actualmente vive en Buenos Aires donde ejerce su profesión.

De mis estrechas relaciones con algunos de estos familiares del Che hablaré en las páginas que siguen. Se trata de otra licencia que me he permitido basado en el cariño y la gran amistad que me ha unido a ellos durante largos años.



UN RECORRIDO CON FIDEL

Mi amistad con Roberto Guevara surgió en circunstancias excepcionales y dolorosas a raíz de la muerte del Che. Roberto se había trasladado a Bolivia para el reconocimiento del cadáver de su hermano, e inmediatamente después viajó a Cuba para informarnos de los pormenores sobre aquel triste acontecimiento.

Fidel había asumido personalmente y con la más sensible preocupación todas las atenciones durante la estancia de Roberto en nuestro país. Recuerdo sus desvelos para que el hermano del Che se sintiera lo mejor posible en Cuba en medio del dolor que nos embargaba a todos ante la desaparición confirmada del Comandante Guevara.

Después de los primeros encuentros con el Jefe de la Revolución y los familiares del Che en Cuba, se organizó un recorrido a iniciativa del propio Fidel para mostrarle a Roberto algunos lugares del país y muy especialmente aquellos donde el Che se había estado entrenando junto a sus compañeros cubanos para su campaña guerrillera en Bolivia. Participé en aquel recorrido inolvidable en el cual también nos acompañó Alberto Granado, invitado especialmente por Fidel.

La invitación de Granado constituía otro detalle particular tenido en cuenta por él para hacerle más agradable el recorrido a Roberto, dado que Granado era un amigo muy cercano de la familia Guevara, particularmente del Che, a quien había acompañado en uno de sus recorridos por América Latina, partiendo de Argentina a bordo de una motocicleta.

En 1960, el Che había aprobado que su amigo viniera a Cuba con el fin de que trabajara como bioquímico cuando ya en el país se empezaba a sentir la falta de personal de alta calificación.

Cuando arribó Roberto Guevara a La Habana, Granado se encontraba desempeñando su trabajo como profesor en la Universidad de Santiago de Cuba.

Concluidos los arreglos organizativos del recorrido, partimos para la provincia de Pinar del Río, visitando primero la finca de San Andrés, donde se habían efectuado los entrenamientos guerrilleros dirigidos por el Che.

En San Andrés, Roberto recibió una detallada explicación sobre la última etapa vivida por su hermano en Cuba hasta su partida hacia Bolivia.

Posteriormente, comenzamos un periplo por varias fincas ganaderas de la zona, donde Fidel se esmeró en explicarles a nuestros amigos argentinos los proyectos del plan de desarrollo ganadero de cada uno de aquellos lugares.

Para esa época, el Jefe de la Revolución se había convertido en un verdadero especialista en materia de ganadería y, al encontrarse con los argentinos, cabe pensar que supondría un gran conocimiento por parte de ellos sobre esa rama, tan desarrollada en su país.

Fidel, ávido por ampliar sus conocimientos sobre la actividad ganadera en la Argentina, les hacía frecuentes preguntas a sus acompañantes porteños sobre las más disímiles estadísticas acerca del particular: cuántas cabezas de ganado tenía su país, cuántas per cápita, cuál era el consumo total de carne vacuna, cuántos kilogramos de alimentación diaria para vacas de leche y para ganado de carne, tipos de pastos, enfermedades más frecuentes en el ganado, litros de leche diaria por vaca, etcétera.

Pronto pude observar que cada vez que Fidel se dirigía a Roberto con una de sus preguntas, éste hacía un gesto muy característico en él, que consistía en poner cara de asombro, enarcando las cejas desmesuradamente y mirando a su amigo Granado en señal de interrogación.

Granado, más conocedor del tema por ser bioquímico o más atrevido que su compatriota, que ejercía la profesión de abogado, salía más airoso del interrogatorio sacando de apuros a su amigo. A veces Granado contestaba las preguntas de Fidel con cifras generales y el Comandante se encargaba de sacar los cálculos en detalles.

El último centro ganadero visitado fue en la provincia de La Habana, donde se encontraba Tauro, un toro hijo del famoso semental Rosafé Signé, un ejemplar que se había hecho famoso en aquellos años por su abundante producción de semen y que daría inicio al sistema de inseminación artificial introducido en el país.

Cuando le fue mostrado aquel animal a Roberto Guevara, y se le explicaron todas sus características genéticas, su expresión de asombro superó todas las que había mostrado en las visitas anteriores.

Posteriormente, Roberto me comentaría que cuando se enfrentó a Tauro, fue cuando percibió con mayor fuerza su casi total ignorancia sobre el tema ganadero. Confesó que, en lugar de interesarle las complejas características genéticas del joven semental, lo que le vino a la mente fue tratar de calcular cuántos bifés se podrían extraer de aquella enorme mole de carne vacuna.

Como hecho curioso de aquel viaje, recuerdo que al regresar a La Habana ya Granado se había puesto de acuerdo con Fidel para trasladarse a la capital y comenzar a colaborar con él en las investigaciones que se estaban llevando a cabo en la genética ganadera. Para ello, era necesario buscarle una vivienda en La Habana al bioquímico argentino con su familia, asunto del que se ocuparía Fidel ese mismo día.

Desde aquella fecha y durante muchos años después, Alberto Granado se entregó a prestar sus valiosos conocimientos científicos a la Revolución Cubana. Ha formado una familia totalmente integrada a nuestro proceso y, recientemente, rodeado de sus familiares y amigos, celebramos su ochenta cumpleaños.

El acontecimiento sirvió para recordar aquel recorrido con Fidel, las pláticas con el Che y mi primera y desafortunada experiencia con una bombilla de mate argentino.



Orlando Borrego y Alberto Granado en un recorrido
con el Comandante en Jefe Fidel Castro

MALOS ENTENDIDOS

Conocí a Celia Guevara, hermana del Che, cuando visitó por segunda vez nuestro país. La primera ocasión que estuvo en Cuba fue, como se ha dicho, a pocos días del triunfo de la Revolución y viajó con sus padres, su esposo Luis Rodríguez (ya fallecido) y su hermano más chico, Juan Martín, para reencontrarse con su hermano mayor, ya convertido en héroe indiscutible de nuestro pueblo.

De aquel primer viaje de los Guevara recuerdo un chiste que nos narrara posteriormente el Che. Su hermano Juan Martín era apenas un adolescente y, recién acabado de llegar, él le presentó a una compañera cubana.

El muchacho la miró con marcada picardía y le soltó, con admiración, la frase siguiente: “¡Te pareces al tordo!” Cuando la compañera le preguntó qué era el tordo, su respuesta fue: “¡El de la cara flaca y el culo gordo!” Por supuesto que Juan Martín se refería a un pajarito existente en su país que tenía esas características.

La cubana no asimiló el chiste con mucho agrado y ello pasó a formar parte del rico anecdotario guevariano en La Habana.

El segundo viaje de Celia Guevara a Cuba fue por una estancia más prolongada que en la primera oportunidad y ello le permitió conocer más a fondo a los cubanos. Por razones obvias, estableci-

mos una relación amistosa casi inmediata y solíamos encontrarnos con frecuencia.

Su casa de residencia se encontraba en la calle 23 y N del Vedado en la ciudad de La Habana, a pocos metros de mi oficina. La cercanía a mi trabajo nos facilitaba una comunicación, que utilizábamos de forma oportuna para intercambiar opiniones sobre distintos temas o para compartir un café cada vez que el trabajo de ambos nos lo permitía.

De aguzada inteligencia, amplia cultura y alto nivel profesional como arquitecta, Celia aceptaba el reto en cualquier discusión de las tantas que se producían al calor de una Revolución en plena efervescencia, donde todo estaba por hacer y desarrollar.

También es bueno remarcar que a la joven argentina la honraba una belleza que paralizaba a no pocos cubanos que se la encontraban en su andar laborioso por las más populosas calles de La Habana.

Uno de los días cuando regresaba a su casa en la Rampa habanera sufrió uno de los primeros percances de que fuera víctima en nuestra capital. Caminaba con desenfado y elegancia Rampa abajo, cuando de pronto se le acercó un joven de aspecto libidinoso y le soltó a gritos en pleno rostro la frase: “¡Mami rica!”.

Celia apresuró el paso, medio espantada ante tal expresión y tan pronto tuvo una oportunidad me contó todo lo sucedido. Me explicó los pormenores del acoso de que había sido víctima, según ella, y me interrogaba acerca de la ineptitud de las autoridades para frenar el uso de tales groserías.

Me preguntaba con la mayor firmeza si yo la consideraba tan mayor de edad como para que la llamaran “mami”, y lo de rica no tenía explicación alguna para ella, porque en ningún momento le había mostrado ninguna dulzura al atrevido transeúnte. Fue cuando comprendí que la frase debía tener otro significado en la Argentina, por lo que podía resultar lógico que se sintiera ofendida.

Tuve que contener la risa para poder darle una explicación más o menos razonable acerca del contenido de la frase que tanto la había molestado. Logré tranquilizarla un poco y, luego comenzó mi

explicación: que aunque no justificaba lo grosero de la expresión, le daba una connotación menos ofensiva que la que ella había interpretado.

“Mami rica”, le expliqué, no era otra cosa que uno de los últimos piropos inventados por algunos cubanos para expresar su admiración ante la deslumbrante belleza de cualquier fémica que se encontraran a su paso. Obviamente, la frase estaba cargada de insinuación ante los instintos que eventualmente se habían despertado por parte de su agresor.

Más tranquila pero no convencida, Celia me repetía: “No, viejo, no hay derecho, ese tipejo es un salvaje... un mal educado... un grosero, a lo mejor tiene hasta complejo de eunuco”. Finalmente, tomamos un café y allí terminó mi pobre aclaración sobre aquel primer incidente de mi querida Celia en La Habana.

Más tarde sucedería otro caso insólito, debido a nuestras confusiones lingüísticas. En este caso la víctima fui yo, aunque Celia resultó ser un testigo de excepción.

Ella me había invitado para presentarme a su amigo, el luchador revolucionario argentino Francisco (Paco) Urondo (luego caería combatiendo heroicamente como militante montonero en un enfrentamiento con las fuerzas militares de la dictadura argentina), que se encontraba en La Habana y estaba hospedado en el hotel Capri.

Llegamos al hotel y de inmediato se apareció Paco en el *lobby*, muy sonriente. Celia se dirigió a él y pasó a presentarme lacónicamente: “Mira, Paco, éste es el compañero Borrego”. El argentino me tomó la mano con fuerza y de un tirón me abrazó gritando “¡Pero si sos un pendejo!”. Me quedé estupefacto, di un paso hacia atrás, y sólo atiné a responderle sin reparos: “¡Pendejo serás tú!”.

Nuestro amigo hizo un gesto como de asombro y nos invitó a pasar al Salón Rojo, anexo al hotel, donde comenzamos a conversar sobre los últimos acontecimientos en la Argentina. Nuestra conversación resultaba casi inaudible por el bullicio reinante en el concurrido *cabaret*.

Después de algunos tragos y animados por la música de la orquesta, me decidí a inquirir sobre el calificativo de “pendejo” que recién me había espetado Paco Urondo.

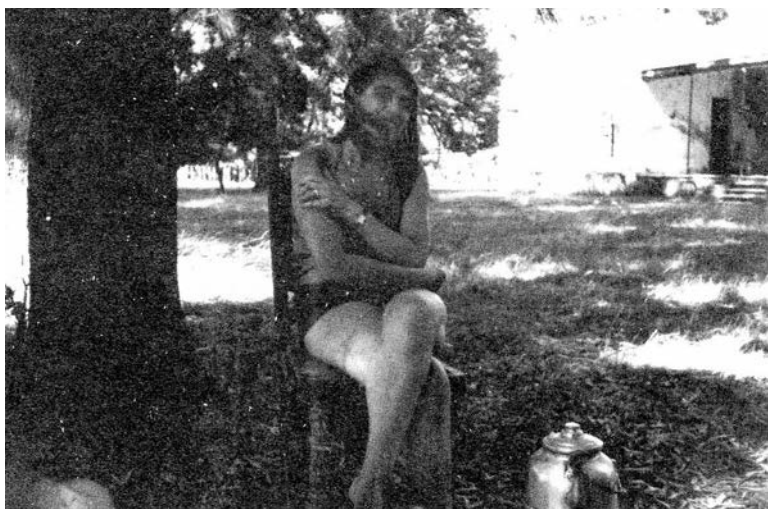
De las aclaraciones pertinentes pude conocer que para los argentinos lo de pendejo no era otra cosa que “chaval” o “muchacho” y la expresión de nuestro amigo se debía a que, antes de conocerme, se había hecho la idea de que yo era un hombre mucho mayor.

Después de aclararle que en esa época sólo tenía 28 años, pasé a explicarle el significado de “pendejo” para los cubanos.

La interpretación menos vulgar de la palabra es la de “cobarde” o “pusilánime”, pero su carga ofensiva era de lo peor que se le podía decir a cualquier cubano, sobre todo cuando dicho calificativo procedía de una persona no muy conocida.

En segundo lugar, como él conocía y de acuerdo con el nuevo diccionario de la lengua española, publicado bajo la dirección de don José Alemany y Bolufer, bien interpretado en Cuba, el significado de la palabra “pendejo” quería decir: “Pelo que nace en el pubis”.

Al escuchar aquella explicación mía, la carcajada de Urendo se escuchó en todo el ámbito del Salón Rojo. Celia sufrió un inusitado ataque de risas, mientras yo “refrescaba” la injustificada ofensa de que había sido objeto, ingiriendo un nuevo trago de cubalibre, el conocido cóctel cubano.



Celia Guevara de la Serna en la Finca Portela (1986)

EL TACO

Rafael (el Taco) Guevara Lezica, sobrino del Che, llegó a Cuba a la edad de dieciséis años. La razón del arribo de aquel adolescente a Cuba era la misma: la represión militar en su país. Pronto estableció una estrecha relación con mi familia y conmigo. Las características empáticas de su personalidad permitieron que lo asumiéramos como a un hijo más y esa relación ha perdurado hasta hoy. De hablar dicharachero y discutiendo hasta el cansancio, asimiló rápidamente el lenguaje vulgar de algunos cubanos.

Ciertos rasgos físicos del Taco se salían de lo común y hasta donde me fue posible me dediqué discretamente a prestarle fraternal ayuda para mejorar su imagen estética.

Dos de los rasgos señalados se presentaban muy pronunciados. Sin llegar a ser un especialista era fácil comprender que uno de ellos podía tener arreglo en manos profesionales; el segundo debía ser resuelto por sí mismo caminaba a grandes zancadas con las piernas bien abiertas, inclinando toda la armazón de su cuerpo hacia adelante y con la cabeza ladeada hasta la exageración.

Cualquier observador con conocimientos elementales de física podía pensar que en el momento menos esperado se produciría una pérdida del equilibrio anatómico del Taco de consecuencias impredecibles.

El otro defecto físico del querido personaje movía a mayor preocupación. Presentaba una deforme protuberancia saliente en su dentadura que reclamaba a gritos la intervención urgente de un especialista en ortodoncia. Si bien la forma de caminar no le preocupaba para nada al inefable muchachito, el defecto dental ya se había convertido en una seria preocupación para él, con reclamo de asistencia médica inmediata.

El tratamiento de estos casos en la Argentina costaba una fortuna y decidí buscar un especialista para que se ocupara de mi protegido.

Tal tratamiento en Cuba se ofrecía sin costo alguno para los pacientes, gracias al desarrollo de la medicina social introducida por la Revolución. Así fue como logré poner al muchacho en manos de un ortodoncista altamente reconocido y que pertenecía al equipo médico de un instituto dedicado a esa especialidad.

Después de un prolongado tratamiento, el rostro del Taco cambió de manera espectacular. Había desaparecido la imagen simiesca anterior para convertirse en un rostro de aspecto humano, totalmente normal y presentable.

Poco tiempo después de culminado el tratamiento médico del Taco, los invité a él y a su hermano Robertón para pasar un domingo en el parque Lenin, junto a mi hijo Raulfi. Daríamos un recorrido por el parque y al mediodía comeríamos en un restaurante llamado La Faralla.

Por esa época, tanto el Taco como su hermano eran presas de un apetito voraz, característico de la edad de ambos, y acrecentado porque la comida que ellos mismos se preparaban los fines de semana no era capaz de colmar la exagerada demanda alimentaria de los dos becaditos argentinos.

Así que entramos al referido restaurante y cada uno de mis invitados se apropió de sus respectivas bandejas para hacer buen uso del sistema *self-service* del apetitoso lugar.

Los dos hermanos me preguntaron, al inicio, si podían pedir lo que quisieran, preocupados por mi liquidez financiera para asumir el pago del consumo. Les contesté que no habría problemas y que podían comer lo que desearan. Ya libres de esa preocupación

los vi servirse en abundancia y tomaron posición en la mesa que nos había indicado una amable señorita que nos atendía.

La gran sorpresa para nosotros fue que los dos argentinos arrasaron en un santiamén todo el contenido de sus respectivas bandejas. Mi hijo, asombrado, me secreteó muy bajito: “¡Papi, qué hambre tienen estos argentinos!” Pero aquí no terminaron las demostraciones rapaces de mis invitados. Se quedaron mirando hacia las mesas vecinas como deseosos de más alimentación. Mi hijo, más desconcertado que yo, me repetía: “Eso no se hace..., ¿no es verdad, papi, que eso es mala educación?”, a lo que el Taco respondía: ¡Qué mala educación ni un carajo, eso es hambre, no me jodas!

Aquel asalto gastronómico resultó ser la mejor prueba de la calidad del trabajo que el famoso ortodoncista cubano había llevado a cabo con esmero en las fauces devoradoras del Taco.



VIAJE A LA ARGENTINA

En el año 1986 visité por primera vez la Argentina. Raúl Alfonsín estaba de presidente del país y habían cambiado favorablemente las relaciones con Cuba.

Fue un viaje de intenso trabajo, pero que pude aprovechar para hacer realidad un sueño de mucho tiempo atrás: conocer la tierra donde había nacido y permanecido hasta los primeros años de su juventud el Che Guevara.

Aún estaban muy frescas en mis recuerdos las vivencias de los años compartidos con el Che en Cuba, desde que lo conocí cuando me incorporé a su columna guerrillera en la sierra del Escambray, pasando por los años transcurridos desde 1959 hasta 1965, fecha esta última en que partió de Cuba para ir a ofrecer sus modestos esfuerzos a la lucha revolucionaria en otras tierras del mundo.

Finalmente, el tiempo en que compartimos su segunda estancia en la isla durante la preparación de la guerrilla boliviana.

Desde el mismo momento en que conocí de mi viaje a la Argentina me hice el firme propósito de cumplir dos objetivos específicos: el primero, visitar la tumba donde reposaban los restos mortales de Celia de la Serna, la madre del Che, a quien había conocido anteriormente en Cuba y que luego falleciera durante la estancia de su hijo en plena campaña guerrillera en el Congo.

Mi segundo objetivo era conocer la finca Portela, estancia de la familia Guevara, situada tan sólo a una hora de viaje en automóvil desde Buenos Aires, donde el Che disfrutó parte de sus tiempos infantiles, y que en no pocas ocasiones rememoraba cuando nos hablaba de su niñez en la Argentina.

Otro interés tenía para mí la finca Portela. Durante la época de la tiranía batitiana, un grupo de revolucionarios cubanos exiliados en la Argentina instaló una planta de radio en aquel lugar, con la colaboración de los familiares del Che, y desde allí trasmitían mensajes y consignas en apoyo a nuestra Revolución.

Tres días después de mi llegada me las arreglé para eludir ciertos compromisos oficiales e irme solo al cementerio de La Recoleta a cumplir el primer objetivo que me había propuesto.

El famoso cementerio de la capital argentina me pareció mucho más extenso de lo que había imaginado y comencé mi recorrido sin el auxilio de ningún guía conocedor del lugar.

Después de casi una hora de búsqueda no me fue posible encontrar la tumba de la familia De la Serna. Entonces se me acercó un solícito señor de muy avanzada edad, presentándose como uno de los más antiguos cuidadores del cementerio. Me preguntó qué me interesaba y al yo contestarle que buscaba la tumba de Celia de la Serna, madre del Che Guevara, se desvivió en atenciones para conducirme al lugar de mi interés.

Pronto llegamos a nuestro destino y mientras me encontraba inmerso en los recuerdos de la madre del Che, el cuidador me explicaba con gran profesionalidad las características del cementerio en todos sus detalles. Allí me mantuve con mi atento acompañante durante casi una hora y cuando decidí marcharme del lugar, éste me preguntó, con evidente curiosidad, si no me interesaba visitar el mausoleo donde se encontraba depositado el cadáver de Evita Perón.

Me impactó la pregunta de aquel bondadoso anciano y le contesté de inmediato afirmativamente, excusándome como pude de lo que consideré un error imperdonable de mi parte. En el rostro del experimentado cuidador apareció una leve sonrisa y me invitó con la mayor disposición a que lo acompañara.

En el trayecto hasta el mausoleo, aquel hombre me fue narrando con viva admiración todo un arsenal de recuerdos sobre la extraordinaria personalidad de la inolvidable compañera de Perón. Pero la mayor sorpresa la recibí cuando ya nos encontrábamos frente al mausoleo de Evita.

El cuidador me explicó todo lo sucedido con su cadáver después de la caída del gobierno de Perón; la profanación de que había sido objeto, el insólito secuestro llevado a cabo por los siniestros militares de la tiranía argentina, la desaparición y traslado de aquellos restos mortales a Italia y el histórico regreso de los mismos a Buenos Aires.

Luego se extendió en una acuciosa explicación acerca de las características constructivas del mausoleo, la profundidad a que estaban depositados los restos de Evita y el grado de seguridad de la obra, llevada a cabo de tal forma que haría prácticamente imposible cualquier nuevo intento de secuestro del cadáver.

Cuando salí de La Recoleta y me despedí de aquel humilde cuidador, llevaba en mi memoria un imborrable recuerdo sobre parte de la historia de aquel país y el severo autocompromiso de conocer más a fondo todo lo concerniente acerca de la personalidad histórica de Evita y sobre la obra de transformación social llevada a cabo por ella en beneficio de su pueblo durante los años que acompañó a Perón en la controvertida conducción de su país. Había satisfecho con creces el primer objetivo de carácter personal en mi viaje a la Argentina.

El segundo fin de semana en Buenos Aires fue reservado para la visita a la hacienda Portela. Me acompañarían tres de los familiares del Che, ya mencionados en páginas anteriores: Celia y Roberto Guevara, así como Rafael (el Taco) Guevara Lezica, hijo de Roberto, que dos años antes se había graduado de médico en Cuba y se encontraba en esos días de vacaciones en su país.

El viaje desde Buenos Aires a Portela transcurrió en constante recurrencia a las anécdotas relacionadas con la familia Guevara en Cuba.

Cuando llegamos a la entrada de la finca nos esperaba un empleado del lugar que nos acompañó hasta la antigua casa de los

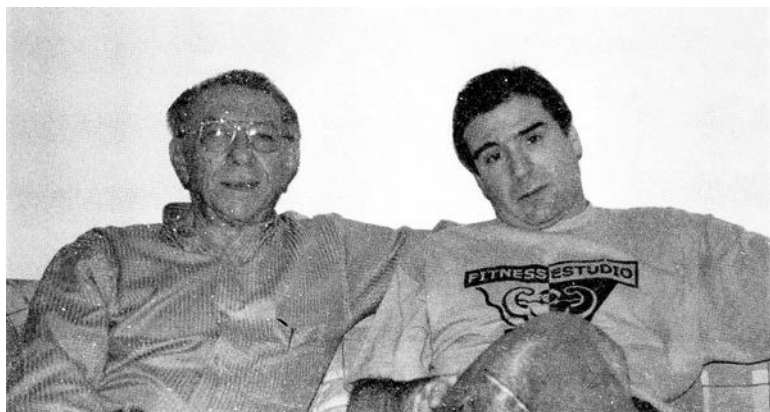
Guevara. En rápida sucesión, tanto Roberto como Celia me mostraron cada rincón de la antigua casona familiar: la habitación y la pequeña cama de hierro, donde dormía el Che siendo niño, el amplio comedor, la sala de estar y hasta una anacrónica heladera que se encontraba en una esquina. Salimos de la antigua casona deshabitada en detenido paseo por los alrededores. Al fondo de la vieja construcción se encontraba una hilera de árboles altos y frondosos y me llamó la atención que en algunos de ellos existían unas pequeñas casetas a manera de aviarios, cuidadosamente colocadas entre las ramas de los árboles.

Le pregunté a Celia de qué se trataban aquellas construcciones y me informó que eran una obra del Che, que había tomado la iniciativa de que se construyeran para protección de las palomas y otras aves que poblaban el lugar en la época en que Ernesto niño vacacionaba en la finca Portela.

Inmediatamente me vino a la memoria la proverbial sensibilidad humana del Che, que como expresión especial se manifestaba, también, en su amor por los animales. Durante su estancia en Cuba habíamos tenido algunos “encontronazos” amistosos debido a aquella característica suya, de la cual ya he hablado en otras páginas de estos pasajes.

Después de tomadas las fotos de rigor dimos por terminada mi ansiada visita a aquel lugar inolvidable. Volvimos a Buenos Aires y pocos días después regresé a Cuba con la carga de nuevos recuerdos sobre el Che.

Dentro de mi portafolio me traje una foto obsequiada por su familia donde aparece el pequeño Ernesto trepado en uno de los árboles de Portela, desafiando las alturas o quizá observando bucólicamente el vuelo lejano de una hermosa bandada de palomas.



El Dr. Rafael Guevara Lezica y el autor en Buenos Aires. Junio 2003



El niño Ernesto Guevara de la Serna en la finca Portela

Edición digital
Octubre de 2017
Caracas - Venezuela



che

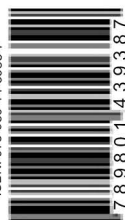
Recuerdos en ráfaga
(anécdotas y otros pasajes)



Che, recuerdos en ráfaga es un rico anecdotario donde se narran relaciones de sucesos y situaciones producto del trabajo diario, cotidiano, del Che durante su estancia en Cuba. Teniendo como fin deslastrarse de la visión historiográfica, que tiende a construir "ídolos de piedra", Orlando Borrego propone con este material enriquecer el conocimiento acerca de este personaje determinante para la historia de América, desde un punto de vista más profundamente humano pero cuyas acciones continúan siendo reflejo de sus convicciones ideológicas; para el Guerrillero Heroico era imprescindible predicar con el ejemplo y es en lo que reposan el sentido y la riqueza de lo que aquí se relata.

Orlando Borrego (Cuba, 1936). Es doctor en Ciencias Económicas y asesor de la Cátedra Che Guevara de la Universidad de La Habana. Ha publicado La ciencia de la Dirección (1989), Che: el camino del fuego (2001), Che: recuerdos en ráfaga (2003), Rumbo al socialismo (2004) y varios artículos de temas económicos y sobre la vida y obra del comandante Ernesto Che Guevara, con quien combatió en la Columna 8 "Ciro Redondo" alcanzando el grado de primer teniente. Ocupó los cargos de jefe de la Junta Económica Militar del regimiento de La Cabaña, viceministro primero del Ministerio de Industrias, ministro de la Industria Azucarera y asesor del Comité Ejecutivo del Consejo de Ministros. En la actualidad colabora con la Oficina del Programa Martiano y es asesor del ministro de Transporte de Cuba.

ISBN: 978-980-14-3938-7



9 789801 439387



Gobierno
Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



1817 - 2017
ZAMORA
UNIÓN CIVICO MILITAR